JÉSSICA MACEDO

EMBARAZADA accidentalmente

DE REPENTE EL AMOR



Grupo Editorial Portal

JÉSSICA MACEDO

EMBARAZADA accidentalmente

De repente el amor

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2024 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra — física o electrónica — sin autorización previa del autor. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y castigado en el artículo 184 del Código Penal.

Portada y diseño gráfico

Grupo editorial Portal

Corrección

Hamilton Blumhagen

Diagramación

Grupo editorial Portal

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Resumen
Sinopsis
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco

Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Epílogo
Gracias
Sobre el autor

Sinopsis

Héctor Borges es un hombre joven, guapo y rico que podía disfrutar de la vida como quisiera. El descarado director general coleccionaba conquistas y no podía "perdonar" a una mujer hermosa.

Alecsandra da Costa fue elegida para pasar desapercibida ante él y centrarse en su trabajo. Era una excelente secretaria y la mano derecha de su jefe. Conocía a las criadas con las que se relacionaba Héctor, pero estaba acostumbrada a sus modales.

Sólo tenía una cosa en mente: ser una buena empleada y conservar su trabajo. Lo que la joven secretaria no esperaba era acabar embarazada de su jefe siendo aún virgen, pero un incidente cambiará la vida de ambos.

Nota de la autora

Estimado lector, sepa que es biológicamente improbable que los espermatozoides atraviesen los tejidos y hagan posible la fecundación, pero en la siguiente **obra de ficción le** pido que deje eso a un lado y disfrute de esta comedia romántica.

¡Feliz lectura!

¡Suscríbase a mi lista de correo!

Haga clic aquí para recibir noticias.

Para mi lectora Alecsandra ❤



ALECSANDRA

Prólogo

Nunca fui la persona más extrovertida o popular del colegio. Tímida, retraída, con sobrepeso y todavía con unas gafas de culo de botella, cuya montura mi madre había heredado de mi abuela, era el estereotipo perfecto para las burlas de los estudiantes.

Por suerte, en algún momento crecemos y dejamos la escuela, dejamos de lado a la gente que no nos hace ningún bien y empezamos a ocuparnos de los asuntos de los adultos. Aunque no tenía mucho talento social, la inteligencia era algo que nunca me faltó. Me encantaba estudiar y aprender, y me gradué con matrícula de honor.

En cuanto me licencié, conseguí trabajo como secretaria de un importante director general en una empresa de construcción tradicional. Esperaba estar algún día en la piel de alguien como él, pero por ahora, a mis veinticuatro años, sentía que aún estaba aprendiendo.

Me encantó aprender...

Por cierto, tenía un lugar favorito en la ciudad. Una encantadora librería con cafetería, donde podía comerme mis pasteles dulces tranquilamente, en compañía de un buen libro. Mientras mi vida social se limitaba a socializar en la empresa y a ser obrera de la construcción, en los libros llegaba a conocer los bastidores de los equipos, las animadoras, incluso castillos, príncipes azules y otras épocas.

Cuando soñaba despierta, inmersa en las páginas de un buen libro, era sin duda la mejor parte del día.

Terminé de leer ese libro sobre harén inverso, en el que la protagonista acababa con tres marines sexys, y decidí leer algo diferente, un romance de fantasía. No es que tener a tres militares cachas no fuera del todo una fantasía.

Guardé el libro en el bolso y me levanté a por otro, ya lo pagaría junto con el pastel al llegar a la caja. Los dueños del local estaban muy acostumbrados a mí porque les visitaba muy a menudo. No había otro lugar en la ciudad donde me gustara pasar mi tiempo libre.

Caminaba por los pasillos, oliendo los libros nuevos y mirando los lomos. Sabía exactamente dónde estaba la estantería de libros románticos y fantasía, pero me gustaba disfrutar de la vista por el camino, casi como si fuera un viaje por carretera.

Giré por el pasillo y llegué al lugar que quería, pero en cuanto estiré la mano, otros dedos chocaron con los míos y me hicieron volverme hacia la chica que estaba mirando la misma estantería. Quizá era un poco más joven que yo, pero era difícil saberlo. Llevaba ropa informal y me miraba con los ojos muy abiertos.

Al pasar allí al menos una hora cada día, ya había comprado y leído la mayoría de los libros. Me di cuenta de que la chica había cogido expresamente uno que me había gustado y recordé que no había sido capaz de perdonar al vampiro protagonista porque creía que no había hecho lo que yo esperaba de él. *Proteger a una mujer embarazada...*

Puede que sea demasiado romántica, o que viva más en los libros que en la realidad, pero había circunstancias que, para mí, eran imperdonables y ésa seguía siendo una de ellas.

— ¿Te gusta el desprecio? — Torcí los labios, incapaz de ocultar mi tono acusador.

Era una desconocida y no tenía por qué tratarla mal sólo porque no estuviera de acuerdo conmigo sobre un personaje literario, pero era más fuerte que yo; lo siguiente que supe es que se me habían escapado las palabras.

— Es un incomprendido. — Cerró la cara, analizando la portada del libro. — ¿Ha leído los tres? El desprecio cambió cuando aceptó a Thomy.

— Era un cabrón y no protegió a la mujer que llevaba a su hijo -continué con mi protesta.

— Tanto tiempo sin permitirse sentir, era previsible que actuara así. Pero ordenó a Alexa y a Dion que la vigilaran.

— ¡No se puede justificar! Trevor protegió a Diana tan pronto como supo que estaba embarazada. Lo único que hizo Scorn fue darle una patada en el culo a Shantal. — Puse los ojos en blanco.

— Pero a la primera oportunidad que tuvo, Trevor se fue a tener sexo con otra.

¡Touché! Me había pillado en un punto que también me molestaba.

— ¡Fue antes de que pasara todo! — Intenté evitarlo.

— Mírate, planchando—. Me burlé.

— Por supuesto, puso a su mujer y a su hijo por encima de todo.

— Porque tenía un hermano coherente para cuidar de Alas Oscuras. El único responsable era Scorn.

Ella tenía sus razones para defender al personaje y la discusión siguió subiendo de tono. Sabía que estaba yendo demasiado lejos. Eran libros de ficción sobre personajes que ni siquiera

existían en la realidad, pero yo no solía tener a nadie con quien hablar de ellos y acabé pasándome un poco, quizá mucho, de la raya.

— ¿Alguno de ustedes tiene una relación abusiva? Quiero decir... — Un tipo mayor se acercó por detrás y moqueó. Le había visto varias veces en la librería, pero no sabía quién era porque no estaba acostumbrada a relacionarme con desconocidos. Después de aquel alboroto por un libro, me di cuenta de por qué. — Si necesitas un abogado de familia para solucionar esto, hay un despacho al lado.

— ¿Qué? — Me volví hacia él, un poco pálida y muy poco agraciada.

— ¿Qué quieres decir? — La chica con la que discutía se volvió hacia el hombre. — Me puso el libro delante de la boca e intentó no reírse. — No pasa nada, sólo estábamos discutiendo sobre nuestros personajes favoritos.

— ¿Un libro? — Frunció el ceño.

— Sí. — Ella sacudió la copia para que él pudiera ver mejor.

El pequeño alboroto que causé llamó la atención de toda la librería y casi me desmayo cuando me di cuenta de que todo el mundo me estaba mirando; fue muy desconcertante y tuve que prometerme a mí misma que nunca volvería a excederme de esa manera.

— De todos modos, me encanta la serie y me moría de ganas de hacerme con esta versión física, dije, desviando el tema para que la situación fuera menos incómoda.

— Yo también, pero creo que sólo hay uno. — Miramos la estantería y me apresuro a cogerlo, haciéndola abrir la boca de asombro. — ¡No vale la pena! Injusto quedarse con una serie incompleta.

— Será un recuerdo del comienzo de nuestra amistad. ¿Qué te parece? — Rodeó los libros con el brazo y sacó el móvil del bolso. — Por cierto, soy Alecsandra. No suelo hacer amigos así, pero después de sobrevivir a la discusión sobre quién es mejor, Trevor o Scorn, creo que nos merecemos un premio.

— Tienes toda la razón. Soy Gabi, de Gabriella. — Sacó su móvil y apuntamos nuestros números. — Y puedes quedarte con el Scorn, no tengo dinero para comprar nada.

— Claro que no, puedes llevártelo. — Le entregué el libro. Ya no tenía mucho contacto con otras personas, no quería hacerla enfadar por un libro.

— En realidad, sólo tengo el dinero del conductor de la aplicación para volver a casa; insistió en que me quedara el libro y lo acepté con una sonrisa.

Pensé en comprárselo, pero temía que la ofendiera de alguna manera.

— Conseguiremos otro, te ayudaré a encontrarlo en Internet—, soné optimista.

— De acuerdo.

Pasamos más tiempo juntas, esta vez sin discutir, y fue divertido. Hacía mucho tiempo que no tenía la oportunidad de charlar relajadamente con alguien sin que tuviera que ver con asuntos de trabajo o con mi padre quejándose del aumento de las facturas.



ALECSANDRA

Capítulo uno

Tenía una rutina diaria, que seguía casi con precisión, aunque no sabía exactamente de dónde había sacado lo metódico; mi padre no era el mejor ejemplo de organización, y mi madre...

Yo no sabía nada de ella, sólo que desapareció cuando yo tenía dos años y nunca volvió. Decían que los chicos salían a comprar tabaco, pero en mi caso fue ella. Mi padre hizo todo lo que pudo para educarme lo mejor que pudo, no era perfecto, pero se esforzó y por eso le estaba muy agradecida.

Me desperté cuando sonó la alarma y la apagué. Hice la cama y me dirigí al único cuarto de baño del pasillo, que compartía con mi padre. Hice una mueca al entrar y tuve que contener la respiración.

— ¡Papá!

— ¿Qué pasa, niña?

— Te he dicho un millón de veces que uses ambientador.

— Creo que apesta aún más.

— Eso es porque no eres tú quien tiene que usar el retrete después. — Arrugué la nariz y me agaché para recoger el spray que había detrás del retrete.

Agité la mano para que desapareciera el olor y por fin conseguí ir al baño. Cuando salí y me abroché los botones de la americana gris, entré en la cocina, donde mi padre estaba sentado hojeando un periódico. Tenía la costumbre de hacerlo todas las mañanas; parecía ser la única persona en el mundo que aún no se había acostumbrado a leer las noticias electrónicamente.

— ¿Lo has visto?

— ¿Qué he visto, papá? — pregunté antes de dar un mordisco al misto que me había preparado.

Ya estaba frío y *empapado,* pero no me quejé; en el fondo lo que contaba era la buena intención. Incluso después de retirarse del trabajo, mi padre seguía despertándose muy temprano, como si necesitara llegar a la fábrica de cemento, al otro lado de la ciudad.

— La gasolina vuelve a subir. — Torció los labios.

— ¿Cómo te has enterado?

— Por el periódico.

— Sería bueno que conduzcas un poco menos y empieces a pasear por el barrio. El médico ya te ha dicho lo importante que es para tu salud.

— ¡El médico no sabe nada!

— ¡Papá!

Se encogió de hombros, como si no le importara mi reprimenda.

— Tengo que ir a trabajar. — Me levanté y le besé la mejilla. — No te olvides de ir a la frutería a comprar ensalada para el almuerzo.

— Son los caballos los que comen arbustos...

— Papá, tienes que cuidar tu salud. Tu colesterol no es bueno.

— Ya he quitado el tocino de las judías.

— Sabes que eso no es todo...

— ¿No tienes que ir a trabajar?

Torcí los labios, pero me incliné para besarle en la mejilla.

— Hasta luego.

Recogí mi bolso, que estaba sobre un aparador en el pequeño salón de nuestro piso, y me dirigí al garaje, donde estaba el coche. Era un modelo popular y sencillo, de más de diez años, pero era lo que podía permitirme y satisfacía bien mis necesidades, sobre todo cuando por algún motivo necesitaba desplazarme de la oficina a la obra.

Arranqué el coche y me dirigí a las oficinas de Aço Construtora, una empresa familiar dirigida por Héctor, el hijo mayor de dos hermanos. Se había licenciado en ingeniería y era mi jefe desde que asumió el cargo de Director General. Me contrataron precisamente por él.

Héctor siempre había tenido fama de buscapleitos y buscavidas. Era guapo a sus treinta y dos años y tenía un encanto difícil de resistir, pero algunos decían que yo era la contratación perfecta, una forma de mantenerlo a raya. Intenté no tomármelo como algo personal ni pensar en connotaciones.

Aparqué el coche en el garaje habitual y subí a la quinta planta, donde estaba el despacho de Héctor. Tenía un escritorio fuera, donde pasaba la mayor parte del tiempo en la empresa, comprobando sus citas, sus necesidades y sirviendo de enlace con otras áreas, comprobando lo que necesitaban los demás sectores de la empresa.

Me acomodé en mi escritorio y encendí el ordenador. Abrí el bolso para guardar el móvil y sonreí al ver el libro por el que había discutido con Gabriela en la cafetería hacía unos días. Aunque habíamos empezado con mal pie —seguramente ella pensó que estaba loca—, aun así creía que podíamos cultivar una buena relación.

— Aprovecha tu buen humor y tráeme un café.

En cuanto vi llegar a Héctor, entró en su despacho y cerró la puerta.

— Ah... — tartamudeé. — De acuerdo.

Me levanté y fui a la despensa, donde el café se mantenía fresco durante todo el día. Después de casi dos años trabajando para Héctor Borges, me había acostumbrado a su estilo y peculiaridades, como tomar café colado por las mañanas con apenas una cucharadita de azúcar.

Preparé la taza y la balanceé delicadamente sobre un platillo. Luego me acerqué a su puerta, llamando hasta oír su permiso para entrar.

— Aquí tiene, señor. — Puse la taza sobre la mesa.

— ¿Qué tengo que hacer por la mañana?

— Están esperando a que apruebe un nuevo proyecto inmobiliario.

— ¿De la que me enviaste fotos la semana pasada?

— Exactamente.

— Hum. — Se mordió la comisura inferior del labio. — El proyecto lo desarrolló esa pelirroja, ¿no? ¿Cómo se llamaba?

— Vanessa.

— ¡Ese es!

— Que venga a mi oficina para discutir los detalles del proyecto.

— ¿Quieres que llame también al resto del equipo?

— ¡No! Sólo ella.

— DE ACUERDO. — Asentí y le di la espalda para cumplir la orden.

— ¿Alecsandra?

— Sí, señor.

— No quiero que me interrumpan.

— DE ACUERDO.

Volví a mi mesa y llamé al departamento de proyectos, pidiendo que la arquitecta viniera a ver al presidente. No tardó en aparecer y parecía ansiosa por ver a su jefe. En cuanto entró en

su despacho, se apresuró a cerrar la puerta.

Héctor vivía con mujeres en su oficina, algunas de ellas empleadas, otras sólo *visitantes. No tenía* mujer ni novia, pero, a diferencia de mí, no estaba solo. Siempre tenía candidatas compitiendo por su atención.

Mi jefe era el tipo de tío guapo, sexy y engreído al que las mujeres abofetearían y por el que se bajarían las bragas con facilidad, así que eligieron a alguien soso como yo para ser su secretaria.

En realidad nunca me veía. Mi pelo recogido, mis gafas y mi ropa de la talla G me convertían en una más de los obreros de la construcción, y quizá mi jefe me confundiera con ellos. A veces incluso me molestaba, cuando pensaba en ello, que yo no fuera el tipo de tía buena estándar a la que él siempre arrinconaba; pero otras veces me sentía aliviada, porque mi forma de ser me mantenía fuera de su radar y evitaba que me rompiera el corazón.

¿A cuántas mujeres había visto entrar sonrientes en su despacho y volver días después llorando, suplicando atención porque mi jefe no contestaba a sus mensajes ni las llamaba?

Héctor era la definición perfecta del tipo de chico al que recoges y no le coges cariño.

Necesitaba demasiado ese trabajo para arriesgarme a entrar en su lista.

Oí que alguien se aclaraba la garganta con un resuello y me ajusté las gafas, empujando la montura hacia el extremo de la nariz. Me quedé mirando al tipo delgado con un traje que parecía un par de tallas más grande de lo que debería. Fernando intentaba parecer más corpulento, y nadie le había dicho nunca que eso sólo le haría parecer más torpe.

— Hola, Alecsandra.

— Hola. — Esbocé una sonrisa. — ¿Puedo ayudarte en algo?

— Necesito la firma de Héctor en estos documentos. — Me entregó un abultado sobre marrón.

— En cuanto consiga que firme, se lo enviaré al departamento jurídico o se lo entregaré yo misma.

— Prefiero esperar aquí. — Se cruzó de brazos.

— Está en una reunión y puede que se retrase.

— ¿Podría interrumpirle unos minutos? Esta documentación es muy urgente, tengo hasta mediodía para presentar la solicitud de la constructora para una licitación estatal. Sus firmas son esenciales.

— ¿Qué pasa si no firma?

— Vamos a perder un posible contrato de cinco millones.

— ¡Vaya!

— Sé que puede enfadarse, pero necesito estos documentos para ayer, Alê. — Fernando me sonrió amistosamente.

— Conseguiré las firmas.

— Gracias.

Me levanté de la mesa con el sobre en la mano y llamé a la puerta de mi jefe.

— Señor, tengo una emergencia, necesito su firma en unos documentos.

Sólo pude oír un gemido procedente del interior, me pareció que era Héctor que estaba de acuerdo, y lo tomé como una autorización para entrar. No estaba en lo absoluto preparada para la escena que estaba a punto de ver.

Me acerqué tambaleándome a la mesa y mi jefe echó la cabeza hacia atrás, soltando algunos gemidos, pero no vi enseguida a la pelirroja. La había visto entrar en la sala y habría jurado que no se había marchado.

— Héctor, jefe...

— ¿Qué haces aquí? — me gruñó con furia y fue entonces cuando encontré a la pelirroja arrodillada entre las piernas del jefe, con su miembro en la boca.

— Necesito tu...

Mi frase se vio truncada por los acontecimientos que sucedieron inmediatamente después. La pelirroja se sobresaltó con mi entrada y se sacó la polla de Héctor de la boca en el instante en que echó el chorro. Yo estaba cerca de la mesa, en un ángulo en el que el esperma de mi jefe acabó golpeando mi falda y mi muslo.

Miré hacia abajo sin reaccionar, notando la enorme mancha viscosa en la tela gris de mi ropa y lo poco que también había entrado en contacto directo con mi piel.

Habría sido gracioso si no hubiera sido tan desconcertante.

— Ya te dije que no quería que me interrumpieran por nada— gruñó enfadado mientras yo permanecía inmóvil.

— Yo... lo siento—, tartamudeé.

— ¡Fuera de aquí! — Estaba furioso mientras se metía el miembro en los pantalones y se enderezaba el pantalón.

— Necesito tu firma en estos documentos. — Le tendí el sobre.

— ¿No podía esperar?

— Fernando del departamento legal necesita una solicitud para el mediodía. Un contrato por valor de cinco millones.

— Ah. — Esa información le hizo estremecerse. — Debería habértelo dicho antes.

— Lo aprobé.

— ¡Ahora, fuera de aquí! — Hizo un gesto con la mano. — Límpiate.

En una mezcla de conmoción y desconcierto, salí corriendo de su despacho y me dirigí directamente al cuarto de baño del pasillo. Fernando intentó preguntarme qué me pasaba y si el presidente había firmado los documentos, pero no le di la oportunidad. El semen seguía húmedo y viscoso en la parte inferior de mi ropa, como si hubiera orinado.

Me quité la falda dentro de una de las cabinas y me di cuenta de lo fina que era la tela, porque mis bragas también estaban mojadas. Quizá se había mezclado un poco con mi flujo, que aquel día era muy viscoso.

Intenté limpiarme con un poco de papel y lamenté no haberme llevado el paquete de toallitas húmedas que llevaba en el bolso, pero parecía demasiado tarde para volver atrás.

Limpié mis bragas como pude, pero mi falda tuvo que lavarse en la zona afectada. Por suerte, el baño tenía uno de esos secadores de mano, pero tardé más de una hora en conseguir un resultado mínimamente aceptable y volver a ponérmela. La tela seguía húmeda, pero ya no mostraba la mancha de la eyaculación de mi jefe sobre mí. Fue la situación más loca y embarazosa por la que había pasado en mi vida.

Volví a mi escritorio y busqué a Fernando, pero ya no estaba allí. Por suerte, el top de madera me cubría la falda y esperaba que estuviera completamente seca para la hora de comer.

Cogí el teléfono que había sobre la mesa y me aventuré a llamar a mi jefe.

— ¿Qué pasa, Alecsandra?

— Señor, la documentación...

— Ya se lo he dado al abogado.

— Ah, gracias. — Permanecí en silencio en la línea, esperando que dijera algo sobre el incidente que había ocurrido en su despacho, pero eso no ocurrió.

— ¿Algo más?

— No.

— Bien. — Desconectó la llamada.

Me quedé allí, mirando el teléfono que tenía en la mano. Esperaba que al menos me dijera que sentía lo que había pasado y se disculpara por la embarazosa situación, pero no pasó nada.

Finalmente, intenté centrarme en mi trabajo y, como él, fingir que no había pasado nada.



HECTOR

Capítulo dos

Cuando terminó la jornada laboral, Alecsandra llamó a mi puerta y me preguntó si necesitaba algo o si podía irse. Todavía estaba un poco molesto por lo que había pasado: que entrara en mi despacho en un momento de intimidad y me pillara con los pantalones abajo. Sin embargo, como mi secretaria, debía ignorar el hecho de que me había visto siendo mamado por otra mujer, eso era irrelevante.

Había secretos personales y profesionales que debía guardar si quería mantener su puesto en aquella empresa.

Me recosté en la silla cuando mi móvil empezó a vibrar y vi un mensaje de la arquitecta en mi número personal.

Vanessa:

Hola, Héctor. Estaba pensando que deberíamos terminar lo que empezamos por la mañana.

Héctor:

Mi coche está en el garaje. Entra ahí.

Vanessa:

Como quieras.

Héctor:

Sin bragas.

Vanessa:

¿Quién dice que lo llevo?

Héctor:

Buena chica.

Vanessa:

Me voy.

Héctor:

Nos encontraremos allí.

Volví a guardarme el móvil en el bolsillo y recogí mis cosas para salir de la oficina. Como vivía solo en un piso a pocos minutos del edificio donde trabajaba, no me preocupaba llegar pronto a casa.

Yo estaba más interesado en tener una comida roja antes de irme.

Después de que mi hermano se casara, mi madre seguía esperando que yo les presentara a una prometida, o al menos a una novia, en algún momento, pero la verdad era que no me interesaba nada el compromiso.

Mis múltiples aventuras me mantenían satisfecho sexualmente y no necesitaba atarme a nadie. Mi padre solía decir que en algún momento echaría de menos a alguien a mi lado, una pareja con la que compartir mi vida, pero para eso tenía a mis amigos y a mi familia, no necesitaba nada más.



ALECSANDRA

Capítulo tres

Pasé por la cafetería después del trabajo, pedí un café expreso y un trozo de tarta de queso con frutos rojos mientras leía una nueva novela. Me quedé allí cerca de una hora, esperando a que apareciera Gabriela. Habría estado bien poder hablar con alguien sobre libros y discutir qué título empezaría después de terminar ese, pero resultó que...

Mi padre solía decirme que pasaba demasiado tiempo en esas páginas, inmersa en historias que no eran reales, pero que me permitían viajar y vivir romances que no sucedían en la vida real.

Nunca tuve novio. Después de todo el acoso que sufrí en el colegio, evitaba en lo posible acercarme a chicos con intenciones amorosas. Ya me habían roto bastante el corazón en el instituto como para arriesgarme a intentarlo de nuevo.

Los únicos hombres con los que me relacionaba eran los de la oficina, abogados, ingenieros y obreros de la construcción, pero siempre estaban mirando a otras empleadas y ni siquiera tenían tiempo de fijarse en mí.

En el fondo, ya ni me importaba, había establecido una rutina con la que era feliz: trabajo, cafetería y a casa. Si tenía suerte, llegaba con la cena preparada y una buena jarra de limonada, el zumo favorito de mi padre.

No podía quejarme de mi vida, todo parecía ir bien y así seguiría con mi rutina.

Me levanté de mi silla en la cafetería, pagué mi bocadillo y me despedí del personal para dirigirme a casa. Conduje unos minutos hasta aparcar en mi garaje.

Mi padre estaba hundido en el sofá, viendo una película antigua y con el mando a distancia casi cayéndosele de la mano.

Cogí el objeto y lo coloqué en el centro de mesa.

— ¡Hija! — Se acomodó en su silla, limpiándose la baba de la comisura de los labios.

— Hola, papá.

— No te vi llegar.

— Acabo de abrir la puerta.

— ¡Ah!

— Voy a darme una ducha.

— ¿Puedes pedir una pizza antes?

— ¿Y la cena?

— Quemé las judías. — Torció los labios.

— De acuerdo. — Me he reído. — Pediré a través de la aplicación.

— Gracias. Tu abuela me llamó hoy.

— ¿Y qué quería? — Me detuve en mitad del pasillo para prestarle atención.

— Ha preguntado si puede quedarse aquí unos días la semana que viene para hacer unas pruebas. Vendrá con la ambulancia del ayuntamiento.

— ¡Claro que puede! Yo duermo en el salón y la abuela puede quedarse en mi cama.

— No tienes que salir de tu habitación, cariño.

— Estará más cómoda.

— ¿Y tú?

— Estaré bien, papá. — Le sonreí.

— Eres una gran hija, Alê.

Me quedé sonriéndole unos instantes antes de pedir la pizza a través de la aplicación, pasar por mi habitación y dirigirme al baño. Me dolía un poco la espalda de estar sentada durante horas.

Necesitaba empezar a hacer ejercicio, pero siempre se me ocurría una excusa tras otra. Decía que era difícil encajarlo en mi horario, pero la verdad era que me daba pereza y siempre acababa incluso más agotada que antes.

Me di una larga y lenta ducha, luego me apliqué una de mis cremas hidratantes y cuando salí del baño, con el pelo castaño suelto por la espalda, vi a mi padre abrir la puerta del salón para recibir la pizza.

— ¿Peperoni? — me confirmó nada más verme.

— Sí, tu favorito.

— Eres la mejor hija de todas.

— La verdad es que no. — Mantuve una sonrisa ladeada.

A pesar de haber sido abandonada por mi madre, los dos habíamos entablado una buena relación y él hacía todo lo que podía cuando se trataba de mí. En el fondo, creía que papá estaba orgulloso de la persona en que me había convertido.

Charlamos durante la cena y me preguntó cómo me había ido el día. Le conté todo, menos que mi jefe se había corrido accidentalmente sobre mí. Mi padre era un gran tipo, pero demasiado conservador, seguro que se volvería loco si esa imagen se le pasara por la cabeza, y me di cuenta de que era mejor evitarle ese trauma.

Después de acomodarme en la cama, en pijama y con los dientes lavados, estaba lista para dormir. Cogí el móvil y envié un mensaje a Gabriela, mi nueva confidente literaria. Estaba muy contenta de poder hablar con ella y compartir algunas de mis lecturas actuales después de un día extraño.

Alecsandra:

Es un perro tan pequeño.

Gabi:

Sí, desde su primer encuentro en el bar. Me encanta que en el libro, tomó una mirada y se enamoró, incluso si él no lo admitió.

Alecsandra:

¿Y la escena en su casa, cambiando la ducha?

Gabi:

Ningún director general haría eso. Puede que sí, pero otra cosa que me encanta de este libro es que el bueno tiene los pies en la tierra.

Alecsandra:

Alguien que conoces en el centro comercial.

Gabi:

O en la librería. ¿Recuerdas al tipo guapo con traje y corbata?

Alecsandra:

Guapo, pero no es mi tipo. ¿Le conoces?

Gabi:

No, pero ya me lo he puesto de avatar para la próxima novela que voy a leer. Soñar no ofende a nadie, ¿verdad?

Alecsandra:

Tienes razón. Ahora me toca a mí señalarlo. Un matrimonio concertado dentro de la mafia. ¿Te gusta el tema?

Gabi:

No sólo me gusta, sino que será mi próxima lectura. Envíame el nombre.

Después de darle la pista, me puse de lado en la cama y me dispuse a dormir.



ALECSANDRA

Capítulo cuatro

Semanas después...

Los pechos me estaban matando. Solían dolerme cuando se acercaba la menstruación, pero esta vez me molestaban más que nunca. Ni siquiera podía tocarlos sin sentir dolor y su tamaño tampoco ayudaba.

Me daban ganas de cortarlas por la mitad cada vez que chocaba con algo, pero la sensibilidad no era lo único que me estaba volviendo loca. Mi mal humor se había vuelto tan intenso que tenía que controlarme para no insultar a alguien o parecer grosera por algún motivo.

— ¡Eita! — Manuel, uno de los capataces, se encogió después de que le diera los buenos días. — ¿Te has caído hoy de la cama?

— Lo siento. — Me encogí de hombros, torpemente. — Mis hormonas parecen haberse vuelto completamente locas, nunca había tenido un síndrome premenstrual tan intenso.

— Al menos no lloras por nada. Cuando mi mujer empieza, no sé ni qué hacer.

Me reí al ver su cara.

— Me alegro de que hayas sobrevivido.

— Condiciones de la boda.

— Bien hecho.

— Si tienes algo de tiempo hoy, te compraré un chocolate.

— Le estaría eternamente agradecida. — Le guiñé un ojo y Manuel me devolvió la sonrisa.

Puede que no tuviera novio, pero esos hombres me trataban como si fuéramos una gran familia, y eso me hacía feliz.

— ¡Alecsandra! — oí la profunda voz de Héctor llamándome e inmediatamente me volví, viéndole asomar la cabeza por la puerta de su despacho.

— Sí, señor.

— Necesito que hagas algo por mí.

— Por supuesto.

— Hablaré contigo más tarde. — Manuel me saludó con la mano. — Jefe— le hizo un

gesto con la cabeza a Héctor y desapareció de su vista.

— ¿Qué necesitas? — Me levanté y me enfrenté a él.

— Pasas por delante de una farmacia cuando vas a comer, ¿no?

Asentí, frunciendo el ceño mientras me preguntaba qué podría necesitar.

— ¿Quieres que compre medicinas?

— No es medicina.

— Entonces, ¿qué es?

— Me he quedado sin condones, ¿puedes traerme tres paquetes de extrafinos sin sabor y una botella de lubricante a base de agua, por favor?

— ¿Qué? — Me quedé completamente sorprendida por la inusual petición.

— Condones, Alecsandra. ¿Sabes lo que es o no?

— Sí, señor.

— Estupendo. — Esbozó una sonrisa indiferente, como si me estuviera preguntando algo trivial. — Esta noche tengo una fiesta y no puedo estar desprevenido. Y como voy a comer con unos inversores, no tendré tiempo de comprar.

— Vale...– tartamudeé, sin saber exactamente qué decir.

No era la primera vez que le hacía un favor personal a mi jefe, pero comprar preservativos era algo que él nunca me había pedido y que yo no hacía porque no tenía una vida sexual activa. Aún no había tenido relaciones sexuales con nadie y, dado el ritmo amoroso de mi vida, dudaba que eso ocurriera pronto.

Continué con mis tareas hasta la hora de comer. Un restaurante situado a dos manzanas formaba parte de mi rutina. No tenían un menú muy variado, pero la comida estaba bien hecha y era sabrosa; además, el precio del *autoservicio* encajaba con el vale de comida que recibíamos de la empresa constructora.

Ese día comí costillas en salsa, uno de mis platos favoritos.

Almorcé con Daniela, de Recursos Humanos, charlando sobre trivialidades. Se desahogó sobre los problemas que estaba teniendo con algunos empleados de la empresa que habían aparecido borrachos un lunes, hasta que terminamos. Nos levantamos, pagamos la cuenta y regresamos al edificio.

— Tengo que pasar por la farmacia.

— Iré contigo.

— No es necesario. — No pude evitar decir que sería mejor que no viniera.

— No pasa nada, aún queda algo de tiempo.

¡Maldita sea!

Atravesamos las puertas automáticas y mis ojos recorrieron el lugar, desde los pasillos de los medicamentos hasta los de los pañales, en busca de preservativos.

— ¿En qué puedo ayudarle? — Uno de los vendedores se me acercó, ofreciéndome una cesta y una tarjeta con su nombre, lo que le garantizaría una comisión por la venta.

— No tienes por qué hacerlo —, le dije suavemente.

Me daba vergüenza entrar en la farmacia, ¿cómo iba a decirle al tipo que estaba allí para comprar condones?

— Si cambias de opinión, llámame.

— Gracias, señor.

Seguí caminando por la farmacia con Daniela a mi lado. No dijo nada cuando cogí dos chocolatinas. Realmente esperaba que los dulces me ayudaran con mi mal genio.

No tenía ni idea de en qué pasillo encontraría los preservativos, pero me daba vergüenza preguntar, así que empecé a dar vueltas por la farmacia, dejándola confundida.

— No es el mejor lugar para pasear después de comer.

— Puedes irte si quieres — dije automáticamente, pero mi tono sonó grosero y le hizo tragar saliva. — Lo siento.

Intenté rectificar la situación antes de que Daniela dijera nada.

— Tengo un síndrome premenstrual terrible.

— Ya veo.

— No era mi intención.

— Todo está bien, Alê. — Me dedicó una sonrisa que me tranquilizó. — ¿Nos vamos?

— Necesito comprar un condón... —, susurré, completamente sin aliento.

— ¿Qué? — Ella no podía oírlo y su exclamación hizo que otras personas se giraran hacia nosotros, lo que me hizo sentir aún más avergonzada por la situación.

— Condón... —, murmuré entre dientes.

— Oh, condones —, dijo más alto, empezando a reírse. Mis mejillas se pusieron tan rojas que quise esconder la cara en un agujero y no volver a salir. — Es por allí. — Indicó un espacio entre los pasillos; yo ya lo había pasado, pero no me había dado cuenta.

Completamente avergonzada, me acerqué y miré el envase. Cogí algunos, leí la composición y busqué la especificación que había dado Héctor, extrafino y sin sabor. Elegí una marca, cogí los tres paquetes y miré los lubricantes, cogiendo uno a base de agua mientras Daniela me observaba.

— Parece que alguien ha tenido una vida muy agitada. — Soltó una risita que me hizo sentir aún más incómoda.

Pensé en decir que no era para mí, que Héctor me había pedido que lo comprara, pero de algún modo imaginé que la situación sólo conseguiría ser aún más desconcertante, así que dejé las explicaciones a un lado.

Era obvio que había cogido condones antes, incluso los había llenado de agua para ver cómo se sentían, pero nunca los había puesto en una polla de verdad. Sería cómico si no fuera tan trágico tener veinticuatro años y aún no haber tenido sexo con nadie. Podría decírselo a Daniela, pero dudaba que contara a mi favor.

Pasé por caja y pagué los productos, afortunadamente la operaria no dijo nada ni hizo ningún comentario sobre mi compra. Salí con los productos empaquetados en una discreta bolsa de papel.

Las dos volvimos a la empresa y cogimos juntas el ascensor.

— Buenas tardes. — se despidió mientras bajaba del ascensor.

Pronto volví a mi mesa y en el contestador había unos cuantos mensajes para que los devolviera, así como correos electrónicos sin contestar. Me concentré en eso hasta que apareció Héctor.

— ¿Cómo fue la reunión con los inversores?

— Mejor no. — Sonrió ampliamente. — Ya vamos a empezar a buscar un emplazamiento en el noreste para construir un nuevo y moderno complejo turístico.

— Estoy segura de que te hace mucha ilusión.

— No tienes ni idea. — La sonrisa de mi jefe se hizo aún más grande. — Estoy deseando celebrarlo. ¿Compraste lo que te pedí?

Asentí y abrí mi cajón, entregándole el sobre marrón con el logotipo de la farmacia.

— ¡Perfecto! ¡Eres una gran secretaria, Alê!

— Gracias, señor.

Se despidió de mí y se encerró en su despacho.

Me retorcí en la silla, intentando poner en orden mis pechos. Mientras a mi jefe le entusiasmaba tener sexo por la noche, lo único que yo deseaba era que me bajara pronto la regla, para acabar con todas las molestias.



HECTOR

Capítulo cinco

Salí de mi coche, un Land Rover enorme, entregándole la llave a un aparcacoches que estaba en la entrada de la discoteca.

— Cuidado con mi bebé.

— Está bien, señor.

Tenía pocas pasiones en la vida, pero un coche era una de ellas. Había comprado éste hacía poco más de seis meses, después de conseguir un contrato millonario con el ayuntamiento de una ciudad vecina para construir dos ambulatorios.

Cuando no tenía muchas otras preocupaciones, podía ocuparme de mí mismo y satisfacer mi caro gusto por los coches, las fiestas y las mujeres.

Entré en la sala, observando mi entorno. Era una discoteca animada, pero con un número limitado de invitados y mucho secretismo, ya que reunía a los numerosos millonarios de la ciudad que querían pasar desapercibidos para divertirse, como yo.

Mis padres hacían la vista gorda a mi estilo de vida, pero no les habría gustado ver mi cara por todas partes con una o dos prostitutas.

Había dos chicas muy guapas bailando en la barra del bar con lencería diminuta y amplias sonrisas. Las camareras también llevaban ropa diminuta. Cuanta menos ropa, mejor, en mi humilde opinión.

— ¡Hola! — Una de ellas me pasó la mano por el pecho y me condujo a una de las mesas con barra. — ¿Qué te pongo?

— Podría ser una caipirinha para empezar.

— Y entonces...

— Puedes decírmelo.

— Me gusta así... — Ensanchó su sonrisa, pasando sus manos por mi pecho, avanzando hasta detenerse cerca de la bragueta de mis pantalones, pero luego se apartó para traerme la bebida y tuve la certeza de que iba a pasar una velada muy divertida.



ALECSANDRA

Capítulo seis

La regla no me vino en los días siguientes, los pechos me seguían doliendo mucho, aunque mi estado de ánimo había mejorado un poco.

No tenía sentido, mi flujo nunca había sido tan tardío. Acabé preocupándome de que estas reacciones pudieran ser síntoma de algún tipo de enfermedad. No era de las que iban al médico porque sí, pero después del primer infarto de mi abuela, intenté cuidarme un poco más.

Pedí cita con mi ginecólogo ese mismo miércoles y salí del trabajo un poco antes. Sólo le dije a Héctor que necesitaba ver al médico y no me hizo más preguntas. Mi jefe tenía sus manías, pero no podía decir que fuera un tirano.

— ¿Alecsandra da Costa? — llamó la secretaria del médico y yo me levanté de mi silla en la sala de espera.

— Sí.

— La Dra. Luna te está esperando.

— Gracias, señor.

Entré por la puerta de la consulta y vi a la doctora sentada detrás de su silla. Era joven, poco más de treinta años, pero llevaba viéndola tres años y me gustaba su forma de actuar porque me hacía sentir cómoda.

— Buenas tardes, Alecsandra.

— ¡Hola, doctora!

— Siéntese. — Le indicó la silla que tenía delante.

— Gracias. — Cogí la bolsa y la puse sobre mi regazo.

— ¿Qué puedo hacer por usted? — Analizó la pantalla de su ordenador antes de volver a hablarme. — Su última cita fue hace seis meses. ¿Vino para un examen preventivo, alguna ecografía? En su última cita me dijo que seguía siendo virgen, ¿ha cambiado? ¿Quiere que le recete un anticonceptivo?

— Estoy preocupada, me temo que tengo algo.

— ¿A qué te refieres? — Ella no lo entendía.

— Me duelen mucho los pechos, me molestan durante el día y sobre todo cuando me pongo el sujetador. Normalmente, cuando se ponen así, se me pasa en cuanto me viene la regla,

pero hace más de una semana que se me ha retrasado. ¿Podría ser cáncer?

— ¿Cáncer? — Los ojos del médico se abrieron de par en par ante mi suposición.

— Creo que es poco probable, todavía eres demasiado joven, Alecsandra.

— ¿Qué otra cosa podría ser?

— Pechos adoloridos y retraso menstrual, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

— ¿Te has hecho un test de embarazo?

— ¿Qué? ¡No!

— Creo que podemos empezar investigando, según los síntomas que has relatado, lo más probable es que estés embarazada.

— Eso es imposible, doctora. — Me llené la boca de palabras.

— Sólo puedo decir si lo estas o no después de unas cuantas pruebas, pero ésa es mi primera suposición.

— Todavía soy virgen—, le aseguré.

— ¿Segura?

— ¡Por supuesto que estoy segura! No tuve sexo con nadie, Doctora.

— ¿Y las caricias, el jugueteo? Si el tipo se acercó a la entrada de tu vagina, también existe la posibilidad de embarazo.

— No, eso no ocurrió.

— Puede que haya venido contigo en su regazo...

— Doctora, le juro que no hubo besos, ni coqueteo ni tonteo con ningún chico. Sigo siendo virgen.

— Vale... —, reflexionó un momento. — Voy a pedir algunas pruebas; una vez descartada la posibilidad de embarazo, investigaremos otras causas.

— Gracias.

Rellenó una solicitud de prueba, me la entregó y me dio algunas instrucciones, además de exigirme que no hiciera ejercicio, algo que no estaba haciendo.

Salí y fui directamente a un laboratorio para que me hicieran las pruebas. Después, fui a una farmacia y compré una prueba de embarazo. No tenía ningún sentido que estuviera embarazada, pero hasta que llegaran los resultados de los análisis de sangre, aquella prueba rápida descartaría la posibilidad que me había lanzado el médico.

Llegué a casa y mi padre no estaba, me había dicho que iba a salir con unos amigos de su antiguo trabajo a ver un partido de fútbol. Menos mal que no estaba, así no tenía que explicarle nada.

Pedí comida a través de la aplicación y fui al baño. Según la información de la prueba de embarazo, podía identificarse en cualquier momento del día posterior al retraso menstrual. Seguí los pasos, oriné sobre la tira y esperé unos instantes. Las cerdas blancas se volvieron rosadas y el líquido se extendió por la esfera.

Decía "resultado en un minuto", pero no tardaron en aparecer dos rayas rosas en la esfera.

Sólo podía ser un sueño loco.

— ¿Embarazada?

¡No puede ser!

Eso era imposible.

Ni siquiera podía ducharme. Salí del piso y me dirigí a la farmacia de la esquina. Compré dos análisis más y me los hice. Para volverme aún más loca, todas daban el mismo resultado, aunque eran de modelos y marcas diferentes.

No podía estar embarazada, no tenía sentido...



HECTOR

Capítulo siete

No me gustaban mucho las reuniones familiares, pero había algunas a las que no podía faltar. Mi secretaria se fue pronto al médico y yo tuve que ocuparme solo de algunos detalles de la empresa, lo que me restó tiempo. Ni siquiera conseguí llegar a casa para arreglarme antes de ir a casa de mi hermano pequeño; mi madre me habría matado si no hubiera estado allí en el momento de la sorpresa.

Henrique cumplía treinta años aquel día y llevaba dos trabajando como médico generalista tras licenciarse en medicina. Cuando éramos más jóvenes, mi padre intentó acercarnos a la construcción, pero mi hermano siempre mostró mucho más interés por el sector sanitario y no fue una sorpresa cuando dijo que quería ser médico.

Mientras él despiezaba cadáveres y estudiaba órganos, yo estudié ingeniería civil y unos semestres de administración de empresas. Cuando creí que estaba preparado, mi padre dimitió como presidente de Aço y me dejó la empresa a mí.

Subí al piso donde vivía mi hermano con su mujer y encontré a mis padres con algunos familiares y amigos.

— ¡Héctor!

— ¡Hola, mamá!

— Llegas tarde. — Frunció los labios y me dio una palmada en el hombro.

— Acabé trabajando más de lo esperado en la empresa.

— Hmm...

— ¡Escóndete! — gritó la mujer de mi hermano, interrumpiendo el momento dramático de mi madre. — Ya viene.

Todos se fueron detrás de los muebles y yo me agaché, escondiéndome en un sillón. Aquel tipo de sorpresa me pareció ridícula, pero mi familia no estaba de acuerdo conmigo y ni siquiera me esforcé por no recalcar lo mucho que me superaban en votos.

La puerta de la habitación se abrió y mi hermano entró llevando un maletín de cuero negro y un abrigo blanco en el brazo.

— Amor. — Se acercó a su mujer y la besó. — Vaya, hoy ha sido... — Ni siquiera llegó a

terminar la frase, porque mi madre se levantó con una tarta y unas velas que echaban chispas.

Pronto todos cantaron una versión del Cumpleaños Feliz y yo hice lo mismo, siguiéndoles con una sonrisa amarilla.

Mi hermano y yo nos llevábamos bien, teníamos una relación de compañerismo y amistad, así que le conocía lo suficiente como para saber que ese tipo de sorpresas no eran lo que más le gustaba.

— Mamá, papá... — Miró entre los dos.

— ¡Feliz cumpleaños, cariño! — Le entregó la tarta a su nuera antes de abrazarle.

— Muchas gracias. No sabía que vendrías.

— ¿Y dejar pasar el cumpleaños de mi hijo menor? De ninguna manera.

— ¡Feliz cumpleaños! — Me acerqué a abrazarle después de que mis padres hicieran una pequeña pausa.

— ¿Dejaste que lo hicieran? — me murmuró al oído.

— Como si pudiera convencerles de lo contrario.

— Al menos podrías haberlo intentado.

— Relájate y disfruta de tu momento. — Le di una palmada en la espalda antes de alejarme.

La mujer de mi hermano sirvió unos aperitivos y él aprovechó el momento para escaparse a darse una ducha. Si Henrique tenía algún plan para su cumpleaños, desde luego no incluía una visita inesperada de su familia.

— ¿Y tú, Héctor? — Una tía se me acercó y empezó a hablar sin siquiera terminar antes un bocadillo salado.

— ¿Y yo qué? — Alcé una ceja, un poco temerosa.

Quería fingir que no estaba allí, pero entonces mi madre me molestaba diciéndome que tenía que ser educado con mis parientes, sin importarle el hecho de que ya era un adulto que podía afrontar las situaciones como mejor me parecieran.

— ¿Cuándo te casas?

— No hay planes para eso.

— Pero ya tienes novia, ¿no?

Me limité a mover la cabeza negativamente.

— Me sorprende cómo un joven tan guapo como tú puede seguir soltero. Las mujeres

deberían pelearse por ti.

Lo son, pensé para mis adentros, pero no hablé.

— Estoy solo porque quiero.

— ¿Cómo puede alguien querer estar solo? — Parecía aún más indignada.

— Está bien así, tía.

— Ah, pero...

Empezó a refunfuñar y yo me saqué el móvil del bolsillo, fingiendo estar atendiendo una llamada.

Cuando mi hermano decidió casarse, pensé que había perdido la cabeza o que la mujer podría haber hecho algún hechizo para hacerle cambiar de opinión, pero me di cuenta de que era sólo lo que Henrique quería en aquel momento; al final, acepté.

Pero su decisión de atarse no tenía nada que ver con la mía de permanecer libre y sin trabas. Estábamos solteros, pero cada uno podía afrontar la vida como quisiera. Yo no me veía casado, era mucho mejor estar con todo el mundo que estar atado a uno solo. Además, nuestra madre intentando entrometerse en nuestra vida ya era suficiente, no necesitaba que otra mujer lo hiciera.



ALECSANDRA

Capítulo ocho

Algo iba mal con las pruebas de embarazo de la farmacia, por alguna razón daban positivo sin que yo esperara realmente un bebé.

Esperé los resultados de las pruebas que había pedido la doctora y volví a su consulta antes del trabajo unos días más tarde, con la esperanza de que pudiéramos tener una conversación más esclarecedora sobre lo que podía estar pasándome.

Sabía que mi exceso de peso y la falta de ejercicio contribuían a mis problemas de salud, pero hasta entonces, aunque era muy sedentaria, me sentía sana.

— ¿Doctora? — He llamado a la puerta del despacho para llamar su atención.

— ¡Alecsandra! — Levantó la cabeza de la pantalla del ordenador y me miró.

Me acomodé en la silla frente a ella y me ajusté las gafas en la punta de la nariz antes de mirarla.

— He traído las pruebas que pidió.

— ¡Estupendo!

— Doctora, estoy muy preocupada...

— ¿Por qué?

— Investigué un poco en internet...

— Tranquila, Alecsandra, hay mucha gente diciendo muchas cosas, pero eso no significa que tengan razón o que sea tu caso. A veces empezamos a identificar síntomas e inmediatamente pensamos que podría ser algo terrible, pero también podría no ser nada. Así que tomémoslo con calma, ¿de acuerdo?

Negué con la cabeza.

— Déjame ver las pruebas. — Me tendió la mano y le di el sobre.

Pasaron unos minutos, que parecieron una eternidad, hasta que por fin levantó la cabeza para mirarme.

— Aumento de HCG y prolactina... — Se mordió el labio inferior pensativa.

— ¿Eso indica?

— Embarazo.

— Pero no estoy embarazada, doctora.

— Las pruebas muestran algo más, Alecsandra. No es común, pero he visto casos de embarazo sin himen roto.

— No tengo novio.

— Bueno...

— No podría haberme quedado embarazada, doctora.

— Te recomendaría una ecografía transvaginal, pero como aún eres virgen, no es posible. ¿Puedo examinarla? Quiero comprobar que tienes el cuello del útero cerrado. Es otro indicio de embarazo, además de las pruebas hormonales.

— DE ACUERDO.

— Puedes ir al baño, quitarte la ropa y ponerte una de las camisetas limpias que están en la cesta.

Hice lo que me pedía y dejé el bolso en la silla. Tenía un nudo en la garganta y seguía sin tener sentido que pudiera estar embarazada.

Doblé la ropa, poniéndola en un rincón del lavabo, y salí después de haberme atado el jersey a la cintura, con un poco de dificultad porque la talla era demasiado pequeña para mi figura.

Con la ayuda de la ginecóloga, me acomodé en la camilla y apoyé las piernas en el soporte. Se ajustó los guantes de látex y se inclinó para mirar mi sexo.

— El himen sigue aquí.

— Verá, Doctora, no tuve sexo con nadie.

— Pero está embarazada.

— Eso es imposible.

— Es posible, al parecer. — Se apartó de mí y tiró el par de guantes a un cubo de basura. — Puedes vestirte.

Volví al baño completamente perpleja; no había ninguna razón para que yo estuviera embarazada. Sólo conocía la historia de una mujer que había concebido sin relaciones sexuales y dudaba que algún ser del más allá tuviera motivos para elegirme a mí.

Cuando salí del servicio, la doctora tenía nuevas peticiones de pruebas, que me pasó.

— Estas son las pruebas preliminares que quiero que te hagas lo antes posible. La ecografía del primer trimestre debería hacerse en una semana, pero como eres virgen, es posible

que tengamos que esperar un poco más para hacerla cuando ya no sea necesaria una exploración transvaginal, pero lo hablaremos en tu próxima cita. También soy obstetra y puedo hacerte el control prenatal, pero si lo prefieres puedes acudir a otro médico.

— Es... Vale— tartamudeé, aún demasiado perpleja y luchando por asimilar la noticia.

Era imposible que estuviera embarazada, ningún hombre me había visto desnuda y mucho menos se había corrido sobre mí. *A menos que...*

¡Joder, no!

Era imposible que me hubiera quedado embarazada después de que Héctor se hubiera corrido en mi falda, por mucho que se me hubieran mojado las bragas. Me limpié después y me di una buena ducha al llegar a casa.

¿Embarazada de mi jefe? Eso sólo podría ser una pesadilla.



HECTOR

Capítulo nueve

— Llegas tarde—, refunfuñé cuando Alecsandra entró en mi despacho aquella mañana.

Estaba muy nerviosa y la sangre le había desaparecido de la cara, dejándola muy pálida.

— Lo siento, señor — apenas consiguió hablar y eso me puso aún más alerta.

— ¿Qué ha pasado?

— Nada...

— ¿Se encuentra mal?

Negó con la cabeza.

— Estás pálida. ¿Te han robado? ¿Has visto un fantasma? ¿Has estado a punto de ser atropellada?

— En absoluto. — Se acercó tambaleándose.

No sabía exactamente qué le podía estar pasando, pero mi enfado por su tardanza pronto se convirtió en preocupación. Llevaba años trabajando conmigo y era la secretaria más antigua.

La única con la que no intenté tener sexo, aparté ese pensamiento porque era insignificante en ese momento.

— ¿Dónde estabas esta mañana? — Pregunté.

— En el médico—, respondió, todavía en estado de shock.

— ¿Estás enferma?

— No necesariamente.

— ¿Qué ha pasado?

— Yo... — Sus labios empezaron a temblar. — Yo...

Alecsandra rompió a llorar antes de contarme lo que realmente pasaba y se me pasaron las peores cosas por la cabeza. Para que rompiera a llorar así, sólo podía tratarse de algo muy grave.

— Eh, cálmate... — Me acerqué a un armario de mi despacho y serví un vaso de agua, entregándoselo. — Bébete esto.

— Gracias. — Sostuvo el vaso entre los dedos temblorosos y bebió unos sorbos largos, sorbiéndose los mocos para no llorar.

— Ahora dime qué pasa. ¿Cuál fue el diagnóstico del médico?

— Yo... yo... — volvió a tartamudear. — Estoy embarazada.

— ¡Caramba! — No esperaba semejante revelación. — Felicidades.

Cayó hacia delante, agarrándose a mis manos, y empezó a llorar de nuevo. Era fácil darse cuenta de que este embarazo no había sido planeado.

— Bueno, tienes que decirle al chico que estás embarazada y los dos tenéis que decidir cómo vais a cuidar de este niño...— dije lo primero que se me pasó por la cabeza, como si hubiera absorbido algo del tacto de mi hermano con sus pacientes.

— No se lo va a creer. — Siguió llorando. — Ni yo me lo creo.

— Sólo lo sabrás si lo cuentas. — Me encogí de hombros, más relajado.

Alecsandra era una buena secretaria y, a pesar de algunas meteduras de pata, me caía bien. Además, una mujer llorando en mi despacho no creaba el tipo de ambiente que me gustaba. Prefería oírlas gemir por otras razones.

— Tienes que intentarlo... — No sabía si mi consejo servía de algo, pero se trataba de una situación completamente improbable para mí.

Alecsandra llevaba mucho tiempo trabajando en la empresa de construcción y lo que yo sabía de ella me parecía suficiente para jurar que no era el tipo de mujer que se quedaría embarazada por accidente. Mi secretaria era metódica, cuidadosa y organizada. Podía garantizar que dependía de ella como mi mano derecha para mantener la empresa de construcción en funcionamiento.

Permaneció en silencio unos instantes, asimilando la situación mientras yo permanecía cerca. Nunca se me ha dado bien consolar a nadie, pero no podía dejarla allí en aquella situación.

— Todo irá bien...

¡Vamos, Héctor! Eso no te lo crees ni tú.

— Creo que es poco probable. — Se levantó las gafas y se frotó los ojos enrojecidos con el dorso de la mano.

— ¿Por qué?

— El padre...— Respiró hondo, como si se armara de valor e intentara no tartamudear. — El padre probablemente seas tú.

— ¿Cómo? — Salté hacia atrás, como si me hubiera alcanzado una corriente de alto voltaje.

Alecsandra no iba a jugar conmigo. No lo iba a hacer con algo tan serio.

Se hizo el silencio durante unos instantes hasta que empezó a llorar de nuevo.

Me tocó respirar hondo y poner en orden mis pensamientos.

— ¡Ya lo sé! — Me eché a reír unos instantes después. — Era Henrique, ¿verdad? Mi hermano todavía está enfadado conmigo por no haberle contado lo de la fiesta sorpresa y te pidió ayuda para darme un susto. Bueno, me has pillado.

— No...

— ¿Cómo no iba a serlo?

— Tu hermano no tiene nada que ver.

— Ya entendí, Alê, no tienes que seguir protegiéndolo. Fue una gran idea, nada asustaría más a un tipo como yo que un embarazo, pero Henrique no fue tan listo. Debería haber elegido un cómplice con el que yo ya hubiera tenido sexo, pero tú...

— ¡Soy virgen!

Me tragué las palabras y la risa que tenía en la punta de la lengua. La confesión de Alecsandra me hizo sentir aún peor.

— Eso es exagerar. Ninguna mujer de más de veinte años sigue siendo virgen. Es casi un rito de la escuela secundaria.

— Pero yo...

— Vale... — di un paso atrás, absorbiendo la información. — El momento de tener sexo o no depende de ti, *yo estoy "super" a favor de "tu cuerpo, tus reglas"...*

La miré fijamente, asimilándolo todo. Pocas situaciones me habían dejado más impotente que ésta. La elección de Henrique no había sido tan mala después de todo. El bastardo era un genio y ya no debería sorprenderme.

— Aun no entiendo exactamente cómo pudo ocurrir, pero nunca he estado en contacto con el semen de un hombre, salvo aquel día en que te corriste accidentalmente sobre mi falda.

— Espera... ¿Me estás diciendo que crees que estás embarazada sólo porque me he corrido en tu falda? — Me tapé la boca con la mano, pero no pude controlar la risa, lo que hizo que ella se encogiera de vergüenza. — Lo siento, pero eres más inteligente que eso, Alê. No es posible que una mujer educada y estudiada como tú diga algo así.

— Sé que es absurdo.

— Ah, bien... — Respiré aliviado, pero era demasiado pronto.

— El problema es que no creo estar embarazada, sino que estoy embarazada. Me he hecho miles de análisis de farmacia y todos han dado positivo, al igual que los análisis de sangre y la valoración médica. Mi ginecólogo está segurísimo de que estoy embarazada.

Volví a perder la cabeza, esto era impensable para mí. Hubiera jurado que Henrique se había superado, pero ni siquiera a mi hermano se le ocurriría algo tan loco.

— Tal vez tuviste relaciones sexuales con alguien y no lo recuerdas.

— Crees que no me acordaría.

— A veces bebes demasiado en una fiesta y te falla la memoria.

— Yo no. Ni siquiera voy a fiestas, y mucho menos bebo.

— Suena como una puta vida aburrida—, se me escapó, pero pronto me arrepentí del comentario inapropiado.

— Estaba seguro de que no me creerías. Ni yo misma me lo creo, pero si no es por lo que pasó aquel día en el salón de tu casa, soy el milagro del siglo XXI.

— Aún podrás recordar con quién te acostaste.

— Mi himen sigue intacto.

— Ah...

Me estaba quedando sin argumentos, pero eso no significaba que pudiera creerme aquella loca historia. Esperaba que en algún momento se echara a reír y dijera que me había pillado.

— No puedo ser el padre de ese niño...

Era imposible dejar embarazada a una mujer con la que ni siquiera me había acostado. De todas las chicas con las que había follado en aquella habitación, Alecsandra no era una de ellas y no había ninguna posibilidad de que fuera ella la que decía estar esperando un hijo mío.

— Esto es una represalia porque te pedí que me compraras un condón, ¿no? Lo siento, no lo volveré a hacer...

— Te estoy diciendo la verdad, Héctor— alzó la voz, como si le molestara oírme decir que era un montaje. — Puede que no parezca posible, pero eso es lo que ocurrió. Tengo todas las pruebas, si quieres verlas.

— Eso no tiene sentido...

— Sé que no. — Enderezó el cuerpo y enderezó la postura, antes de enjugarse de nuevo la comisura de los ojos, deslizando las yemas de los dedos bajo las gafas. — Lo único que te pido es que, por favor, no me despidas. Realmente necesito este trabajo.

— Yo no te despediría...

— Muchas gracias. Te espera un largo día, te enviaré los documentos que tienes que firmar y no olvides el almuerzo con los ingenieros que trabajan en la construcción del centro comercial de la Zona Sur. — Recuperó completamente el aplomo desviando el tema al ámbito profesional, pero yo seguía lidiando con aquella noticia demencial.

Alecsandra salió de la habitación y yo prácticamente me desplomé en mi silla. Si era una broma, me habían pillado, pero si era real, no tenía ni idea de qué hacer.

No entraba en mis planes ser padre, y mucho menos que ese bebé viniera de una mujer con la que nunca había tenido relación.

Alecsandra era mi mano derecha en aquella empresa y me ayudaba en todo. Me caía bien, la respetaba, pero nunca la había visto de forma diferente a los chicos con los que trabajaba. Para mí no era más que un brazo que movía la mano de obra de aquella constructora, no alguien con quien me acostaría. Y ya me había acostado con muchas empleadas...



ALECSANDRA

Capítulo diez

Todavía tenía los ojos doloridos e hinchados de tanto llorar. Quería que la pesadilla terminara y poder sentarme en mi cama, riéndome porque era lo más bizarro que se le podía haber ocurrido a mi subconsciente.

Estar embarazada sin haber sido tocada íntimamente por un hombre era una locura. Lo peor de todo era que el posible padre de ese niño era mi jefe. Héctor siempre se acostaba con todo el mundo, pero a mí nunca se me había insinuado siquiera. Ya fuera por mi forma de ser o por cualquier otra condición, siempre fui terreno vedado.

En el fondo, lo que más me preocupaba era que me despidieran. ¿Cómo iba a cuidar de un niño si no tenía ese trabajo?

No debería haberle dicho que creía que el bebé era suyo. Si yo aún no podía creer lo que estaba pasando, ¿cómo iba a creerlo un hombre que estaba seguro de no haber tenido relaciones sexuales conmigo?

En ese mismo momento debió pensar que estaba loca o, como mínimo, que le estaban tendiendo una trampa. Pero nadie pensaría algo tan descabellado, ¿verdad?

Oh cielos...

A mi padre le podría dar un ataque cuando se entere que estoy embarazada. Puede que ya no sea una adolescente, pero en su mente probablemente imaginaba que no sería madre hasta que tuviera un marido. También era lo que yo quería y planeaba, aunque no persiguiera precisamente a un candidato.

Trabajar ese día fue terriblemente difícil. No podía dejar de pensar en el mundo derrumbándose sobre mi cabeza, por mucho que deseara despertarme.

Héctor no lo mencionó y yo tampoco volví a decir nada. Me arrepentí de haber dicho nada. Sería menos loco quedarse embarazada de un desconocido en una fiesta que acabar embarazada por culpa de un semen que debería haber ido a parar a la boca de una arquitecta en lugar de chorrear sobre mí.

Esa situación sería divertida si no fuera porque mi vida va cuesta abajo.

Hacía tiempo que no iba a la cafetería y, con esa bomba, ni siquiera me apetecía mi

pasatiempo favorito.

Cómo sumergirme en un libro y olvidarme de todo cuando mi vida se tambaleaba y se ponía patas arriba.

Héctor no volvió a la oficina después de la reunión con los ingenieros, sólo me pidió que reprogramara sus citas y dijo que tenía detalles importantes que resolver con los responsables.

Esto ocurría a veces, no era raro, pero tenía la sensación de que mi jefe huía de mí.

¿Qué podía querer después de lo que le había dicho?



HECTOR

Capítulo once

Abrí la nevera y cogí un *cuello largo,* luego volví al salón y me hundí en mi sillón favorito.

Destapé la cerveza con los dientes y me la bebí casi toda de un trago.

Había pasado toda la tarde en una obra, discutiendo detalles con los ingenieros y analizando informes sobre materiales y riesgos. Aunque para la urbanización se había contratado al sector privado, era mi empresa constructora la responsable de las obras y la que asumía todos los riesgos.

Tal vez podría haber vuelto antes a la oficina, a tiempo para ver a Alecsandra, pero no lo hice. Seguía dándole vueltas a lo que me había contado. Era la historia más tonta sobre la faz de la tierra.

Ya me había corrido con un montón de mujeres, me había tirado a más, ¿y entonces la que ni siquiera había penetrado se quedaba embarazada de mí? No tenía sentido.

Me saqué el móvil del bolsillo y lo hice girar entre los dedos antes de abrir la aplicación de mensajería y enviar uno a mi hermano pequeño.

Héctor:

Enhorabuena, lo has conseguido.

Henrique:

He conseguido varias cosas, pero no sé exactamente de qué estás hablando.

Héctor:

Me hizo una gran jugarreta. No sé cómo has convencido a Alecsandra, pero es una actriz espectacular. Todavía me pregunto si realmente puede ser verdad.

Henrique:

No tengo ni idea de lo que estás hablando.

Héctor:

Admítelo.

Henrique:

Lo admitiría si lo supiera.

Héctor:

Has convencido a Alecsandra para que diga que está embarazada de mí.

Henrique:

No convencí a nadie.

¿Has pensado alguna vez que podría estar embarazada?

Sé que soy el médico, pero seguro que sabes que esto puede pasar cuando tienes relaciones sexuales con una mujer.

Héctor:

Esa es la cuestión. No tuve sexo con ella.

Henrique:

¿Seguro?

Desde que tu polla empezó a crecer, no has perdonado a nadie.

Héctor:

Exagerado.

Henrique:

¿Estoy mintiendo?

Héctor:

No tuve sexo, no con ella.

Henrique:

Entonces no puede ser tuyo.

Héctor:

¡Exacto!

Henrique:

¿Por qué estás tan preocupado?

Héctor:

Conozco a Alecsandra. Trabaja para mí desde hace dos años y siempre ha sido muy honesta, justa y sincera. Muchas mujeres con las que me he relacionado mentirían sobre un embarazo, pero no me imagino a esta chica haciendo eso.

Henrique:

Así que tuviste sexo con ella y no lo recuerdas.

Héctor:

No tuve sexo. Eso tampoco es lo que estoy diciendo.

Henrique:

Hermano, ahora me tienes jodidamente confundido.

Héctor:

Me corrí en ella.

Henrique:

¿No es eso tener sexo?

Héctor:

No.

Henrique:

En serio, amigo.

Héctor:

Tú no lo entiendes.

Henrique:

En absoluto.

Héctor:

Yo estaba con otra mujer. Me estaba haciendo una mamada cuando Alecsandra entró en la habitación. No pude evitarlo, pero la arquitecta se asustó y se la sacó de la boca. Acabé corriéndome sobre mi escritorio.

Henrique:

Me voy a morir de risa aquí, lol.

Tiene que ser una broma.

Héctor:

Eso es lo que pasó.

Henrique:

Si no te creyera, diría que el cannabis que has fumado es muy malo y te recomendaría que descansaras.

Héctor:

No te lo he dicho para reírme de mí mismo.

Henrique:

Lo siento, pero no hay manera. Es ridículamente divertido.

Héctor:

No se lo digas a nadie.

Henrique:

Mi mujer ya lo sabe.

Héctor:

Tío, ¿ya no puedes guardar secretos?

Henrique:

Está a mi lado y quiere saber por qué me río tanto que parece que me voy a mear encima.

Héctor:

¿No más secretos para ella?

Henrique:

Cuando te cases, sabrás cómo es.

Héctor:

No tengo prisa por ver ese momento.

Henrique:

Parece que todo va a cambiar más rápido de lo que esperabas.

Héctor:

No debería haber dicho nada.

Henrique:

De acuerdo. Risas aparte, analicemos la situación. Un embarazo así parece improbable, pero he visto pasar tantas cosas imposibles en medicina que no puedo garantizar si dice la verdad o no.

Te sugiero que te hagas una prueba de ADN, hay métodos no invasivos que pueden detectar la paternidad a las pocas semanas de embarazo. Sabrás si es tuyo o no.

Héctor:

¿Y si lo es?

Henrique:

¡Felicidades!

Realmente pensé que sería padre antes. Lo estamos intentando, pero parece que

te nos has adelantado.

Héctor:

No tiene sentido.

Henrique:

Hay cosas que simplemente aceptamos.

Me despedí de mi hermano, dando por terminada la conversación, y me hundí aún más en el sillón.

Siempre fui cuidadoso, usando preservativo en cada penetración. Pensé que nunca acabaría con una sorpresa así, pero me pilló completamente desprevenido.

Las piezas seguían encajando en mi cabeza y pasaría un tiempo antes de que pudiera asimilarlo todo.



ALECSANDRA

Capítulo doce

No le conté a mi padre lo del embarazo, a pesar de que me preguntó varias veces por qué lloraba y me sentía tan rara. Necesitaba digerir aquella noticia y dejar de pensar que era una loca pesadilla antes de tener el valor de confesárselo a él o a cualquier otra persona.

Mi padre me colmaría de preguntas, de eso no me cabía duda. Exigiría saber quién era el padre, pero me daría vergüenza decirle que no lo sabía. Lo peor era que esa falta de información no se debía a una agenda agitada y a varias parejas sexuales.

Estaba embarazada, pero seguía estando sola y era virgen. Quizá eso fuera lo más frustrante.

Siempre he sido responsable, no me quedaría embarazada del primer tío con el que me acostara, pero lo hubiera preferido así.

Al día siguiente, cuando sonó el despertador, cogí la almohada y me tapé la cara. Quería esconderme en la cama y no tener que levantarme, pero sabía que no podía cuidar de un niño sin trabajo y no necesitaba añadir el despido por causa justificada a la lista de desaguisados de mi vida.

Finalmente, me levanté del colchón y seguí con mi rutina. Después de mi aseo matutino, desayuné con mi padre y me dirigí al trabajo.

Una parte de mí se preguntaba si vería a mi jefe ese día y otra temía que huyera una vez más; en un momento u otro, mi presencia en la empresa podría resultar insostenible.

Me sentí muy culpable por habérselo dicho, aunque seguía pareciéndome lo correcto.

Me acomodé en la silla, encendí el ordenador y miré los sobres que habían dejado sobre la mesa. Alguien del servicio jurídico o de administración debió de estar allí antes de que yo llegara.

Estaba a punto de coger los documentos para leerlos cuando el teléfono de mi mesa empezó a sonar.

— ¿Hola?

— Alecsandra — la voz de mi jefe al otro lado de la línea me hizo estremecer.

— Sí...

— Ven a mi oficina.

— Sí, señor. — Volví a colgar el teléfono y me di cuenta de que me temblaban los dedos.

Por mucho que dijera que no me echaría, yo seguía teniendo miedo.

Tardé unos instantes y un buen trago de mi botella de agua antes de conseguir levantarme.

En cuanto empujé la puerta, lo vi sentado detrás de su escritorio. Héctor sostenía un bolígrafo entre los dedos y parecía pensativo, pero lo volvió a guardar con los demás en un recipiente cuadrado de hierro cuando me vio entrar.

— Cierra con llave. — Señaló con los dedos el picaporte de la puerta.

Hice lo que me pidió y me quedé junto a la puerta. De alguna manera me sentía más cómoda cerca de la salida.

— Tengo algunos documentos para que firmes, pero primero los revisaré.

— Bien, entonces puedes dármelos.

— ¿Quieres hablarme de la reunión de ayer?

Negó con la cabeza.

— ¿Por qué no te sientas? — indicó la silla de enfrente.

— Estoy bien de pie.

— ¿Segura?

— He dicho que sí.

— Ayer hablé con mi hermano sobre tu embarazo y me dijo que nada es imposible en medicina. Henrique me habló de la posibilidad de hacerte una prueba de ADN cuando aún estabas embarazada, y me gustaría que te la hicieras.

— ¿ADN? — balbuceé, aun asimilando lo que había dicho.

— ¿Te importaría hacerlo?

Negué con la cabeza. Reconozco que lo que me había dicho me había confundido, pero en el fondo, si el bebé no corría peligro, quería hacer la prueba. Tratar con una certeza era mucho mejor que con una posibilidad.

Si Héctor me había dejado embarazada o no, lo sabríamos.

— Conseguiré la información y te lo haré saber.

Negué con la cabeza.

— ¿Se encuentra bien?

— ¡Estupendo!

— ¿Es solo eso o hay algo más? — Estaba inquieta.

Aunque estaba actuando de forma más comedida y racional de lo que yo podría haber previsto, la situación en su conjunto seguía siendo muy extraña.

— Por el momento, sí.

— Muchas gracias. Me ocuparé de los documentos.

— DE ACUERDO.



HECTOR

Capítulo trece

Alecsandra salió de mi despacho y yo me quedé de pie en la silla, aturdido, como si me hubieran dado de lleno en el pecho.

La noche anterior me giré de un lado a otro, dando vueltas en la cama e intentando cerrar los ojos, pero siempre acababan abiertos, mirando al techo.

No era sólo Henrique quien imaginaba ser padre primero, ciertamente toda mi familia creía en ello, y yo también. Mientras yo llevaba una vida de *galanteo* —palabras de mi madre—, mi hermano siempre fue mucho más tranquilo y comprometido. Nunca había tenido novias. Antes de Monique, su mujer, tuvo otra relación de tres años.

Yo siempre estaba en fiestas y Henrique inmerso en libros de medicina. En el fondo, sin embargo, yo no había decepcionado. A pesar de ser un tacaño cuando se trataba de mujeres, fui un buen gerente para la empresa de construcción, que siguió prosperando incluso después de que mi padre abandonara por completo el negocio para dedicarse a la jubilación.

Las preguntas sobre cuándo me involucraría con alguien y finalmente intercambiaría anillos iban y venían todo el tiempo, de todos los lados de la familia, pero yo había aprendido a ignorarlas. Henrique ya lo había hecho en mi lugar y le iba bien con la vida de casado.

Me había acostumbrado a ser el soltero, a no atarme a nada ni a nadie, a disfrutar de mi vida y sobre todo de las mujeres.

No es que esto fuera a cambiar con la llegada de un hijo, sobre todo porque Alecsandra y yo no teníamos ninguna relación sentimental. Sin embargo, sería un tonto si creyera que de algún modo no habría cambios profundos.

Sería responsable no sólo de la empresa, sino también de un niño.

Era una bomba que no podía esquivar.

Aún no habíamos hecho la prueba de ADN, no estaba seguro de nada. Podía dar negativo y Alecsandra acabaría dándose cuenta de que era un error pensar que yo era el padre, pero la posibilidad era suficiente para convencerme.

Ni siquiera sabía si estaba preparado para ser padre.

Henrique se estaba preparando para ello, pero yo...

Oí que llamaban a la puerta del despacho, lo que alejó mis pensamientos, y me incliné hacia delante, apoyando los codos en el escritorio.

— Pasa.

Alecsandra vino hacia mí. Por mucho que luciera una sonrisa, estaba claramente tensa, me di cuenta por su forma de andar, no es que me hubiera fijado mucho en ella antes.

— Aquí tienes los documentos para que los firmes. Se trata de contratos de financiación con bancos para algunos pisos vendidos a consumidores finales en el complejo Oasis.

— Bien, te lo devolveré.

— Gracias, señor.

Abrí los sobres y miré dentro antes de levantar la cabeza para mirarla.

— ¿Quedan aún muchas unidades por vender?

— Seis, creo, pero lo comprobaré y te lo confirmaré.

— De acuerdo.

Asintió y salió de la habitación. Aunque su conducta era corriente, seria y centrada en los asuntos de la empresa, aquel día sonaba muy extraña, como si le estuvieran imponiendo algo.

Solía involucrarme con mujeres y fingir que no había pasado nada, pero era muy diferente.

Lo peor era que nunca había tenido una relación con Alecsandra.

Nunca había pensado en ella como mujer hasta ese momento, lo que hizo que todo me pareciera aún más extraño. Habíamos pasado juntos casi todos los días de los dos últimos años, hablando de trabajo, contratos y mano de obra. Teníamos una gran dinámica y era la secretaria que más tiempo llevaba conmigo, pero sólo era eso, una simple empleada. No como los arquitectos, los colaboradores de otros sectores y tantas otras personas con las que me había relacionado.

¿Habría tenido sexo con Alecsandra?

No era una pregunta para hacer en ese momento, pero daba vueltas y vueltas en mi cabeza casi sin fin.



ALECSANDRA

Capítulo catorce

Visité a mi ginecólogo dos veces más en las semanas siguientes. Me habían hecho pruebas para analizar la posibilidad de un cáncer, pero la respuesta seguía siendo la misma: embarazo.

Evité abordar el tema con Héctor y él tampoco hizo muchas preguntas, sólo me habló de la prueba de ADN, que yo había aceptado hacerme. Le dejé elegir la clínica, una recomendación de su hermano el médico, y ocuparse de los trámites. Me alegré de que estuviera dispuesto a pagar la prueba, ya que el seguro médico no la cubría.

Según el médico, la fecha de mi última regla ya servía como fecha probable de embarazo. Como las ecografías del primer trimestre sólo eran endovaginales, aún no me habían hecho ninguna, lo que hacía aún más extraño que estuviera embarazada y siguiera siendo virgen.

Nos fuimos juntos a la hora de comer y Héctor me llevó en su coche. Como yo era su secretaria y ya le había acompañado a muchas citas, a nadie le pareció extraño ni hizo preguntas.

— ¿Has comido algo? — me preguntó cuando salimos del coche.

Me limité a negar con la cabeza.

— Está pálida.

— Solo un poco tensa...

— Mi hermano me asegura que la prueba es muy sencilla, solo te sacan sangre a ti y a mí. Luego extraen la muestra de ADN del bebé y la comparan con la mía.

— Lo leí en Internet.

— ¿También dicen que es silencioso?

— He dicho que sí.

— Así que...

— Es una locura. — Dejo caer los hombros, soltando un fuerte suspiro.

— Si te parece una locura, imagínate yo.

— Así es. Bien, entremos. — Me hizo un gesto para que le siguiera y caminamos hasta la entrada de la clínica.

Héctor se acercó al mostrador e informó a la recepcionista de que estábamos allí para una

prueba de ADN fetal. Rellenamos unos papeles y esperamos en unas sillas de la recepción hasta que nos indicaron dónde nos tomarían las muestras. Él entró en una sala y yo en la otra. Imaginé que se trataba de un procedimiento de laboratorio para evitar el riesgo de contaminación.

Cuando volvimos a vernos, yo estaba apretando el adhesivo que habían puesto sobre el agujero y él bebía un vaso de agua.

— ¿Se ha acabado? — me aventuré a preguntar.

— Ahora esperamos el resultado.

— DE ACUERDO.

— ¿Tienes hambre?

— Un poco.

— Así que busquemos algún sitio para comer cerca de aquí.

Asentí y volvimos a su coche.



HECTOR

Capítulo quince

Yo no era de las personas que son ansiosas, pero los días que siguieron a la recogida del material para la prueba de ADN acabaron poniendo a prueba mi paciencia y mi angustia.

Comprobaba varias veces al día la bandeja de entrada de mi correo electrónico personal para ver si había llegado el resultado. Me pedían quince días, pero decían que podía ser antes y eso aumentaba mi ansiedad.

El correo electrónico tardó en llegar más o menos lo previsto. Acababa de terminar de leer unos informes cuando comprobé mi bandeja de entrada y vi el nombre de la clínica en la lista de remitentes.

Hice clic en el mensaje y bajé hasta un PDF que se adjuntaba al final, con una contraseña para abrirlo. En cuanto introduje los números de mi CPF, fui directamente al resultado.

— Positivo — mis labios se movieron. — ¡Joder!

Mi cabeza empezó a dar vueltas.

Me eché hacia atrás y me desplomé en el respaldo del sillón de cuero, intentando asimilar la información.

Hasta ese momento había estado intentando no comportarme como un completo idiota, necesitaba a Alecsandra a mi lado para que la constructora pudiera seguir funcionando, pero no tenía ni idea de que ese niño era realmente mío.

Estaba seguro de que el resultado sería negativo y que Alecsandra tendría que encontrar al padre del niño en otro lugar. Sin embargo, la imagen del monitor que tenía delante me dejó completamente sin aliento y sentí que el peso del mundo entero se me venía encima.

Era obvio que había pasado todo ese tiempo pensando en la posibilidad de ser padre, pero no lo había aceptado realmente porque me parecía completamente imposible. Dejar embarazada a mi secretaria sólo por correrme en su falda era el colmo de la mala suerte. Me sentía el tipo con menos suerte del universo.

Henrique se burlaría mucho de mí cuando se enterara del resultado. Sería una broma para el resto de mi vida. Pero eso no era lo que más me preocupaba.

Un hijo era una gran responsabilidad, una que no estaba buscando en ese momento. Pero

no era algo a lo que pudiera dar la espalda, ni podía fingir que no estaba sucediendo. Yo no lo había pedido y Alecsandra tampoco, pero tendríamos que encontrar la manera de que funcionara.

— ¡Oh, mierda! — Incliné la cabeza hacia delante y la dejé caer sobre mis palmas.

Estaba realmente jodido.



ALECSANDRA

Capítulo dieciséis

Estaba esperando los resultados de la prueba de ADN, pero dijeran lo que dijeran, ya no podía negar que estaba embarazada, porque había visto al bebé. El día anterior había ido a un laboratorio para hacerme una ecografía. Mi hijo, o hija, era aún muy pequeño y mirar por encima de mi vientre no era el mejor método, pero pude ver al bebé. Ya tenía cabeza, brazos y piernecitas. Medía unos siete centímetros, pero ya parecía completamente perfecto.

Era inevitable emocionarse, y salí de la clínica sintiéndome abrumada.

Aún tenía muchas dudas sobre cómo había nacido aquel niño, pero ya no podía negar su existencia ni el hecho de que iba a ser mamá.

— ¿Alecsandra?

Me sobresalté cuando Héctor abrió la puerta de su despacho y asomó la cabeza.

— ¿Va todo bien?

Lo único que podía hacer era decir que sí.

— ¿Puedes entrar un momento?

— Sí.

Me levanté de la silla y me dirigí al interior de la habitación, y Héctor cerró la puerta tras nosotros.

— He recibido los resultados del ADN.

— Eh… — fue el único sonido que escapó de mi boca mientras permanecía paralizada.

Héctor asintió.

— Bueno, parece que tenías razón. Yo soy el padre.

Permanecí en silencio. Aunque era la única posibilidad, me parecía una completa locura. Era mejor creer que alguien había entrado en mi habitación en mitad de la noche que aceptar el hecho de que me había quedado embarazada en un incidente tan ridículo.

— A partir de ahora tendré que tener mucho cuidado de dónde vengo. — Se rió, tratando de aligerar el ambiente, pero no funcionó.

— ¿Puedo sentarme? — Le indiqué la silla que había frente a su escritorio.

— ¡Claro que sí! — Héctor tiró de ella hacia mí.

Me senté en el mueble, en silencio, mirando a la nada, en estado de shock y con una mezcla de sensaciones que me mareaban. Por no hablar de las náuseas que habían empezado la semana pasada y seguían molestándome.

— Estás pálida.

— Pensé que la noticia la haría feliz.

— Todavía estoy en estado de shock, ya que el médico dijo que sólo podía tratarse de un embarazo.

— Bueno...— Héctor se aclaró la garganta y me pareció que intentaba encontrar las palabras adecuadas para decirlo, pero no le salían. — No es solo una sorpresa para ti.

— Lo sé... no debería haber entrado en tu despacho, lo siento.

— Es demasiado tarde para arrepentirse. ¿Necesitas algo, que te compre alguna medicina o que te pague una prueba?

Negué con la cabeza.

— ¿Necesita una licencia?

— Soy totalmente capaz de seguir trabajando.

— ¡Estupendo! No es que sólo esté pensando en tu productividad... — arrastró las palabras.

Intentaba ser amable ante una situación que nos había pillado a los dos por sorpresa.

— Yo... ¿Puedo ver la prueba?

— Sí. — Fue detrás del escritorio y giró el monitor hacia mí.

Además de la compatibilidad genética, vi otra información que no pude identificar inmediatamente, pero algo más me llamó la atención.

— Es un niño.

— ¿De verdad? — Héctor volvió el monitor hacia él, buscando esa información.

— Sí. Un feto XY.

— Ah, un niño. — Una sonrisa se formó en sus labios.

— Ayer me hicieron una ecografía.

— ¿Ah, sí? — Ensanchó sus ojos marrones.

Negué con la cabeza.

— ¿Por qué no me dijiste nada?

— No pensé que quisieras participar.

— Es mi hijo y quiero participar.

Su respuesta me desconcertó, pero me hizo sonreír.

Héctor podría haber reaccionado de diferentes maneras ante la situación, pero dado todo lo que había pasado, tenía que admitir que era la mejor posible. Parecía dispuesto a participar en la vida del niño, aunque no estuviera preparado para ello.

Sinceramente, ninguno de nosotros lo estaba.

— ¿Me permite? — Extendió la mano hacia mi estómago y se detuvo, esperando mi permiso para tocar.

Le miré fijamente durante largos segundos hasta que asentí.

Sus dedos se deslizaron por mi vientre y, aunque sabía que era por el bebé, me sentí bien. Hacía mucho tiempo que no recibía una caricia masculina así, si es que alguna vez la había recibido.

Mis ojos se detuvieron en su rostro y el aroma masculino se hizo un poco más fuerte a medida que nos acercábamos, en el momento en que observé más de cerca el bulto de sus músculos bajo la ropa de vestir. A diferencia de mí, Héctor estaba perfectamente en forma y su esbelto cuerpo no era lo único que me llamaba la atención. Su barba perfectamente alineada y sus ojos marrones eran perfectos.

Era fácil adivinar por qué todas las mujeres acababan acostándose con él.

Ese olor...

Ese cuerpo...

— Creo que será mejor que vuelva al trabajo. — Me levanté de la silla y él se alejó.

Escapé del despacho de mi jefe aún más torpemente de lo que había entrado.

Era difícil procesar todo lo que estaba ocurriendo.

No hablamos de los detalles ni de lo que íbamos a hacer a partir de ese momento, pero tuve que sentarme en la silla unos instantes y respirar hondo.

Era cerca de la hora de comer cuando vi a la arquitecta pelirroja caminar por el pasillo y pasar directamente por delante de mi mesa como si no tuviera que decirme nada.

— ¡Eh!— el grito de protesta salió tan rápido que no pude controlarlo.

— Tengo asuntos que tratar con Héctor. — Sonrió, pasándose la lengua por los labios rojos.

— No me dijo nada.

— Hec no tiene que contártelo todo, florecilla.

¿Hec?

¿Florcita?

¿Quién se cree esta mujer para hablar así?

— Que tengas un buen almuerzo. — Me saludó íntimamente y abrió la puerta del despacho de Héctor sin pedirme permiso.

No era la primera vez que ocurría algo así, pero me enfadó mucho más de lo normal. Quizá fuera porque íbamos a tener un hijo juntos, pero eso no cambiaba nada.

¡No tienes nada, Alecsandra!

No podía empezar a confundir las cosas o acabaría con el corazón roto.

No iba a ser fácil criar a un hijo que no había planeado, no necesitaba complicar más las cosas.



HECTOR

Capítulo diecisiete

Vanessa se levantó y se limpió la comisura de los labios con sus largas uñas negras.

Tras dejar embarazada accidentalmente a Alecsandra, quise asegurarme de que mi esperma acababa en el lugar correcto.

— ¿Lo hacemos justo después del trabajo?

— Hoy no puedo. — Me ajusté los calzoncillos y me subí la cremallera de los pantalones.

Su expresión cambió al instante. — ¿Tiene otros planes?—

— Sí.

— ¿Con otra mujer? — Hinchó el pecho, cruzando los brazos bajo los pechos, creando la ilusión de que eran aún más grandes.

— Sabes que lo nuestro es sólo sexo.

— No dije lo contrario. — Se encogió de hombros, tratando de esquivar.

— Será mejor que no confundas las cosas.

— Por supuesto, jefe. — Estaba pensando en hacerle mucho más que una mamada. — Se pasó la mano por el costado del cuerpo, alisándose insinuantemente la falda.

— No tengo prisa por ir a comer, ¿y tú?

La arquitecta sonrió, pero en cuanto caminé hacia ella, Alecsandra entró en la habitación.

— Hector, necesito que compruebes tu bandeja de entrada.

— Tiene que ser una broma. — Vanessa resopló.

— ¿Ahora? — Miré mi escritorio.

— El administrador dijo que era importante.

— ¿No puede esperar? — preguntó Vanessa.

Alecsandra negó con la cabeza.

— Seguiremos en otro momento—, le dije a la arquitecta.

— ¿Es grave? — Torció los labios.

Le dije que sí. En ese momento mi erección se había ido por el desagüe y aunque Alecsandra se fuera no iba a tener más sexo.

— Tú también debes de tener trabajo— murmuró Alecsandra a Vanessa, que apretó los

dientes y casi gruñó a mi secretaria.

— Hasta luego. — La pelirroja se pasó la mano por el pelo, acomodándoselo hacia atrás, y me hizo señas para que fuera.

En cuanto cruzó la puerta, volví a mi silla y abrí mi bandeja de entrada, buscando el asunto administrativo importante.

— No hay ningún nuevo e-mail, Alecsandra.

— ¿No? — Ella abrió los ojos, sorprendida.

Moví la cabeza negativamente.

— ¿Seguro?

— Sí, ya he revisado.

— ¿No cayó en la bandeja de spam?

— ¿Por qué un correo electrónico del administrador sería spam?

— No lo sé.

— Tampoco está en el spam. — Fruncí el ceño.

— Les llamaré para comprobar qué ha podido pasar.

— DE ACUERDO. Dile que lo arreglaré cuando vuelva de comer. — Abrí el cajón, saqué el móvil y la cartera y me levanté.

— DE ACUERDO.

Pasé junto a ella y Alecsandra se quedó en mi salón, saliendo justo detrás de mí.



ALECSANDRA

Capítulo dieciocho

Nunca le había mentido a mi jefe, y sentí pena cuando entró en el ascensor y desapareció de mi vista.

Admito que estaba celosa, no podía estarlo, no estaba bien, no había justificación, pero aun así estaba celosa.

Por suerte conseguí que el administrador le enviara un e-mail a Héctor, algo sobre un nuevo proyecto que estaba en desarrollo. Así no quedaría como una mentirosa, pero no debería volver a hacerlo.

Después del trabajo, volví a casa. Me dolía un poco la cabeza; por suerte, los pechos habían dejado de dolerme como locos, aunque ahora empezaban a picarme. Mi ginecólogo me dijo que era normal, porque las glándulas se estaban preparando para producir leche.

Aún tenía que contarle a mi padre lo del embarazo, pero ni siquiera sabía por dónde empezar. No se creería que mi jefe se había burlado de mí sin querer, por muy cierto que fuera. No podía dejar que montara un escándalo para que Héctor se casara conmigo. Eso no iba a pasar...

Suspiré al salir del baño, secándome el pelo castaño con una esponjosa toalla roja.

El hecho de que estuviera embarazada de Héctor no cambiaba nada, por mucho que él insinuara que se implicaría en la vida del niño.

Me senté en la cama con las piernas cruzadas y saqué el móvil para encontrar un mensaje de Gabriela.

Gabriela:

¡Hola! Has desaparecido.

Alecsandra:

Vaya, han pasado tantas cosas.

Gabriela:

¿Pero estás bien?

Alecsandra:

Creo que eso sería pasarse un poco.

Gabriela:

Vaya, ¿por qué?

Alecsandra:

Estoy embarazada de mi jefe.

Gabriela:

Yo no juzgo, lol.

Alecsandra:

Es mucho más complicado de lo que parece.

Nunca tuvimos sexo.

Gabriela:

¿Cómo va tu embarazo?

Alecsandra:

Dije que era complicado.

Gabriela:

¿Inseminación artificial? ¿Vas a ser madre de alquiler?

Alecsandra:

No...

Gabriela:

No lo entiendo.

Alecsandra:

Fue un accidente. Se corrió accidentalmente sobre mí mientras estaba recibiendo una mamada de otra persona.

Entré en la habitación, interrumpí el momento y el esperma acabó en mí.

Gabriela:

¿En serio? lol.

Alecsandra:

No te rías...

Gabriela:

Lo siento, pero no creo que pueda imaginar algo así ni siquiera en la escena de un libro. La vida real realmente supera la ficción.

Alecsandra:

Dímelo a mí.

Gabriela:

¿Y cómo vas a hacerlo?

Alecsandra:

Voy a tener el bebé, pero sigue siendo una relación extraña en general.

Gabriela:

Creo que puedo imaginarlo.

Alecsandra:

Aún no se lo he dicho a mi padre.

Gabriela:

¿Cuándo vas a hacerlo?

Alecsandra:

Todavía estoy tratando de encontrar las palabras adecuadas.

Gabriela:

Buena suerte.

Alecsandra:

Gracias.

Gabriela:

Vuelve al café cuando puedas, tengo algunos libros nuevos que recomendarte.

Alecsandra:

Esto me va a encantar.

Gabriela:

Hasta luego.

Oí que llamaban a la puerta antes de que entrara mi padre.

— ¿Querida?

— Hola. — Volví a dejar el móvil en la mesilla de noche.

— La cena está lista, he hecho caldo de judías.

— Qué delicia, papá, gracias.

— Ven pronto o se enfriará.

— Me voy.

Me sonrió antes de volver a cerrar la puerta. Aún tenía que contarle lo del embarazo, pero no sería ese día.



HECTOR

Capítulo diecinueve

Aquel día me fui directamente a mi piso, sin parar en ninguna discoteca ni dar rodeos para conocer a ninguna mujer. No precisamente porque estuviera satisfecho con la mamada de Vanessa antes de comer, sino porque sentía la cabeza demasiado llena.

Definitivamente no era una noche para divertirse.

Después de llegar a casa de la empresa, me di una larga ducha y luego pedí la cena a través de una aplicación de comida.

Me puse sólo unos pantalones y unos calzoncillos, luego me hundí en uno de los sillones del salón y encendí la televisión en algún canal de deportes.

Pensé en levantarme y tomar una cerveza, pero desistí. Quizá no era el mejor día para beber.

— Joder, ¡voy a ser padre! — Suelto un grito y mi voz llena la habitación.

Eso fue una locura.

Bien, necesitaba considerar los hechos. Desde que era adolescente, me había relacionado con muchas mujeres y había tenido relaciones sexuales con la mayoría de ellas. Por mucho cuidado que pusiera en utilizar preservativos, en algún momento podría haber fallado un preservativo o incluso alguna de mis parejas podría haberse olvidado de utilizar métodos anticonceptivos.

El embarazo era probable, podía soportar este bombazo, pero técnicamente habría tenido relaciones sexuales con la posible madre de mi hijo, lo que no era el caso de Alecsandra.

Mi secretaria era una fiel escudera y nunca imaginé que tendríamos hijos; por razones obvias, nunca nos involucraríamos, no hasta el punto de tener relaciones sexuales con ella.

Quizás sería mejor así...

Cuando esa frase cruzó mi mente, fue como si se encendiera una luz, casi como una idea. No tenía planes de casarme y tener una esposa como mi hermano. No era hombre de una sola mujer, pero eso no significaba que no quisiera tener un hijo.

No pensaba tener un hijo, pero ésta podía ser la solución perfecta, aunque no lo hubiera pensado antes. Alecsandra era una buena empleada y podría ser una excelente madre para el

niño.

Tendría un hijo y podría seguir con mi vida de soltero tal y como era sin tener a una mujer en medio de todo, que implicara sentimientos o apego.

El hecho de que nunca hubiera tenido sexo con ella lo hizo mucho más fácil en mi opinión.

Sonó el interfono y fui a buscar el paquete de risotto que había pedido.

Mientras me acomodaba en la mesa del comedor para comer, envié un mensaje de texto a mi hermano, que tardó en responder; probablemente estaba de guardia en el hospital.

Héctor:

Los resultados del ADN salieron hoy.

Henrique:

¿Y qué?

Héctor:

Es mío.

Henrique:

Eso sí que es un acierto. La potencia de tu esperma debe ser analizada por la ciencia.

Héctor:

Sin bromas.

Henrique:

Lo digo en serio. Si averiguas cómo ocurrió lo del bebé, querrán estudiarte.

Héctor:

Juro que si algún loco aparece en mi puerta, lo mataré.

Henrique:

Te prometo que no será por mi culpa.

Héctor:

Eso espero.

Henrique:

¿Y qué vas a hacer ahora?

Héctor:

Cuidar de ese niño.

Henrique:

¿Y su madre?

Héctor:

¿Y ella qué?

Henrique:

¿Te vas a casar?

Héctor:

¡Claro que no! ¿Por qué se te ha pasado eso por la cabeza?

Henrique:

Serían una familia.

Héctor:

No será el primer ni el último niño del mundo cuyos padres no sean pareja.

Henrique:

Eso es verdad.

Héctor:

Así que no vayas allí.

Henrique:

Sólo pensé que sería una oportunidad para que te calmes.

Héctor:

¿Quién lo dice, tú o mamá?

Henrique:

Lol, ella podría decir eso.

Héctor:

Ese es un problema para otro momento.

Henrique:

¿Cuándo vas a decírselo?

Héctor:

No lo sé.

Henrique:

Es mejor que se enteren por ti que por otra persona.

Héctor:

Lo sé, pero nadie lo sabe aún.

Henrique:

¿Y cómo vais a afrontarlo tú y ella?

Héctor:

Aún no hemos hablado de ello.

Henrique:

Buena suerte.

Héctor:

Gracias.

Henrique:

Tengo que ver a un paciente ahora, hablaré contigo más tarde.

Héctor:

De acuerdo.

En cuanto dejé de mandar mensajes a mi hermano, terminé de cenar y puse los cubiertos en el fregadero para que la limpiadora los lavara al día siguiente.



ALECSANDRA

Capítulo veinte

Me gustaba el café.

No era una adicta, pero bebía una o dos veces al día, pero aquella mañana, en cuanto salí de mi habitación y olí la bebida fresca que flotaba por el pasillo, corrí al baño. Apenas tuve tiempo de arrodillarme frente al retrete y abrir la tapa antes de estar vertiendo todo lo que quedaba de la cena.

Me levanté un poco mareada, tiré de la cadena y me lavé los dientes para quitarme el mal sabor de boca.

En cuanto llegué a la cocina, mi padre me recibió con una sonrisa y me acercó el misto junto con una taza de café.

— Hoy no quiero. — Empujé la bebida hacia atrás, sintiendo que el estómago se me revolvía de nuevo.

— ¿No? — Parecía sorprendido.

— Negué con la cabeza.

— ¿Te encuentras mal?

— Un poco.

— Tienes que ir al médico para ver qué es.

— Estaré bien, papá.

— Sólo te preocupas por el trabajo, pero ¿cómo vas a trabajar si no estás sana? Hay que tener cuidado con eso. Podrías pensar que no es nada y acabar descubriendo algo peor.

— Papá...

— Hablo en serio, Alecsandra.

— Sé lo que es, papá.

— ¿Lo sabes? — Me miró con los ojos muy abiertos.

¡Maldita sea!

Tragué saliva.

No quería que mi padre se enterara de mi embarazo, pero acabó escabulléndose.

— Entonces, ¿qué es?

— Mira, papá...

— ¿No crees que debería saber si mi hija tiene algún problema de salud?

— No tengo ningún problema de salud, papá.

— Quizá necesites ponerte a dieta o hacer más ejercicio. Seguro que has oído a los médicos...

— Estoy embarazada.

Cayó de espaldas y se recostó en su silla.

— ¿Embarazada?

Negué con la cabeza y me sentí aún más incómoda.

— ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿De quién?

— Es de mi jefe, pero...

— Siempre supe que ese tipo no valía nada, es un aprovechado. Eso explica por qué llegabas tarde a casa todos los días, tenías una aventura con él...

— ¡Papá! — interrumpí con un grito agudo.

— Ese tipo se estaba aprovechando de ti.

— No es nada de eso.

— ¿Así que estáis saliendo y no me lo has dicho?

— No...

— Ya ves, estaba jugando y acabó engañándote, hija. Estos hombres son así, cuanto más dinero tienen, más creen que pueden aprovecharse de las mujeres. Pero ya lo arreglaré, no va a jugar con mi niña.

— ¡Papá!

— Estoy tratando de protegerte, Alecsandra.

— Estás exagerando.

— No lo estoy.

— No fue culpa de Héctor, fue un accidente.

— ¡Ahora me vas a decir que el sexo es un accidente! — Torció los labios.

Mi padre resoplaba y yo sabía que este tema no iba a ser fácil, así que no tenía ni idea de cómo empezar.

— No estaba teniendo sexo, no conmigo...

— ¿Cómo?

— Fue extraño y un accidente, papá.

Por mucho que la situación me avergonzara, le conté la verdad. Cuando terminé, quedó claro por la expresión de mi padre que no se había creído ni una sola palabra de lo que parecía el mayor cuento de ficción de la historia.

— Te vas a casar, ¿verdad?

— No, papá...

— Pero te dejó embarazada.

— Fue un accidente.

— Debería haberlo pensado antes de embarazarte...

— Papá...

— Es que creo que las cosas hay que hacerlas bien, pobre niño... — Bajó la cabeza y me di cuenta de que le lloraban los ojos, de repente el tema ya no era mi bebé, sino lo que nos había hecho mi madre.

— Mi bebé no será abandonado, papá. Así que por favor, tranquilízate.

— Voy a ser abuelo, no lo puedo creer.

— Seguro que sí. — Sonreí ampliamente y me incliné sobre la mesa para acariciarle el hombro.

Nos quedamos mirándonos unos instantes hasta que me empujó el desayuno.

— Necesitas comer.

— Gracias, papá.

— ¿Y el café?

— Me pone enferma.

— ¿Quieres que te haga un zumo?

— No es necesario.

— Ahora tienes que comer por dos.

— Sabes que no es así, ¿verdad?

— Eso dicen.

— No puedes creer todo lo que dicen. — Le di un mordisco al misto.

No había sido fácil, pero al menos ahora mi padre sabía lo del embarazo y no tenía que mentirle. Ya tenía muchas otras cosas complicadas con las que lidiar.



HECTOR

Capítulo veintiuno

Aquella mañana salí del ascensor con la llave del coche en una mano y la otra en el bolsillo. No había dormido tan mal, pero seguía sin poder dejar de pensar en el hecho de que pronto tendría un hijo y en todas las responsabilidades que conlleva convertirse en padre.

Me detuve frente al escritorio de Alecsandra y ella levantó la cabeza para mirarme en cuanto sus ojos se posaron en mí.

— Héctor...

— Buenos días.

— Hola...

— ¿Algún problema esta mañana?

— No, pero tienes una reunión por videoconferencia con los proveedores de hormigón dentro de media hora.

— He dejado el enlace aparte.

— ¿Eso es todo?

— ¿Tienes una cita para comer hoy?

— ¿Algún compromiso?

— ¿Vas a comer con alguien?

— A veces me encuentro con algún empleado de la constructora en el restaurante al que voy, pero no es que haya llegado a un acuerdo con nadie.

— Entonces almorcemos juntos.

— ¿Juntos? — Ella abrió los ojos, sorprendida.

— Sí. Tenemos detalles sobre el bebé que discutir.

— Tenemos...

— Nos vamos a mediodía. — Entré en mi despacho sin esperar su respuesta.

Me acomodé en la silla y encendí el ordenador. Revisé mi bandeja de entrada y respondí a unos cuantos mensajes en los minutos que tenía antes de que empezara la reunión. Los proveedores habían anunciado una subida y yo quería reducirla todo lo posible. Si no lo conseguía, el impacto en los costes de construcción de mis proyectos sería demasiado grande y

tendríamos que rehacer varios cálculos.

No fue fácil, cada uno intentaba defender los intereses de su empresa y buscar el mayor beneficio posible, pero al cabo de unas horas conseguimos llegar a un consenso, encontrando un término medio en el que ambos podíamos estar de acuerdo.

No era el mejor resultado, pero tendría que lidiar con ello.

En cuanto se desconectó la llamada, me quité los auriculares y solté un suspiro. Estaba agotado y ni siquiera había hecho ejercicio físico. Mi familia había construido esta empresa, pero quien pensara que mi trabajo era fácil estaba muy equivocado. Tenía que mantener todo en marcha y asegurarme de que las cuentas se mantuvieran en números negros sin retrasar los pagos a empleados y proveedores.

Abrí el cajón de mi escritorio y desbloqueé el móvil cuando vi que se acercaba el mediodía.

Había un mensaje de Vanessa. Aunque me parecía guapa y disfrutaba acostándome con ella, empezaba a tener la sensación de que esta mujer no reconocía los límites de nuestra relación.

Vanessa:
¿Puedo subir a tu despacho?

Héctor:
Tengo una cita para comer.

Vanessa:
¿Y qué?

Héctor:
No sé si estaré disponible.

Vanessa:
Le garantizo que no se arrepentirá.

Héctor:
Sé de lo que eres capaz.

Vanessa:
Así que no lo olvides.

Héctor:

Buen almuerzo.

Dejé de mandarle mensajes, cogí mi cartera y me levanté. Abrí la puerta y encontré a Alecsandra escribiendo un correo electrónico.

— ¿Lista? — le pregunté mientras me detenía a su lado.

Dio un respingo asustada y se llevó la mano al pecho.

— Sí... sí...— Respiró hondo antes de continuar. — Hemos recibido un correo electrónico de los proveedores con los que te reuniste y tengo que reenviarlo a finanzas, pero no tardaré ni un minuto.

— DE ACUERDO.

Seguí de pie junto a su escritorio y acabé apoyándome en la parte superior.

— ¿Te gusta la carne?

— Sí, ¿por qué?

— Pensé que podríamos ir a un asador.

— DE ACUERDO.

Se levantó, apagó el monitor del ordenador y cogió el pequeño bolso negro que estaba en la esquina del escritorio.

— ¿Preparada?

Asintió con la cabeza.

Le hice una señal y pulsé el botón del ascensor, esperando a que nos llevara al garaje.

Aunque no era la primera vez que salía a comer con Alecsandra, ahora la sensación era distinta, porque el tema sería personal y no profesional. Tendríamos un hijo juntos y tendríamos que negociar para decidir cómo funcionaría.



ALECSANDRA

Capítulo veintidós

Fuimos en el coche de Héctor a un asador situado a unos diez minutos del edificio donde estaba la oficina de la constructora.

Estaba tensa y, por mucho que intentaba luchar contra esa sensación, no podía evitarlo. Me sudaban las manos y las sentía más resbaladizas que nunca. Me froté una contra otra mientras miraba la alfombrilla de goma del suelo del coche.

— ¿Va todo bien? — preguntó Héctor.

— Sí. — Me giré hacia él y le dediqué una media sonrisa.

— Estupendo.

Aparcó el coche en la puerta y un aparcacoches vino a coger la llave, entregándole un papel que supuse que era del aparcamiento.

Salí por la otra puerta y caminamos juntos hasta la entrada del establecimiento. A diferencia del olor del café, el de la carne roja me alegraba el estómago. No era vegetariana ni nada por el estilo, pero prefería el pollo o el pescado si podía elegir, pero estos días sólo podía pensar en filetes. El médico me había dicho que la carne roja era la principal fuente de hierro, algo que necesitaba complementar con el embarazo.

Una mujer nos dirigió a una mesa para dos y Héctor se sentó frente a mí, acomodándose la silla.

— Me gusta este sitio—, dijo, mirando a su alrededor y llamando mi atención sobre el ambiente rústico, con lámparas de araña de hierro y columnas de madera de color rojo oscuro, así como la mesa y las sillas donde estábamos sentados.

— Ya he concertado algunas citas para ti aquí.

— Sí.

Antes de que pudiéramos decir nada, se nos acercó un camarero con un enorme filete en un espetón; tenía un aspecto muy apetitoso, pero en cuanto cortó un trozo para Héctor, vi correr la sangre.

— ¿Acepta, señorita? — Se volvió hacia mí.

— ¿Se puede mejorar?

— Te lo arreglaré.

— Gracias.

— La carne demasiado hecha pierde su sabor. — Héctor hizo una mueca.

— No es porque no me guste, pero hay riesgo de contaminación para el bebé, así que es mejor no comerlo.

— No lo sabía. — Estaba completamente desconcertado. — Si me lo hubieras dicho, podría haber elegido otro sitio al que ir.

— No pasa nada. — Sonreí mientras me acomodaba un mechón de mi ondulado pelo castaño detrás de la oreja. — He estado durmiendo y soñando con carne roja.

Se rió.

— ¿Deseos de embarazo?

— Tal vez...— Me mordí el labio inferior, pensando. — Al menos aún no es raro.

— Por ahora.

— Bueno, no estarás por aquí al amanecer si me apetece comer hígado con tierra.

— Será mejor que me llames.

— ¿Por qué?

— No quiero que mi hijo nazca con aspecto de hígado.

— No creo que eso vaya a suceder realmente. — Le di las gracias al camarero con una sonrisa y un movimiento de cabeza mientras me ponía en el plato un trozo de picanha bien hecho.

— Mi madre me contó una vez la historia de un niño que nació con una mancha en forma de rábano.

— ¿Le creíste? — Alcé las cejas antes de cortar un trozo de carne y metérmelo en la boca.

— Es mi madre, ¿por qué no iba a creérmelo? — Torció los labios y solté una carcajada.

Normalmente Héctor y yo sólo hablábamos de trabajo, nunca habíamos tenido un momento tan relajado como aquel y acabé descubriendo que podía ser un hombre divertido.

— No todo lo que nos dicen nuestros padres es cierto. — Me encogí de hombros.

— Tiene razón. — Masticó otro trozo de carne antes de volver a hablar. — ¿Y qué le vamos a decir a este bebé?

— ¿Sobre qué?

— El accidente... La forma en que se hizo...

— Estoy segura de que no preguntará.

— ¿Por qué no?

— ¿Alguna vez te has preguntado por la noche que te hicieron tus padres? ¿Te los imaginaste teniendo sexo?

Héctor hizo una mueca, que fue respuesta más que suficiente.

— Así es...— Le di unos sorbos al zumo de naranja natural que me acababan de servir.

— Una cosa menos de la que preocuparse.

— Sí.

— ¿Puedo hacerle una pregunta?

— ¿Cuál? — Apreté los dientes, poniéndome tensa.

Si hubiera sido algo sencillo, no habría empezado así.

— Dijiste que eras virgen, ¿es verdad? ¿O lo dijiste por decir?

Mis mejillas empezaron a arder y estaba segura de que se habían ruborizado al instante. No era un hecho del que me avergonzara, pero había una inevitable sensación de desconcierto ante su pregunta.

Permanecí en silencio durante largos minutos.

— No tienes que contestar si no quieres. — Se encogió de hombros.

— Está bien. — Tomé un poco más del jugo. — Sí, así es.

— ¿Por qué? ¿Promesa? ¿Religión?

— ¿Qué le hace pensar en ello?

— Ya no eres un adolescente y normalmente es a esa edad cuando tenemos relaciones sexuales por primera vez. Eres la primera persona que veo pasar de los veinte años sin haberlo hecho.

— No hay una razón específica. Simplemente no ocurrió.

— Tienes que salir más. — Se rió.

— Tal vez. — Me encogí de hombros. — ¿Me estás animando a tener citas?

— Sí. No espero que seas una beata.

— Ah. — Deje escapar un sonido inconexo, absorbiendo su discurso.

Tal vez una parte de mí se imaginaba que quería saber si era virgen para asegurarse de que no me involucraría con nadie mientras esperaba ese bebé, pero en lugar de eso Héctor

simplemente se sorprendió.

— No somos pareja — esa frase extrañamente no hizo más que reforzar mi desconcierto.

— Por supuesto que no.

— No porque vayamos a tener un hijo vamos a dejar de vivir nuestra propia vida, ¿verdad?

— Sí... — acepté automáticamente.

— Ayer pensaba que era bueno estar contigo, así no tenemos que mezclar las cosas, sólo seremos socios en la crianza de este bebé. Como si fuera un negocio.

¿De verdad?

No dije nada, seguí sonriendo.

No mezcles las cosas.

Eso era bastante obvio, aunque me dejara una incómoda punzada en el pecho.

Héctor estaba dispuesto a criar a ese niño conmigo, como socios. ¿Qué otra cosa podía esperar?

¡No te mezcles, Alecsandra!

— Tráigale algo bien cocido, por favor— comentó Héctor al camarero. — Está embarazada y no puede comer carne cruda.

— ¡Felicidades! — sonrió el camarero.

— Gracias. — Héctor le devolvió la sonrisa y yo me quedé quieta, todavía absorbiéndolo todo.

Pronto el camarero me trajo varios cortes de carne bien hechos y pude elegir mientras me los comía con farofa y vinagreta.

— ¿Estas disfrutando de la barbacoa? — Héctor se inclinó para hablar conmigo.

— Todo esta delicioso.

— ¡Qué bien! — Su sonrisa se ensanchó de forma contagiosa.

Nunca me había dado cuenta, pero era aún más guapo cuando sonreía, como si su encanto fuera aún mayor. Durante el tiempo que pasamos juntos, siempre estábamos hablando de negocios, asuntos burocráticos u otros temas aún más tensos; Héctor no tenía mucho espacio para limitarse a sonreír.

Era la primera vez que estábamos relajados, pero en el fondo sabía que no duraría mucho.

Se aclaró la garganta y se acomodó en la silla antes de empezar a hablar.

— Es una situación de locos.

— Por el amor de Dios—, dije.

— No esperaba ser padre ahora. Nunca hice planes para ello ni nada parecido. Mi hermano siempre desempeñó mejor el papel de padre de familia.

— Tampoco estaba en mis planes.

— Me lo imagino. — Se rió y supuse que estaba pensando en el hecho de que yo era virgen, lo que me dejó un poco desconcertada. — Pero...

— Pero...— le insté a continuar.

— El ADN ha demostrado que es mío, así que quiero formar parte de él y ser su padre. He estado pensando en ello y creo que será más fácil así. Podemos cuidar de este niño juntos y no tengo que cambiar nada, porque nunca hemos estado involucrados.

— Sí, nunca... — decir eso me dejó un sabor amargo en la boca.

— Va a ser un acuerdo de colaboración, como una sociedad. Vamos a cuidar de nuestro hijo, pero no tenemos una relación personal que interfiera en eso. Solo nos centraremos en el niño. — Héctor me miró fijamente y tardé un rato en darme cuenta de que estaba esperando a que dijera algo.

— Sí, por supuesto.

— Eres mi socio en la empresa y ahora vas a estar con este bebé. — Me tendió la mano y me di cuenta de que estaba esperando a que se la estrechara.

Torpemente, extendí la mía como si estuviéramos haciendo un trato.

Después, me limité a escuchar, Héctor me habló de posibles colegios, guarderías y de la cantidad que me daría cada mes después de que naciera el niño. Incluso me ofreció un piso nuevo de entre los que había hecho la constructora, para que me mudara, pero yo quería quedarme, al menos de momento, con mi padre.

Fue una buena conversación, no podía quejarme. Podría haber sido un idiota que me hubiera dado la espalda y me hubiera dejado sola ante el incidente, pero en realidad estaba entusiasmado con el niño.

Seríamos socios en esto, como socios en un negocio.

Debería haberme emocionado, pero ¿por qué tenía un extraño sabor amargo en la boca?

¿Qué más querías?



HECTOR

Capítulo veintitrés

Después de comer con Alecsandra, volvimos a la empresa y nos centramos en los negocios durante el resto de la tarde. Habíamos hablado mucho, pero no habíamos hablado de qué o cómo le contaríamos al personal de la empresa lo del niño. Aún teníamos tiempo para decidirlo.

Pensarían que me había acostado con mi secretaria, pero sinceramente, eso no me preocupaba, ya que lo había hecho con varias empleadas de la constructora que probablemente estaban hablando entre ellas.

Estaba pensando en cómo sería decírselo a mis padres. Puede que se quedaran un poco confusos, pero luego aceptarían la idea con entusiasmo. Al menos eso esperaba.

Después del trabajo cogí mi coche y me dirigí a su casa. Aunque podía esperar un poco para hablarles del niño, sabía que se pondrían furiosos si se enteraban por otra persona.

Aún no había pensado exactamente cómo decirles y, por el camino, llegué a la conclusión de que era mejor decir la verdad, aunque fuera algo descabellado y muy poco probable.

Mis padres vivían en una mansión en un terreno de mil metros cuadrados alejado de la ciudad, en una carretera que llevaba a otro estado. Estaba a poco más de media hora de la empresa constructora. Después de jubilarse, mi padre quería un lugar tranquilo y espacioso. Soñaba con construir un campo de golf y una gran piscina, con la esperanza de que sus hijos, nueras y nietos se quedaran allí, pero Henrique y yo siempre estábamos demasiado ocupados.

Al menos mi madre tenía espacio para el invernadero con el que siempre había soñado, y eso la hacía feliz.

Aparqué el coche en la entrada, en un camino empedrado que discurría entre los jardines, y nada más al salir se abrió la puerta. Esperaba que fuera uno de ellos, pero vi a Antonio, un hombre de unos sesenta años que había sido el mayordomo de mis padres desde que yo era niño.

— Héctor. — Sonrió.

— Hola, Antonio. — Cerré de golpe la puerta del coche y me acerqué a él.

— Qué sorpresa verte aquí.

Era un hecho, ya que no solía visitar a mis padres entre semana.

— He venido a ver a los ancianos. — Hice una mueca y él se rió.

— Tu padre está leyendo en el balcón y tu madre se ha puesto a trabajar en las plantas en cuanto se ha puesto el sol. Les llamaré y pediré que les sirvan café.

— ¿Tienes esa galleta en forma de estrella?

— ¿La que amabas de niño?

Negué con la cabeza.

— Lo comprobaré en la cocina.

— Gracias.

Entramos en la casa y me quedé en el salón, acomodándome en uno de los sofás de cuero blanco mientras sacaba el móvil del bolsillo y consultaba mis mensajes hasta que aparecieron mis padres.

Todavía no había empezado a comprar nada, pero ya veía varios anuncios de productos relacionados con el bebé. Cochecitos, cunas, ropa... Acabé haciendo clic en uno de los anuncios y lo siguiente que supe fue que estaba navegando por una página web de bebés y metiendo impulsivamente algunos artículos en mi cochecito. Puede que en aquel momento no me planteara ser padre, pero estaba claro que la idea me entusiasmaba.

— ¡Hijo!

Levanté la cabeza del móvil al oír la voz de mi madre y la miré venir hacia mí. Me levanté cuando se acercó y le di un fuerte abrazo.

— Hola, mamá...

— ¡Qué agradable sorpresa! No sabía que ibas a venir.

— Pensé en pasarme para charlar.

— ¿Algo sobre la constructora? — Mi padre apareció justo detrás de ella.

— Siempre negocio—, tartamudeó mi madre.

— No lo es—, les interrumpí, sorprendiéndoles. — Esta vez no.

Abrió la boca, pero no pudo formular una frase inteligible.

Mi madre siempre tenía ese pensamiento, como si no hubiera otra razón para que los visitara, sobre todo entre semana, que la de recibir consejos de mi padre sobre la empresa constructora.

— ¿Por qué no te sientas? — Volví a mi asiento e indiqué el sillón y el otro sofá que había a mi lado.

Mi madre frunció el ceño, reforzando las líneas de expresión que tanto se había esforzado en borrar con bótox, pero aceptó mi sugerencia. Mi padre hizo lo mismo.

Ambos se inclinaron hacia mí, pero antes de que pudieran hablar, Antonio se acercó. Llevaba una bandeja con tres tazas de café y un plato con mis galletas favoritas de la infancia, horneadas y cubiertas de una deliciosa capa de leche en polvo.

— Gracias, Antonio.

— En absoluto.

— Hum... — suspiré, inclinándome para coger una galleta.

— ¿Has venido a echar de menos las galletas de Dolores? — preguntó mi padre.

— No, no lo hice. — Mastiqué dos y tomé un sorbo de café antes de devolver la taza al platillo que tenía delante. — He venido a hablar de otra cosa, pero no está relacionada con la constructora—. Lo dije para que mi madre no dijera que *había dicho...*

— ¿De qué se trataría? — Se acercó más, interesada.

Respiré hondo y busqué en mi cabeza las palabras adecuadas, pero no encontré la forma de suavizarlo.

— Bueno, voy a ser padre—, dije.

— ¿Papá? — Los ojos de mi madre se abrieron de par en par. — ¿Estabas saliendo con alguien y no nos lo habías dicho?

— No está saliendo con nadie, Marcia—, respondió mi padre por mí.

— Pero...

— Hoy en día, estos jóvenes tienen sexo primero y piensan en el compromiso después. — La mente de mi padre era mucho más moderna de lo que yo imaginaba, pero dudaba que se hubiera comprometido con todas las mujeres con las que tuvo relaciones sexuales antes de casarse.

— ¿Y la mamá es camarera en un club nocturno? — quería saber.

— Marcia.

— No. — Cogí otra galleta y me la metí en la boca. — Es mi secretaria.

— Claro que te acostaste con la secretaria. — Rodó los ojos desdeñosamente, como si fuera lo más obvio y tópico del mundo.

— Nunca tuve sexo con ella, mamá.

— ¿Cómo que no tuviste sexo con ella? Está embarazada, ¿no?

— Lo está.

— ¡Eh!

— Pero no fue como estás pensando.

— ¿Has decidido hacerte una inseminación artificial? — sugirió mi padre, pero en el fondo estaba bromeando.

— Fue un accidente.

— ¿Accidente? — Sólo los confundí más.

Negué con la cabeza.

— ¿Cómo que accidente, hijo mío? — Ella enarcó las cejas, tratando de procesar la información que no tenía ningún sentido.

En el fondo, les entendía, porque si yo estuviera en su lugar, tampoco entendería nada.

Respiré hondo, me incliné hacia delante y apoyé las manos en las rodillas antes de contarles lo sucedido.

Cuando terminé la historia, mi madre tenía cara de asombro y mi padre se retorcía en el sillón intentando no reírse. No pudo aguantarse tan bien, porque estaba rojo.

— ¿Es una broma, hijo? — Un rato después, mi madre se cruzó de brazos con expresión seria.

— En absoluto.

— Nadie se queda embarazada así.

— Pero sucedió.

— Tal vez esta mujer está embarazada de otro hombre y ha hecho una estafa en la que estás cayendo.

— Yo tampoco creía que fuera mío, mamá. Pero hicimos una prueba de ADN en una clínica que yo elegí. La prueba confirmó que el niño es mío.

— Qué mala suerte, ¿eh? — Mi padre ya no podía controlar la risa.

— Al principio pensaba que sí, pero ya me he hecho a la idea e incluso me entusiasma.

— ¿Emocionado?

— Sí. Alecsandra es una gran secretaria y puede ser una buena madre. Estoy seguro de que manejaremos la situación sin problemas.

— ¿Vas a casarte con ella?

La pregunta de mi madre me sobresaltó y me dejé caer contra el respaldo del sofá.

— Por supuesto que no.

— Pero vas a tener un hijo con ella.

— ¿Y qué, mamá?

— ¿Vas a abandonar al niño?

— No lo voy a hacer, pero todo esto del matrimonio está pasado de moda. Además, si antes ni nos liábamos, ahora no lo haremos.

— ¿Crees que funcionará? — Mi padre mostró su miedo.

— Estoy seguro de ello.

— Estupendo.

— Estoy impaciente por recoger a mi nieto. — Mi madre se dejó llevar después de absorber la historia irreflexiva.

— ¿Se ha enterado Henry? — Mi padre se inclinó para recoger su taza de café.

— Fue él quien me sugirió la prueba de ADN.

— Fue acertado hacer la prueba.

— Era la forma de estar seguros.

— ¿Cuándo debe nacer el bebé?

— En cinco meses.

— Así que esperemos.

— Sí.

Estuvimos un rato sentados en silencio hasta que volvió Antonio.

— ¿Te quedas a cenar, Héctor?

— Oh, sí, ¡lo hará! — decretó mi madre sin dejarme contestar.

— Supongo que sí. — Me reí.

— Les pediré que pongan otro plato en la mesa.

— Gracias.



ALECSANDRA

Capítulo veinticuatro

Después de cenar con mi padre, me instalé en mi habitación, con un jersey holgado, y cogí un libro que me había recomendado Gabriela. Con mi vida patas arriba, sufría una terrible resaca literaria y no podía concentrarme en nada. La historia parecía muy interesante, pero me perdía con mucha facilidad.

Saqué mi teléfono móvil y empecé a desplazarme por el feed de una red social, mirando fotos de gente feliz y emocionada. Tenía un perfil, pero normalmente me limitaba a mirar la vida de los demás. Me daba vergüenza y pensaba que era demasiado tímida para mostrarme, pero en el fondo también había un poco miedo.

Estaba bien con mi cuerpo, aunque los médicos no paraban de decirme que tenía que hacer más ejercicio y dieta.

Nunca había sido una mujer delgada, desde la escuela mi peso destacaba y, en aquella época, la gente que me rodeaba no hacía lo más mínimo por evitar la crueldad. Me comparaban con muchas cosas, lo que siempre me disgustaba.

Con el tiempo, acabé dejándolo pasar un poco, pero en el fondo seguía sintiéndome muy incómoda con los comentarios agresivos, lo que me hacía aún más retraída y tímida.

Al final di con el perfil de mi jefe. A diferencia del mío, había muchas fotos. De él en el coche, delante de casas, con y sin gafas de sol y, sobre todo, vídeos cortos en el gimnasio que resaltaban aún más sus músculos.

Me detuve en una foto de Héctor sin camiseta, con los abdominales sobresaliendo, sentado en el borde de una piscina que imaginé que era la casa de sus padres, ya que estaban en una mesa al fondo. El sol se reflejaba en su piel oscura y parecía más intenso cuando daba en sus dientes blancos y perfectamente alineados.

Era un hombre muy guapo y no necesitaba hacer ningún esfuerzo para tener éxito con las mujeres. ¿Quién no querría acostarse con él?

¡Alecsandra!

Estaba peleándome conmigo misma en mis pensamientos cuando mi dedo hizo clic accidentalmente en la foto y termine dándole *me gusta*.

— ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Maldita sea! — refunfuñé de inmediato, *desconectándome*.

Tenía la esperanza de que tuviera tantas notificaciones que no se diera cuenta de que lo había hecho.

— ¡Contrólate, Alecsandra! — dije en voz alta.

Llevaba dos años trabajando con Héctor y durante ese tiempo siempre había mantenido una relación muy profesional. No había razón para que eso cambiara. Íbamos a tener un hijo, vale, pero eso no cambiaba nada entre nosotros.

Si empezaba a mirarlo de otra manera, sería la única que acabaría terriblemente decepcionada. Héctor estaba siendo comprensivo, podíamos ser *socios* en la crianza de ese bebé. No había razón para que yo complicara la situación, porque sería la única que se quedaría con el corazón roto.

Todavía tenía el móvil en la mano cuando vibró con un mensaje de Gabriela.

Gabriela:

¿Has llegado a la parte en la que pulsa un botón y las paredes desaparecen?

Vaya, tenía mucho miedo de que se cayera de ese edificio, pero me alegro de que Mark'em esté cuidando de ella.

Alecsandra:

No voy a avanzar más en la historia, lo siento.

Gabriela:

¿No te gustan los romances con extraterrestres?

Ah, dale una oportunidad. Te encantará cuando llegues a la parte del tatuaje del palo.

Alecsandra:

No es eso. El libro es genial.

Gabriela:

Pero...

Alecsandra:

Mi vida está patas arriba.

Gabriela:

¿Pudiste contarle a tu padre lo del embarazo?

Alecsandra:

Sí, lo hice.

Gabriela:

¿Cómo ha ido?

Alecsandra:

Mejor de lo que imaginaba.

Le costó un poco entenderlo, pero acabó apoyándome.

Gabriela:

Es una gran noticia.

¿Y tú jefe?

Alecsandra:

Ése es el problema.

Gabriela:

El bastardo no quiere llevarse al niño, ¿sigue pensando que no es suyo?

Alecsandra:

No es nada de eso. Hicimos una prueba de ADN y hasta parece emocionado por ser padre.

Gabriela:

¿Cuál es el problema?

Alecsandra:

Yo soy el problema.

Gabriela:

No lo entiendo.

Alecsandra:

Le miro de una forma en la que no debería.

Gabriela:

Espera, ¿tienes su perfil?

Volví a la aplicación de la red social y copié el enlace a su perfil, enviándoselo a mi amiga.

Gabriela:

Es privado, no puedo verlo. Toma una huella.

Alecsandra:

De acuerdo.

Registré mi pantalla y le envié la imagen.

Gabriela:

Vaya pack de seis. Wow, lol.

¿Qué hay de malo en mirar?

Alecsandra:

Es mi jefe.

Gabriela:

Pero van a tener un bebé juntos.

Alecsandra:

Lo ve como un negocio, casi como dirigir una empresa.

Gabriela:

Y estás enamorada de él.

Alecsandra:

¡No estoy enamorada de él!

Gabriela:

El primer paso en los libros románticos es la negación.

Alecsandra:

La situación ya es demasiado complicada como para empezar a enamorarme de él.

Gabriela:

Puedes intentar cambiar eso.

Alecsandra:

Héctor siempre me vio como uno de los ingenieros o un obrero.

Gabriela:

¿No estás exagerando?

Alecsandra:

Claro que no.

No necesito complicarlo todo más.

Gabriela:

Entendido.

Alecsandra:

Sólo tengo que concentrarme.

Gabriela:

Si necesitas algo, dímelo.

Alecsandra:

Gracias, amiga. Diré lo mismo.

Gabriela:

Te echo de menos en Le Parole.

Alecsandra:

Iré en cuanto pueda.

Gabriela:

De acuerdo.

Dejé de enviarle mensajes y guardé el móvil. No tenía sentido acosar a Héctor, solo complicaría nuestra situación aún más de lo que ya estaba.

Seríamos padres del mismo bebé, nada más.

Sólo me vería así.



ALECSANDRA

Capítulo veinticinco

A medida que pasaban los días, convertidos en semanas, me iba haciendo a la idea de tener un hijo. Aparte de eso, mi vida continuó exactamente igual que antes. Iba a fiestas, discotecas y me acostaba con algunas empleadas.

Sinceramente, no había nada de lo que quejarse.

Ese día llegué con un poco de dolor de cabeza. Sí, me había pasado el domingo y tenía resaca. Pensé que ya se me habría pasado, pero tenía que trabajar, así que tuve que aguantarme.

Me recosté en la silla, me masajeé las sienes y cogí el teléfono de la mesa, marcando la extensión de mi secretaria. Alecsandra contestó enseguida.

— ¿Héctor?

— ¿Puedes hacerme un favor?

— Sí, señor.

— Necesito café, negro y muy fuerte. Preferiblemente sin azúcar.

— ¿Está pasando algo?

— Resaca. — Reí.

— ¿Necesita que anule sus citas por la mañana y reorganice su agenda?

— ¡No puede ser! Estaré como nuevo después del café. No puedo cancelar mis citas sólo porque anoche me pasé un poco con la diversión.

— Traeré el café.

— Gracias. — Colgué la llamada e incliné la cabeza hacia delante, masajeándome de nuevo las sienes.

Tardó un rato hasta que entró equilibrando una bandeja y se acercó a mi mesa, colocando la taza delante de mí.

— Es muy fuerte.

— ¡Perfecto!

Tomé un largo sorbo e hice una mueca ante el amargo líquido que corría por mi garganta.

Alecsandra se tapó la boca con la mano para ocultar la risa.

— Piensa en esta escena cuando estés a punto de atiborrarte—, le advertí.

— No me relleno la cara.

— Lo mejor para ti.

— Y ahora que estoy embarazada, no puedo beber nada.

— Ya está. — Volví a torcer los labios con un poco más de café.

— ¿Necesitas algo más?

— Todavía no.

Se dio la vuelta, pero antes de irse volví a llamarla por su nombre:

— ¿Alecsandra?

— ¿Sí? — Me miró de nuevo.

— ¿Cómo está el bebé?

Procesó la pregunta unos instantes antes de responderme.

— Bueno...

— ¿Y los exámenes?

— Necesito reducir algunas cosas, pero nada preocupante.

— Quiero que me lo hagas saber.

— Estoy bien. Siéntete mejor. — Señaló la taza.

— Gracias.

Se fue y volvió a dejarme solo.



ALECSANDRA

Capítulo veintiséis

No podía quejarme, Héctor estaba realmente interesado y preocupado por el embarazo, quizá mucho más que los hombres que se habían liado con otras mujeres y las habían dejado embarazadas por accidente.

Pero no podía evitar sentirme incómoda cada vez que aquella pelirroja entraba en su despacho y salía con una sonrisa del tamaño del universo.

Era virgen, pero no ingenua. Sabía que cada vez que entraba allí, estaban teniendo sexo. Por no hablar de las veces que oía los gemidos.

Se me revolvió el estómago al pensarlo: *Oh, Héctor, eso... Qué delicioso.*

No eran novios, sabía que no era la única mujer con la que estaba liado mi jefe, pero como Vanessa era a la que veía más a menudo, sin duda era de la que más celos sentía.

¿Celosa de qué?

¡Este tipo ni siquiera es tuyo!

Me sentía ridícula cuando me sorprendía pensando en ello, en realidad no había razón para torturarme con ello, pero no podía evitarlo.

— Buenas tardes, cariño. — Pasó junto a mí, alisándose el pelo y secándose la frente, que brillaba de sudor.

— Buenas tardes — mi tono no era tan amistoso ni simpático como el suyo, pero era lo mejor que podía manejar.

¡Galletas!

¡Alecsandra, contrólate!

Ella y Héctor eran solteros y podían pasárselo lo mejor posible. Aunque no me pareció muy profesional que ambos mantuvieran relaciones sexuales en la oficina, pero no repercutía en el trabajo ni en el rendimiento de ninguno de los dos así que no tuve nada de qué quejarme.

¡No es asunto tuyo!

Intenté concentrarme en mi trabajo el resto del día. No podía dejar que la vida personal de Héctor me afectara. No tenía sentido pensar en las mujeres que lo habían visto desnudo, porque yo sería la única que sufriría.

Era casi el final del día cuando salió de su despacho y se acercó a mi mesa.

— ¿Necesitas algo? — Me enderezaba las gafas y le miraba fijamente.

— Te acuerdas, ¿verdad?

— ¿Recordar qué? — Fruncí el ceño, tratando de pensar en ello.

— La fiesta de mañana por la noche.

— ¿La fiesta de lanzamiento del Condominio Olimpos?

— ¡Así es!

— ¿Crees que tengo que ir?

— ¿Por qué no iba a hacerlo? — Se cruzó de brazos, analizándome.

— Es un cóctel para inversores y empleados.

— Y tú eres un empleado.

— Pero no estaba directamente relacionado con este trabajo.

— Eres mi secretaria, Alecsandra. Estás conectada a todo.

— Por supuesto. — Esbocé una sonrisa amarilla.

Debería haberme alegrado de que exigiera mi presencia, pero me desanimé. No me gustaban este tipo de fiestas porque siempre me sentía fuera de lugar.

— No lo olvides.

— No hay problema. — Mantuve la mirada de desconcierto.

— ¡Buenas noches!—. Se despidió de mí con la mano y se fue sin decir nada más.

Sacudí la cabeza, apoyándola en la palma de la mano. No quería ir a la fiesta y definitivamente no sabía qué ponerme, pero por la forma en que mi jefe me había hablado, no parecía muy dispuesto a aceptar una respuesta negativa.



ALECSANDRA

Capítulo veintisiete

Me costaba encontrar un vestido que no me hiciera parecer torpe y me hiciera parecer aún más gorda; además, ya me había crecido la barriga, lo que hacía aún más difícil encontrar algo que me quedara bien. Pronto tendría que comprarme ropa nueva para ir a trabajar, porque la mayoría de las faldas ya no me cerraban la cintura.

Tuve que buscar en Internet consejos sobre ropa premamá *de tallas grandes*. Encontré algunos consejos que me ayudaron a realzar mi cuerpo y a mejorar un poco mi autoestima.

Me pinté un poco los labios de rojo para resaltarlos. Me arrepentí enseguida, pensando que era demasiado, pero antes de que pudiera quitármelo, mi padre se detuvo en la puerta del baño y se me quedó mirando.

— Te ves preciosa.

— Gracias. — Me acomodé un mechón de pelo detrás de la oreja.

— ¿Sales con amigos?

¿Amigos? Me sorprendió su pregunta, mi padre sabía muy bien que yo no era de los que coleccionan amigos.

— Voy a una fiesta de empresa.

— Hmm, interesante.

— Es un desarrollo que ya ha finalizado.

— Espero que te diviertas.

— Es una fiesta de trabajo, papá.

— Eso no significa que no puedas divertirte.

— Tienes razón. — Salí del baño y le besé en la mejilla.

— Lo sé, no voy a esperarte despierto.

— ¡Papá!

— Tienes que disfrutar un poco de la vida, hija.

— No significa llegar a casa en mitad de la noche.

— Ah, cuando yo tenía tu edad...

— Eran otros tiempos.

— Las cosas no cambian como crees.

— ¿Podría ser?

— Ya verás cuando tengas mi edad.

— Ok, nos vemos mañana. Hasta mañana. — Le saludé con la mano antes de ir al garaje a por mi coche.

Había visitado la urbanización dos veces, pero no la había visto terminada. En cuanto me acerqué a las torres, me parecieron aún más majestuosas que en la maqueta de la sala de proyectos. Era, en efecto, el complejo de lujo ultramoderno que los ingenieros habían prometido al presentar el proyecto.

Se invirtieron casi treinta millones de reales para poner a punto toda la estructura, pero teníamos previsto obtener un beneficio del ciento diez por ciento una vez vendidas todas las unidades.

Había un portero en el camino, que me autorizó a pasar y me indicó el garaje después de dar mi nombre.

El aparcamiento estaba en la planta baja y tenía una distribución muy similar a la de los centros comerciales, con plazas delimitadas cubiertas por una estructura de hormigón. Había cinco plazas por piso, que contaba con cuatro dormitorios y varias zonas de estar.

Me reuní con dos ingenieros y Vanessa, que también estaban aparcando, y subimos juntos al salón de baile. Después de los saludos, nadie más dijo nada. Intenté no mirar, intenté...

— ¿Te has perdido algo, cariño?

— No. — Aparté la mirada, completamente fuera de lugar.

Afortunadamente, pronto llegamos al salón de baile, donde había al menos un centenar de personas sirviéndose del hermoso bufé y tomando bebidas de las bandejas de los camareros.

Llevaba la bolsa pegada al cuerpo, dejando que mis ojos recorrieran el lugar en busca de mi jefe. Reconocí varias caras y muchas de ellas me saludaron, hasta que vi a Héctor con unos inversores. Todos tenían vasos en las manos, que supuse que eran de whisky. Hablaban en voz alta y se reían hasta el punto de hacerme imaginar que el tema era interesante.

— Hola, Alecsandra. — Uno de los ingenieros pasó junto a mí y me saludó con una sonrisa.

— ¡Eh!

— ¡Alê! — Héctor se volvió hacia mí y me saludó.

Lo tomé como una invitación y me acerqué a él.

— Esta es mi secretaria— me presentó a los hombres.

— Mucho gusto. — Asentí con la cabeza.

— La recuerdo de una de las reuniones—, dijo uno de ellos.

— Así es—, coincidió otro.

Estuvieron discutiendo los detalles de la inversión y la rentabilidad esperada, ya que la mitad de las unidades se habían vendido cuando la propiedad aún estaba en proyecto.

— ¿Cuándo empezaremos la próxima? — preguntó uno de los inversores.

— Estoy prospectando algunos terrenos y haciendo ofertas, así que en cuanto tenga una mejor posición al respecto, se lo haré saber.

— Esperaremos.

En general, las conversaciones en las que participé giraban en torno a las inversiones, las nuevas propiedades y las perspectivas del mercado en el sector. Entre whisky, champán y otras bebidas, Héctor se había pasado un poco, pero como todavía no estaba cometiendo ninguna metedura de pata, no hice ningún comentario. Además, él era el jefe y yo su secretaria, así que no tenía derecho a meterme en su vida.

La fiesta continuó y pronto la gente se marchó.

El ambiente no tardó en calmarse.

— Me voy—, le dije.

— ¿Pero ya?

— Son las dos de la mañana.

— Es sábado. ¿Tienes una cita más tarde?

— La verdad es que no.

— Pues quédate.

— Creo que tú también deberías irte. Has bebido demasiado.

— Estaba pensando en algo y quería hablar contigo.

— ¿Sobre qué?

Miró a un lado y a otro, fijándose en si alguien nos prestaba atención, y se inclinó para susurrarme al oído.

— Se trata de nuestro bebé.

— ¿Qué sería?

— ¿Has visitado por casualidad la decoración?

— ¿Qué? —, levanté las cejas, aún más confusa.

— El piso decorado.

— No lo creo, pero ¿qué tiene que ver eso con el bebé?

— ¿Podemos ir allí?

— Héctor, será mejor que nos vayamos a casa. Mañana te levantarás con un terrible dolor de cabeza. Espero que hayas venido en app, porque no estás en condiciones de conducir así.

— ¡Vamos a la decoración, Alê!

Era difícil resistirse a la invitación cuando me llamaba por mi apodo, pero seguía pensando que no era una buena idea.

— Héctor...

— Allá vamos.

Dejó el vaso al lado de una mesa y lo siguiente que supe fue que me arrastraba hasta el ascensor, y que iba a la planta donde estaba el piso decorado. En urbanizaciones como aquella, decorar uno de los pisos era una gran estrategia para atraer compradores.

Salimos del ascensor y Héctor tardó un rato en encontrar la llave hasta que por fin abrió la puerta. En cuanto encendió la luz, vi el precioso salón. El piso parecía salido de una revista. Estaba diseñado para impresionar, lo sabía, pero aun así me quedé completamente deslumbrada.

— El diseñador de interiores hizo un buen trabajo.

— Absolutamente.

Cerró la puerta y se volvió hacia mí.

— ¿De qué querías hablar? — Me arriesgué con esa pregunta.

— Estaba pensando en el hecho de que todavía eres virgen.

— ¿Y qué hay de eso? — Tragué saliva, incómoda con el tema.

— Va a ser un poco incómodo perder esa virginidad cuando nazca nuestro hijo. Quiero decir, teóricamente no es natural.

— Bueno, no lo había pensado.

— ¿Preferirías una cesárea?

— Todo dependerá del estado del bebé.

— Me pregunto para resolverlo por ti. — Hinchó el pecho con aire confiado.

— ¿Resolverlo?

— Por favor, toma tu virginidad antes de que nazca el bebé.

Estaba segura de que Héctor estaba muy borracho cuando dijo aquella frase, pero me fue completamente imposible evitar que me ardieran las mejillas.

No esperaba exactamente un favor, aunque llevaba semanas babeando por él.

— ¡Por favor!

— Nunca antes le había quitado la virginidad a alguien, pero puedo hacerlo bien. — Dio unos pasos hacia delante, deteniéndose junto al sofá, y se quitó la chaqueta, abriéndose después los botones de la camisa.

La escena me hipnotizó por completo y tuve que hacer un esfuerzo extra para no perder el control.

— Mira, Héctor...

— Vamos a... — Se inclinó hacia delante y se dejó caer en el sofá.

— ¿Héctor? — Me acerqué. — ¡Héctor!

Me eché a reír cuando le oí empezar a roncar. Estaba tan borracho que, aunque yo hubiera estado tan loca como para aceptar una proposición así, no habríamos hecho nada.



HECTOR

Capítulo veintiocho

Me dolía todo el cuerpo, como si me hubiera pasado por encima un camión de hormigón. Un costado me colgaba y tenía la cara hundida en la mullida tapicería.

Apoyé ambas manos en la superficie y me impulsé hacia atrás, intentando levantarme. Estaba completamente dolorido, tanto que los gruñidos eran inevitables.

— ¡Maldita sea! — Me apreté las sienes con ambas manos, intentando combatir el terrible dolor de cabeza.

Tal vez, sólo tal vez, sería mejor dejar de beber.

— ¡Buenos días!

Me di la vuelta y vi a Alecsandra levantándose de un sillón. Tampoco parecía haber pasado una gran noche, pero tenía mucho mejor aspecto que yo.

Miré hacia abajo y vi mi camisa abierta, lo que me confundió aún más. Todavía estaba poniendo en orden mis pensamientos. Todo lo que tenía eran flashes de la fiesta de la noche anterior.

— ¿Dónde estamos? — Me froté los ojos, que aún estaban borrosos.

— En el piso decorado.

— ¿Qué ha pasado?

— Bueno, has dormido. — Se tapó la boca con la mano para disimular una carcajada. — Te desmayaste en el sofá.

— ¿Y te quedaste aquí toda la noche? — No pude contener mi asombro.

— Pensé que podrías estar enfermo...

— Gracias. — Esbocé una sonrisa amarilla.

— En absoluto. — Contestó ella, también torpemente. — Ahora me voy. — Se dio la vuelta y recogió el pequeño bolso que colgaba de la silla. — Mi padre debe de estar preocupado por mí, sólo le dije que no volvería a casa, pero no le expliqué nada.

Se levantó del sillón y se puso delante de mí, dirigiéndose a la puerta, pero antes de que pudiera, la agarré de la muñeca.

— ¡Eh, espera!

— ¿Por qué? Creo que ya estás listo para irte a casa.

— Déjame al menos pagar el café.

— No tomo café porque estoy embarazada.

— Un zumo, entonces.

Me miró fijamente durante unos instantes y consideró mi oferta. Sabía que Alecsandra había pasado una noche en vela en aquel sillón observándome y yo solo quería corresponderle de alguna manera.

— Quiero irme a casa.

— No tardaremos.

— De acuerdo. — Asintió.

— Dame un momento para echarme agua en la cara.

— ¡Muy bien!

Me levanté y cogí mi chaqueta, que estaba cayendo al suelo, junto con mi corbata.

Me dirigí al cuarto de baño del piso y abrí la caja registradora. Afortunadamente, no sólo era bonito, sino también funcional. Me lavé la cara en el lavabo y contemplé mi imagen mientras las gotas de agua corrían por mi rostro.

Ciertamente he estado en mejores estados que ese. Había preparado una peligrosa mezcla de champán, whisky y otras bebidas, que acabó funcionando como un potente tranquilizante.

Poco a poco mi mente se fue aclarando, las imágenes de la noche anterior volvieron lentamente, y pude recordar el momento en que Alecsandra y yo acabamos en aquella habitación decorada.

Cuando salí del baño, estaba exactamente donde la había dejado, mirando a un lado y a otro hasta que sus ojos se clavaron en mí.

— ¿Vamos?

Asintió con la cabeza.

— Quizá necesite beber menos— comenté torpemente mientras caminábamos hacia el ascensor, cuando me incliné para pulsar el botón, llamándole.

— Por supuesto. — Soltó una risita.

— Pido disculpas por lo de ayer.

— No pasa nada, se acabó. — Se encogió de hombros.

— No quería que desperdiciaras tu noche de viernes viendo a un borracho.

— Huesos del oficio.

— No te pagan por eso.

— Sí, definitivamente no. — Torció los labios. — Ni siquiera eres del tipo molesto que hace chistes malos.

— ¿Seguro?

Asintió con la cabeza.

Cuando llegamos al garaje, se apartó de mí y se dirigió a su propio coche. Pensé que iba a aceptar que la llevara, pero entonces me di cuenta de que sería mejor que se fuera sola para que no tuviéramos que volver a por él más tarde.

Me adelanté y ella me siguió. Sabía de una buena cafetería no muy lejos de allí que servía un desayuno que podría gustarle, con varias opciones. Aparqué delante de la tienda y ella me siguió.

Salimos del coche y nos miramos fijamente durante una fracción de segundo.

No solía fijarme en Alecsandra. No como lo hacía con otras mujeres, pero lo hice en ese momento, al darme cuenta de lo redondo y delicado que era su rostro. Sus ojos marrones tenían una mirada curiosa y su pelo, del mismo color, brillaba como si estuviera mojado.

— ¿Es aquí? — preguntó, sacándome de mi breve trance.

— Sí. — Le hice un gesto para que fuera delante. — ¿Has estado antes en esta pastelería?

— No. Solía ir a una que también era librería, pero después del lío con el embarazo, nunca volví.

— No tienes por qué dejar de hacer las cosas que te gustan porque estés embarazada.

— Lo sé, es complicado.

— Dímelo a mí. — Dejé escapar un fuerte suspiro mientras abría la pesada puerta de cristal y la dejaba entrar antes de volver.

Se nos acercó un camarero.

— ¿Mesa para dos?

— Así es.

— Síganme, por favor.

Nos llevó a un rincón donde había un árbol plantado en una gran maceta. Estaba decorado con luces, lo que hacía que el ambiente fuera aún más encantador. Las mesas eran de madera oscura y sobre ellas había arreglos de orquídeas brillantes, de varios colores, pero sobre

todo blancas.

— Qué lugar tan hermoso. — Miró a su alrededor asombrada.

— Pensé que te gustaría. Solía venir aquí con mi madre, pero ha pasado mucho tiempo desde la última vez.

— ¿Ha dejado de gustarle el café?

— La verdad es que no. — Risas. — Es demasiado perezosa para salir de casa e ir a otro sitio.

— Entiendo.

— Debe ser la edad.

— Mi padre también prefiere pasarse el día leyendo el periódico o viendo la televisión.

— Ni siquiera sé la última vez que hice eso. — Me reí.

— Capto uno o dos fragmentos, pero tampoco me siento a verlo.

Un camarero se nos acercó, carraspeando para llamar nuestra atención.

— ¿Está listo para hacer sus pedidos?

Estábamos distraídos con la conversación y ni siquiera abrimos el menú.

— Quiero un café fuerte, negro y sin azúcar.

Ese solía ser el mejor remedio para curarme la resaca. A pesar del terrible sabor, los efectos del alcohol desaparecían rápidamente.

— ¿Algo más?

— Un croissant relleno.

— ¿Jamón y queso, o sólo queso?

— Sólo queso.

— ¿Y tú? — Miré fijamente a Alecsandra.

— También podría ser un croissant y un zumo de frutos rojos, ¿tienes?

— Sí, la tenemos. ¿Algo más?

Ambos negamos con la cabeza, y el hombre se alejó para tomar nuestros pedidos.

Me quedé mirándola unos instantes más y Alecsandra no se atrevió a decir nada.

— Sobre lo que pasó ayer... — empecé, pero ella me interrumpió.

— ¡Relájate! — Intentó darme una sonrisa relajada. — Sé que estabas borracho y fuera de tus cabales. Ya ha pasado todo.

— Estaba borracho, sí —asentí—, pero no fuera de mí, recuerdo bien lo que te dije antes

de desmayarme en aquel sofá.

— ¿Te acuerdas? — Ella apartó la mirada y sus mejillas se pusieron muy rojas.

Tal vez no fuera el momento ni el lugar adecuados para abordar el tema, pero ya que lo había empezado, iba a terminarlo.

— Sí.

— Es... yo... —, empezó a tartamudear.

— No quería ser invasivo ni anular tus decisiones, pero pensé que podría ser mejor. Podría hacer que el parto normal fuera menos doloroso.

— Ha sido la proposición más despistada que he recibido nunca—, dijo de un modo espontáneo que me hizo estallar en carcajadas.

— Tienes razón, lo siento — repliqué, dándome cuenta de lo estúpido que había sido por mi parte.

Pensé que el hecho de no haber tenido sexo con ella era un factor crucial para facilitar las cosas, pero pensar que podría ser agradable hacerlo sólo para quitarle la virginidad era completamente inconcebible.

El tema se calmó unos instantes mientras nos tomaban el pedido. Cogí la taza de café y bebí unos sorbos, haciendo una mueca que provocó la risa de Alecsandra.

Ella seguía incómoda y miraba por encima de mi hombro al árbol que había detrás de mí en lugar de mirarme directamente a los ojos. Estaba claro que se trataba de una situación incómoda, pero no sabía cómo resolverla.

Me comí un trozo de cruasán y ella hizo lo mismo. En aquel ambiente, los minutos se convertían en horas.

— ¿De verdad harías eso? — rompió el silencio de una forma que me pilló desprevenido y me hizo fruncir el ceño.

— Eso es...

— Acuéstate conmigo— se inclinó hacia mí y susurró para que nadie más lo oyera, como si estuviera avergonzada.

— Bueno... — dudé y me quedé desconcertado. — Si te gusta.

— ¿Como un favor?

— Por supuesto.

Vale... La situación sonaba más extraña de lo que había imaginado cuando estaba bajo los

fuertes efectos de la bebida, pero ya había hecho la oferta y parecía demasiado tarde para dar marcha atrás.

— Sólo pensé que no querías.

— Bueno, podría ser mejor...

— Depende de ti.

— Sí. — Se bebió el resto de su zumo como excusa para permanecer en silencio.

No me atreví a decir ni una palabra más y ella tampoco.

— Creo que será mejor que me vaya. — Se levantó después de terminar su comida.

Pensé en ofrecerle un aventón, pero antes de que pudiera soltar la frase recordé que ella conducía.

— Nos vemos el lunes.

— Hasta entonces. — Me saludó y salió del café sin esperarme.

Pedí otro cruasán y me lo comí solo antes de pagar la cuenta e irme.



ALECSANDRA

Capítulo veintinueve

Conduje hasta casa con aquella absurda propuesta resonando en mi mente. Me parecía lo más absurdo del mundo perder la virginidad con Héctor solo para que no me pasara durante el parto.

Pero había una verdad que me costaba admitir. Quería acostarme con él. Siempre veía a mi jefe con todas las mujeres, teniendo sexo con ellas en lugares apropiados; y otros no tanto, como su sala de estar.

Parecía estar interesado en todas las mujeres menos en mí. Esto, hasta cierto punto, me molestó y me dolió.

Todas menos yo...

Parecía una oportunidad para cambiar la situación y entrar en la lista de logros de mi jefe.

¡Alecsandra! ¡¿No te das cuenta de lo ridículo que es esto?! Luché conmigo misma en mis pensamientos.

No iba a aprovechar esa oportunidad para acostarme con Héctor sólo porque quería experimentar lo que todas las mujeres del universo parecían haber probado ya.

Ese six pack... Esa piel...

¡Alecsandra!

¿Y si fuera sólo una vez? Yo ya estaba embarazada y el niño era suyo, aunque fuera accidentalmente. El sexo sólo haría las cosas más justas y plausibles.

Bajé del coche en el garaje y subí al piso donde vivía con mi padre. Caminaba, pero mi mente aún parecía lejana, divagando sobre aquella loca y al mismo tiempo tentadora posibilidad.

Abrí la puerta del salón y encontré a mi padre sentado viendo un programa del sábado por la mañana.

— ¡Hola, niña!

— ¡Eh! —, sonreí.

— Parece que has tenido una de esas noches. Oh, cuando tenía tu edad...

— No fue tan increíble como crees, papá.

— No has estado trabajando, ¿verdad? — Torció los labios.

— Más o menos...

No sabía cómo responder a la pregunta de mi padre, simplemente no quería decirle que me había pasado la noche vigilando a mi jefe borracho por miedo a que de alguna manera cayera enfermo y necesitara ayuda.

— Espero que estés cobrando todas tus horas extras.

— No lo dejaré pasar.

— Eso es muy bueno.

— Necesito una ducha. — Pasé junto a él y fui a mi habitación, cogí ropa limpia y entré en el baño.

La idea de acostarse con Héctor seguía siendo ridícula, pero tentadora al mismo tiempo.

Salí del baño y volví al dormitorio.

— ¿Quieres que te prepare el desayuno? — gritó mi padre desde el salón.

— No hace falta, ya he comido.

— No puedes estar sin comer, niña. Especialmente ahora que estás embarazada.

— He comido mucho, papá.

— Bien... ¿Y qué vamos a comer?

— ¿Quieres algo en concreto? — pregunté, avanzando por el pasillo y deteniéndome en el extremo opuesto, donde podía verle en el salón.

— No se me ocurrió nada.

— ¿Tienes carne en el congelador?

— Algunos filetes.

— Me parece bien.

— Lo sacaré a descongelar, ¿lo prepararás después?

— Sí.

— ¡Genial!

Cuando decidimos lo de la comida, volví al dormitorio y me tumbé en la cama. Estaba somnolienta y me dolía un poco la espalda de dormir en aquel sillón, por muy cómodo que pareciera. Podría haberme ido a la cama y quedarme allí hasta el día siguiente, o mejor aún, simplemente irme y dejar a Héctor allí. Sin embargo, me preocupaba mucho lo que pudiera pasarle. La única razón por la que no llamé a los servicios de emergencia fue porque parecía respirar bien y no quería parecer una loca o una desesperada dándole demasiada importancia.

Cogí mi Kindle y me acomodé en la cama. Iba a retomar la lectura, o a intentarlo, porque mi mente seguía lejos y me costaba bastante concentrarme. Lo siguiente que supe fue que había guardado el dispositivo y estaba jugueteando con mi teléfono móvil.

Abrí la aplicación de mensajería y pensé en enviarle algo a Gabriela, pero ¿qué le diría? No había terminado su recomendación de lectura y mi mente estaba más dispersa que nunca.

¿Cómo podría no estarlo?

Embarazada de mi jefe sin ni siquiera habernos acostado. Anoche Héctor me había hecho una propuesta aún más loca, y lo peor era que estaba tentada de aceptar. No porque temiera un parto normal siendo aún virgen, sino por la oportunidad de estar con él. Tenía que haber algo increíble en ese hombre para que todas las mujeres lo desearan e hicieran todo lo posible por competir por su atención.

Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, me atreví a enviarle un mensaje.

Alecsandra:
¿Durmiendo?

Héctor:
No, intentando eliminar el alcohol mientras corro en la cinta.

Alecsandra:
Parece que te gusta el gimnasio.

Héctor:
Me hace sentir mejor.

Alecsandra:
Me da pereza.

Héctor:
Es bueno para la salud.

Alecsandra:
Eso es lo que dicen los médicos.

Héctor:
Deberías escucharlos.

Alecsandra:
Un día, quizás...

Héctor:

Sí, vale.

Me quedé mirando el móvil sin saber exactamente cómo continuar la conversación y me arrepentí de haberla iniciado, me pareció tan ridículo en ese momento.

Héctor:

¿Te pasa algo, al bebé?

Alecsandra:

No. Estamos bien.

Héctor:

¿Necesitas algo?

Alecsandra:

Tampoco.

Por sus preguntas, estaba claro que a Héctor le había parecido extraño que le enviara un mensaje al azar. Nunca lo había hecho y no podía decir que fuera habitual.

Lo sentía, pero parecía demasiado tarde para eso.

Alecsandra:

No quiero entrometerme en tu gimnasio.

Héctor:

No me molesta.

Me envió una foto delante del espejo, con el reflejo del equipo y sin camiseta. Estaba completamente sudado y me hizo salivar. No hacía falta ser muy listo para saber por qué las mujeres querían acostarse con él. Héctor, a diferencia de mí, trabajaba duro para mantenerse en forma.

Héctor:

Pagado por hoy.

Alecsandra:

¿Es la hora del baño?

Héctor:

Absolutamente.

¿Quieres venir conmigo?

Alecsandra:

Gracioso.

¿Se lo dices a todo el mundo?

Héctor:

Sólo con las que me ven sudoroso.

Alecsandra:

¿No te importa estar con una mujer diferente todo el tiempo?

Héctor:

¿Por qué iba a molestarme?

Alecsandra:

Tienes razón.

Héctor:

¿Ah, sí?

Alecsandra:

Sí, lo mejor es disfrutar como lo haces.

Héctor:

¿Nunca lo has disfrutado?

Alecsandra:

No.

Héctor:

Qué pena.

Alecsandra:

Sí, ¡basta ya! Quiero hacerlo.

Héctor:

¿Qué es lo que quieres?

Alecsandra:

Deja de ser virgen pronto.

Héctor:

Sabes que no tienes que hacerlo.

Alecsandra:

Lo sé, pero quiero hacerlo. ¿Todavía estás dispuesto?

Tardó en contestar y esto hizo que casi me diera un infarto por la ansiedad. Me sentí como una idiota y me dio vergüenza, estaba a punto de enviar otro mensaje para intentar enmendarme cuando por fin me contestó.

Héctor:

Si eso es lo que quieres.

Alecsandra:

Quiero hacerlo.

Héctor:

¿Quiere un lugar concreto, o podría ser un motel?

Alecsandra:

Motel se ve bien, más neutral.

Héctor:

¡Estupendo! ¿Cuándo quieres hacerlo?

Alecsandra:

¿Hoy?

Héctor:

¿Ya?

Alecsandra:

No tiene por qué ser hoy.

Héctor:

Podría ser esta noche.

¿Quieres que te recoja?

Por muy tentador que sonara, tenía que recordar que era algo impersonal, sólo iba a tener

sexo conmigo como ya lo había hecho con otras mujeres. Tenía que ser muy consciente de que no habría sentimientos de por medio ni nada por el estilo.

Si idealizara demasiado el momento, podría acabar muy frustrado.

Alecsandra:

No, nos vemos allí.

Héctor:

Como desees. Elegiré un lugar y te enviaré la dirección.

Alecsandra:

De acuerdo.

Con el móvil en la mano, aún no me podía creer que hubiera quedado para tener sexo con mi jefe como quien queda para ir al cine con los amigos.

Se me aceleró el corazón y se me secó la boca. Era imposible evitar sentirse nerviosa ante semejante locura.

¿Estás loca, Alecsandra?



ALECSANDRA

Capítulo treinta

Después de comer con mi padre, salí. Fui al centro comercial a buscar lencería para ponerme más tarde. Mi ropa interior, que no era vieja, no parecía lo bastante sexy para que me viera un hombre.

Me estaba volviendo loca, y no sólo en el buen sentido. Una parte de mí estaba segura de que hacer esto era la locura más arriesgada de mi vida. Héctor era mi jefe y yo necesitaba ese trabajo, además íbamos a tener un bebé juntos y teníamos que hacer que funcionara.

No veía cómo podía ayudar el hecho de ser una más en la lista de incontables mujeres con las que ya se había acostado, pero en el fondo no importaba, porque lo deseaba. Necesitaba experimentar a Héctor al menos una vez.

A pesar de lo tensa que me ponía la situación, estaba ansiosa.

Me compré ropa nueva, perfume e incluso me afeité.

Le dije a mi padre que no tenía que esperarme despierto porque no volvería temprano, pero no le di muchas explicaciones sobre adónde iba, aunque estaba segura de que no me escaparía al día siguiente; ya pensaría en una excusa más tarde.

Había quedado con Héctor a las nueve de la noche en un motel a las afueras de la ciudad. Parecía un lugar discreto y nadie nos vería juntos allí. Aunque en algún momento todos en la empresa tendrían que enterarse de mi embarazo y de que él era el padre, pero aún me parecía importante pasar desapercibida.

Con la cintura más ancha, mi creciente barriga seguía confundiéndose con mi peso, pero pronto sería mucho más redonda y se convertiría en un embarazo inconfundible.

Atravesé la verja y una mujer de guardia me miró detenidamente antes de preguntarme nada.

— Estamos completos por hoy.

— Creo que hizo una reserva.

— ¿Qué él? — Bajó los ojos a la pantalla del ordenador.

— Héctor...

— Hmm...

— Hector Borges.

— Lo encontré. Suite 102, al final del pasillo, hay espacio para dos coches y se puede aparcar allí.

— Gracias.

Intentaba controlarme para no parecer extremadamente avergonzada, pero las mejillas me ardían y estaba segura de que se me pondrían muy rojas.

Conduje hasta el lugar que me había indicado y paré el coche en el garaje. Héctor aún no había llegado y pensé que podría haberse retrasado un poco. Me quedé donde estaba unos instantes hasta que me armé de valor y subí las escaleras laterales que conducían a la puerta del dormitorio.

Me sorprendí al entrar. Había un globo de espejos que reflejaban una ligera luz plateada en todos los rincones, pero la habitación estaba en penumbra. En un extremo había una barra, como de pole dance, y en el otro una enorme bañera de hidromasaje. La cama redonda del centro estaba ordenada y sobre ella había una cesta con algunos productos. Mi curiosidad me hizo acercarme para ver qué era.

Encontré condones, gel lubricante y unas bolitas que no sabía para qué servían, pero eso no era todo. Había un enorme pene de goma de plástico morado. Lo siguiente que recuerdo es que lo tenía en las manos y lo analizaba con curiosidad.

— ¿Has utilizado alguno de estos antes?

Me sobresalté tanto que el objeto erótico saltó de mi mano, rodando por la cama, y me volví para encontrar a Héctor de pie en la puerta, analizándome con mirada enigmática.

— No... No—, balbuceé.

— Hay varios tipos y la mayoría de las mujeres siempre encuentran algo que les gusta.

— Y... yo...

— ¿Te da vergüenza? — Se rió.

Negué con la cabeza.

— Te compraré uno más adelante y te contaré qué tal la experiencia.

No pude decir nada, me quedé mirándole, torpemente, muy desconcertada. No tenía ni idea de lo que se le podía estar pasando por la cabeza, pero no quería empezar la noche así, que me pillara con un vibrador en la mano.

— O podemos usar este si quieres.

— Creo que será mejor que nos lo tomemos con calma— conseguí decir algo.

— Estoy bastante tranquilo. — Amplió su sonrisa, aliviando un poco mi tensión. — Podemos empezar como quieras.

A diferencia de mí, Héctor estaba relajado. Me miró fijamente y yo le devolví la mirada mientras le veía abrirse los botones de su camisa blanca y quitársela, colocándola en el respaldo de una de las sillas que rodeaban una mesa redonda en un rincón de la habitación. Sin apresurarse, sacó la cartera y las llaves del coche del bolsillo y las colocó sobre la mesa.

Me quedé inmóvil, mirándole fijamente, observando su abdomen, mucho más atractivo de cerca. Mis ojos solo se desviaron cuando me di cuenta de que caminaba hacia mí.

— ¿Quieres jugar?

— ¿Cómo?

No contestó, sólo cogió mi mano y la colocó sobre su six pack. A diferencia de las suaves curvas de mi vientre, Héctor tenía unos montículos duros y bien definidos. Era casi como tocar la estatua de *David* de Miguel Ángel en persona, solo que oscura y caliente.

— Mucho tiempo en el gimnasio—, comenté, sintiéndome mareada después.

— Suficiente. — Se rió.

— Lástima que mi cuerpo... —dejé de hablar cuando me levantó la cara por la barbilla y me obligó a mirarle.

— Me encantan las curvas y la carne para agarrar, apretar, morder...— la forma en que lo dijo me produjo escalofríos y me hizo sentir menos tensa por estar allí con él.

Admito que quizá no haya perdido la virginidad todavía porque me avergonzaba un poco de mi cuerpo. No quería que un chico se desanimara al verme desnuda, pero Héctor parecía estar bien. Tal vez hablaba con el culo, pero me dio confianza.

— Voy a besarte— me advirtió, pero no me dio tiempo a asimilar la información antes de que su rostro se curvara hacia el mío y su lengua se zambullera en mi boca.

Yo seguía tensa, temblando, pero el sabor del beso era tan bueno que me contagió rápidamente. Héctor bajó una de sus manos y me apretó la cintura, rodeándola con el brazo mientras hacía el beso cada vez más intenso.

Había besado a otros chicos antes, pero nunca así.

Me di cuenta de que la situación iba demasiado deprisa cuando su mano bajó de mi cintura a mis nalgas.

— Héctor...— susurré contra sus labios.

— ¿Quieres que pare?

— No...

Héctor me mordió el labio inferior en el momento en que me agarró el culo con toda su mano, haciendo que me estremeciera contra él.

Aún estaba nerviosa, pero no podía negar cuánto se calentaba todo mi cuerpo con sus caricias. Aquel hombre sabía exactamente cómo tomar a una mujer y dejarla temblando. Sentí que su cuerpo se apretaba más contra el mío y el bulto de sus pantalones me fascinó, parecía más grande que el pene de goma que había sacado de la cesta.

Dejó de besarme para mirarme fijamente.

— ¿Quién se desnuda primero?

— Tú.

— Niña traviesa. — Me sonrió y dio un paso atrás, se desabrochó el cinturón y se bajó los pantalones.

Llevaba unos calzoncillos negros y observé cómo Héctor se quitaba los zapatos. Pronto la prenda acabó también en el suelo y volví a avergonzarme, girando ligeramente la cara hacia un lado mientras su miembro destacaba ante mis ojos.

Lo había visto el día que Héctor se corrió encima de mí, pero no me había dado cuenta.

— Tu turno.

Tragué saliva, incapaz de moverme.

— ¿Necesitas ayuda?

— Tal vez.

Se acercó de nuevo y acercó su boca a mi cuello mientras sus manos se deslizaban por mi espalda, bajándome la cremallera del vestido. Tiró de la prenda hacia abajo, dejándome en ropa interior y sandalias.

— Sujeta esto. — Sin miramientos, colocó mi mano sobre su pene y yo abrí mucho los ojos en una mezcla de sorpresa y conmoción.

— ¡Héctor!

— La textura es mejor que la de goma, ¿no?

Me limité a negar con la cabeza.

— No tienes por qué avergonzarte, puedes soportarlo.

Era duro y rígido, con las venas asomando. La punta redonda y aterciopelada era rosada, y en la pequeña hendidura se acumulaba un líquido transparente. Acabé distrayéndome con su miembro y, antes de darme cuenta, Héctor me había abierto el sujetador, y la prenda ya estaba colgando de mis antebrazos.

— Me encantan los pechos grandes. — Se humedeció los labios como un animal hambriento.

Tiró de la prenda y acabé soltándole el pene para que pudiera sacarlo. Me daba vergüenza, quería esconderlos, pero antes de que pudiera, Héctor los agarró con ambas manos, apretándolos de una forma dolorosamente deliciosa. Estaban menos sensibles que al principio del embarazo y no me molestaban tanto.

— Dejé escapar un gemido mientras me apretaba y acariciaba los pechos.

Una de sus manos volvió a agarrarme por la cintura y fue sustituida por su boca, que envolvió mi pezón.

Se me pusieron los ojos en blanco, no podía imaginar que sería tan bueno. Héctor jugaba con su lengua, mordisqueaba y chupaba de un modo que provocaba una inquietud entre mis muslos.

Todavía llevaba puestas las bragas, pero la sensación era que cada vez eran más finas y estaban más mojadas.

— Héctor...

— ¿No lo disfrutas?

— Sí, así es.

No sabía exactamente qué hacer, pero me dejé guiar, entregándome al sexo de una forma que ni siquiera me resultaba vergonzosa.

Me di cuenta de que me había empujado hacia atrás cuando los pliegues de mis piernas tocaron el lateral de la cama redonda. Héctor dejó de chuparme el pecho y quitó la cesta del colchón, colocándola sobre la mesilla.

— Despacio...— murmuré mientras le ponía las manos en los hombros y le abrazaba.

— Nadie tiene prisa. Ahora me toca a mí tocarte. — Me mordió la boca y volvió a besarme mientras sus manos me agarraban por la cintura y tiraban de mis bragas hacia abajo, haciendo que cayeran al suelo junto con mis sandalias.

Por el rabillo del ojo, mientras respondía a su beso, le vi coger uno de los frascos y

frotarse el gel en las yemas de los dedos de la mano derecha.

Seguía besándome, con su lengua entrelazada con la mía, cuando su mano izquierda bajó por mis muslos y la derecha se acercó a mi sexo. Me desplomé sobre la cama, retorciéndome al sentir algo tan frío como una piedra de hielo, pero solo eran sus dedos.

Héctor jugó con mi clítoris, sensibilizándolo terriblemente antes de deslizar un poco más su dedo y meterlo dentro de mí. El gel lo hacía resbaladizo y el frío me hacía gemir.

— ¿Te gusta?

Negué con la cabeza.

Ya me había tocado varias veces e intentado llegar al orgasmo con mis propios estímulos, pero nada comparado con sentir su mano allí. Movía el dedo dentro y fuera, aumentando el ritmo y haciéndome girar sobre la cama.

Me estremecí, sin saber si cerrar los muslos o dejarlos bien abiertos para que pudiera continuar con lo que estaba haciendo. Héctor tenía experiencia suficiente para saber cómo volver loca a una mujer.

Apartó la mano izquierda y vi que volvía a coger la botella, exprimiendo el líquido viscoso sobre mi montículo, provocando una nueva oleada de escalofríos. El dedo que había estado dentro de mí salió para sorber aún más y volvió a introducirse en mí con más fuerza, al que se unió otro.

Había un dolor muy leve, pero estaba naturalizado por el gel helado.

Mis gemidos llenaban cada vez más la habitación y parecían motivarle a continuar.

La vergüenza que sentía al principio se disipó rápidamente, ya que sólo quería sentir más. Valía la pena atreverse a tener sexo con él, más de lo que había imaginado que sería.

Volvió a pasar por la cesta, ahora para coger un condón.

Me estremecí, pero me agarró por la cintura.

— Cálmate...

— Estoy tensa.

— No tienes por qué estarlo. — Volvió a mover el dedo dentro de mí de un modo que me hizo gemir.

— Ah...

Estaba tumbada en la cama cuando vi que se arrodillaba y se ponía el condón en la polla. Aunque ya estaba embarazada, supuse que era una costumbre. Frotó aún más gel frío sobre el

látex antes de inclinarse hacia mí.

Intenté cerrar las piernas, pero Héctor me las sujetó.

— Empezaré despacio.

— Por favor...

Su cuerpo se inclinó sobre el mío y sentí el roce de su miembro contra mi entrada, pero Héctor estaba entre mis muslos, lo que hacía imposible cerrarlos.

Me perdí en aquellos ojos marrones, en lo penetrantes y hermosos que eran. Una sonrisa se formó en sus labios cuando Héctor apretó su pelvis contra mi cuerpo, forzando su entrada en mí.

— Ouch... — se me escapó mientras le agarraba los hombros y clavaba mis uñas en ellos.

— Relájate...—. Deslizó una de sus firmes manos por mi muslo, haciendo que me entregara aún más al momento.

Era fácil entender por qué las mujeres se peleaban por él. Héctor era muy bueno en eso.

Me apretó contra el colchón al atravesar mi barrera y solté otro aullido. Había suficiente gel para que se deslizara con facilidad, lo que hizo menos dolorosa la pérdida de mi virginidad.

Héctor esperó a que me acostumbrara a su presencia antes de empezar a moverse. Sus labios buscaron los míos en un beso delicioso y húmedo que aumentó aún más nuestra conexión.

Había hecho muchas suposiciones sobre perder la virginidad y me imaginaba que sería con un novio del que estaba muy enamorada, pero la conexión que Héctor consiguió establecer entre nosotros me hizo sentir increíble.

Aquel abdomen perfecto se frotaba contra mi cuerpo mientras él empujaba hacia delante y contoneaba las caderas.

— ¿Va todo bien? — Mostró su preocupación, lo que me hizo emocionarme aún más por el momento.

— Sí... — Pasé mis manos por su cuello y acerqué de nuevo su boca a la mía.

Nuestras lenguas se entrelazaron, exploró cada rincón de mi boca y captó mis gemidos sin romper la conexión entre nuestros cuerpos, moviéndose dentro de mí.

Justo cuando creía que era suficiente, se apartó y se tumbó en la cama.

— ¿Se acabó? — pregunté un poco decepcionada, porque quería más.

— Aún estamos lejos de eso— murmuró, agarrándome la pierna y levantándola como si fueran unas tijeras.

Héctor apretó su cuerpo contra mi espalda y se encajó en mí, en un ángulo que me permitía verle entrar. Al principio me dio un poco de vergüenza, pero luego me di cuenta de lo excitante que era ver su polla deslizándose dentro y fuera de mí, y eso hizo que las sensaciones fueran aún mejores.

Había dolor y sangre empapando su condón, pero las otras sensaciones lo compensaron y me involucraron por completo.

Mientras una de sus manos sujetaba mi pierna abierta hacia arriba, la otra pasaba por debajo de mi cuerpo y acababa en mis pechos. Héctor los apretó y estimuló, sintiéndose muy cómodo con mi cuerpo.

— Ese gemido en mi oído me volvió loco.

¿Realmente disfrutaba teniendo sexo conmigo?

Sólo quería pensar en lo mucho que quería más de eso.

Héctor aumentó su velocidad y todo mi cuerpo vibró.

¡Ahhh, vaya!

No puedes enamorarte, Alecsandra, intenté advertirme, pero ese pensamiento se disipó cuando me sopló aire caliente en la oreja y me la mordisqueó.

La tensión en el bajo vientre empezó a crecer, todo mi cuerpo temblaba hasta que esa presión estalló en algo delicioso que me hizo gemir en voz alta. Era la primera vez que llegaba al orgasmo sin mis propios dedos en el clítoris.

Héctor me mordisqueó el cuello y me soltó la pierna, apretándome la cintura mientras me penetraba hasta el fondo. Se estremeció y me di cuenta de que yo también me había corrido.



HECTOR

Capítulo treinta y uno

Tras recuperarme del orgasmo, me di la vuelta en medio de la cama y respiré hondo.

¡Vaya!

Admito que tenía pocas expectativas para este polvo, pero a medida que avanzaba, la intensidad con la que me involucré demostró que la experiencia sería mucho mejor de lo que había imaginado.

Alecsandra era tan suave, tan perfumada y tersa. Sus pechos eran lo suficientemente grandes como para no caber en mis manos, pero eso no era exactamente lo que más me excitaba. Aquel enorme culo, redondo y suave, vibraba con el golpe de mi cuerpo y no hacía sino aumentar aún más mi excitación.

Había subestimado lo mucho que podía disfrutar follando con Alecsandra.

— ¿Nos vamos ya? — preguntó mientras se volvía hacia mí.

— ¿Tienes tanta prisa? ¿No ha estado bien?

— Fue...— Sus mejillas se sonrojaron. — Sólo pensé...

— Tenemos la habitación para pasar la noche.

— ¿Toda la noche? — Volvió a sonrojarse.

— Podemos volver a hacerlo. — Pasé la mano por su pecho, jugando con la punta endurecida de su pezón. — O simplemente dormir.

Alecsandra me miró fijamente pero no dijo nada, parecía seguir asimilando todo lo que estaba ocurriendo.

Rodé de la cama cuando sentí que mi pene se encogía. No quería mojarme cuando el preservativo se deslizara. Tiré el condón a la papelera y me limpié antes de volver.

Alecsandra seguía exactamente en el mismo sitio, mirando al techo de la habitación.

— ¿Duele? — Estaba muy preocupado, porque no solía tener vírgenes en mi cama.

Por lo general, las mujeres con las que me acosté tenían tanta o más experiencia que yo.

— Sólo duele un poco.

— ¿Te ha gustado?

— Sí...

— Así que supongo que he hecho un buen trabajo. — Volví a ponerme en pie, algo confiado, y fui a la nevera a por una botella de agua helada.

Alecsandra no contestó, pero no le hizo falta.

— ¿Quieres un poco? — Le enseñé la botella.

— Un poco.

Me acerqué y ella se sentó a beber.

— Gracias.

Volví a sentarme en el borde de la cama mientras compartíamos la botella hasta que se acabó.

— ¿Se mueve ya el bebé? — Cambié completamente de tema.

— Todavía no.

— Quizá tarde un poco más.

— Sí.

— ¿Vas a dejar que lo sienta cuando empiece? — Me giré para mirarla y noté que sus ojos se abrían de sorpresa.

— Sí... creo que sí...—, balbuceó, tanteando las palabras. — Si usted quiere.

— Sí, me gustaría.

— DE ACUERDO.

Esto de la paternidad era algo a lo que todavía me estaba acostumbrando, pero no podía negar que cada vez me emocionaba más pensar en un niño pequeño correteando por mi despacho mientras yo intentaba trabajar, o en salir los dos juntos a jugar al fútbol, o a montar en bicicleta.

Tener un hijo sería bueno y me daría motivos para ser feliz.

Alecsandra se me quedó mirando, pero no hizo nada por apartarse o detenerme. Nuestros ojos permanecieron fijos el uno en el otro mientras le acariciaba el vientre.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que me incliné hacia ella y le toqué la cara, atrayéndola hacia mí y besándola de nuevo. Alecsandra respondió abriendo la boca y dejando que entrelazara mi lengua con la suya.

Mi mano, que había estado en su estómago en un gesto cariñoso, cayó a su muslo y apretó de una forma mucho más atrevida.

— Héctor... —, murmuró contra mis labios.

— Hagámoslo otra vez. — Ya estaba excitado otra vez.

— Humrum... — se limitó a murmurar y pareció suficiente para saber que estaba de acuerdo.

Rodeé su muslo, apretándolo hasta que mis manos bajaron entre ellos, buscando su sexo, y Alecsandra gimió, revolviéndose en la cama.

— ¡Ah!

Volví a empujar hacia abajo y mis dedos empezaron a entrar y salir, haciendo que se lubricara más y más.

— ¿Te gusta?

Asintió con la cabeza.

Me incliné sobre ella, besándola mientras mis piernas se doblaban sobre el costado de su cuerpo. La agarré por la nuca y le mordí el labio inferior mientras intensificaba el beso.

Le saqué los dedos, estiré la mano y cogí otro condón antes de ponerla boca abajo.

— Si te duele demasiado, dímelo.

No pude resistir el impulso de ponerla a cuatro patas para poder mirarle y apretarle el culo mientras la penetraba.

Alecsandra sólo gemía ruidosamente mientras clavaba las uñas en la almohada de la cama mientras yo hundía mis dedos en su culo y mi polla en su húmedo y apretado coño. Sus ojos se pusieron en blanco cuando empecé a moverme.

Intenté tomármelo con calma, pero mi deseo era otro.

Sus pechos se balanceaban con el movimiento, aumentando aún más mi excitación mientras miraba su culo grande y redondo e introducía mi polla en aquel canal estrecho y muy húmedo.

¿A quién quería engañar? Seguro que follármela no era sólo para quitarle la virginidad, yo quería ese placer.



ALECSANDRA

Capítulo treinta y dos

Cuando salimos del motel, ya había amanecido. Héctor me pidió que lo acompañara a desayunar y fuimos a una panadería cerca de donde trabajábamos. Me encantó el brownie que servían allí y me convencí de que ésa era la única razón por la que iba. El hecho de que no sólo había perdido la virginidad con mi jefe, sino que además había repetido la dosis dos veces, desde luego no tenía nada que ver.

Nunca imaginé que podría disfrutar tanto de las agujetas.

Había sido increíble, más perfecto de lo que jamás había soñado. Había sido tranquilo, cariñoso y comprensivo, y al mismo tiempo me había cogido de una forma que nunca sería capaz de olvidar.

Estaba muy claro que Héctor no sólo tenía talento en los negocios.

Entendía muy bien por qué las mujeres se peleaban por un espacio en su cama, por mucho que me pusiera celosa.

¿De qué tienes celos?, discutí conmigo misma. No había nada entre Héctor y yo. Sólo me había hecho un favor, para que mi virginidad no se la llevara nuestro bebé dentro de unos meses; eso significaba que no había ninguna conexión entre nosotros, ni personal ni, mucho menos, emocional.

Si hiciera un escándalo al respecto, sólo me decepcionaría a mí misma.

No podía lanzarme de cabeza a ese abismo.

Aparqué el coche a su lado en las plazas que había frente a la cafetería y caminamos juntos hasta la entrada.

Héctor me dedicó una amable sonrisa antes de abrir la puerta de cristal y hacerme un gesto para que me adelantara.

— Me gusta este sitio—, comentó mientras buscábamos una mesa para sentarnos.

— A mí también.

Nos pusimos uno frente al otro y yo escaneé el código QR con el menú para decidir lo que iba a pedir antes de que un camarero se acercara para anotarlo.

— ¿Te ha gustado la velada? — Se inclinó hacia mí y sentí que mis mejillas se

sonrojaban de inmediato.

¿Cómo iba a negarme?

Me limité a asentir con la cabeza.

— ¿Podemos repetirlo alguna vez?

¿Hablaba en serio o era una broma?

— Eres gracioso.

— ¿Gracioso? — Alzó sus gruesas cejas sin comprender.

— No volveremos a hacerlo, ¿verdad?

— Somos adultos... Sin impedimentos... — Se encogió de hombros.

¡Maldita sea, Héctor! Esa no es una propuesta para hacer.

¿Quería decir que sí? Era evidente. Pero necesitaba un mínimo de racionalidad para que la situación no se me fuera completamente de las manos.

— Vamos a tener un bebé.

— A muchos adultos también les pasa. No como nos pasó a nosotros, pero puedes entenderme.

— ¿Me estás proponiendo que sea tu polvo ocasional?

— Funciona para Vanessa.

Sentí cómo la sangre abandonaba mi rostro y tuve la certeza de que mi expresión se cerraba al instante. No me gustaba que me compararan con la arquitecta que siempre tenía las piernas abiertas para él, pasara lo que pasara.

— Gracias por lo que has hecho, pero no quiero seguir haciéndolo. — Me hizo falta mucho valor para poder decir eso, porque mi cuerpo me pedía otra cosa.

— Creía que te había gustado. — Frunció el ceño y sorbió el café recién hecho.

— Me ha gustado.

— Así que...

— Lo que no significa que quiera ser tu caso. Vamos a tener un bebé y nuestra situación ya va a ser muy complicada. Imagina lo confuso que sería para un niño vernos juntos y luego a ti con otra mujer.

Reconozco que me preocupaban más mis propios sentimientos, pero era la mejor manera de razonar con él y no parecer demasiado egoísta o sentimental.

Héctor podía ser bueno en eso de ligar, pero yo ya estaba celosa de él sin que nos

liáramos demasiado. No podía soportar ser una más de sus polvos ocasionales mientras él se divertía con otras mujeres.

— Ya veo...— fue todo lo que dijo mientras tomaba más café. — ¿Buscas novio?

— Lo estoy—, admití rápidamente.

Eso era cierto, aunque aún no había encontrado un buen candidato.

— Entiendo.

— Tengo ese derecho, ¿no? — me reí mientras cogía una galleta de mantequilla y me la metía en la boca, intentando disimular mi malestar.

— Por supuesto que sí. — Héctor también parecía un poco desconcertado.

— Mi hijo tiene mucha suerte.

— ¿Por qué?

— No se me ocurre nadie que sea mejor madre para él que tú.

— Muchas gracias. Me siento halagada.

— ¡Es verdad! Eres espectacular, Ale. Siempre hemos sido una buena pareja en la empresa y espero que seamos igual a la hora de educar a nuestro hijo.

— Hagamos un esfuerzo.

— Sí, lo haremos. — Puso la mano sobre la mesa y acarició la mía de una forma suave que me hizo sonreírle.



HECTOR

Capítulo treinta y tres

Después de desayunar, cada uno se fue a su casa. Era domingo y no tenía más planes que hundirme en mi sofá junto a una buena caja de cerveza mientras veía un partido de fútbol, o unos cuantos episodios de alguna serie en alguno de los canales de streaming.

A mi madre le encantaría que fuera a comer, pero yo prefería estar solo. Quizá más tarde bajaría al gimnasio y haría unas horas de ejercicio.

La velada con Alecsandra había sido estupenda, y me encontraba muy satisfecho sexualmente. Confieso que temía que fuera incómodo debido a su virginidad, pero conseguimos tener una buena conexión.

Sin embargo, no era exactamente el sexo lo que me retumbaba en la cabeza, sino la conversación que mantuvimos después.

Yo quería más, ella quería compromiso...

No es que fuera la primera mujer que me decía algo así, pero sus palabras tenían más peso, quizá por nuestro hijo.

Mientras abría una cerveza con los dientes y colocaba la tapa metálica sobre la mesita, me di cuenta de que estaba celoso. Me enfurecía pensar en ella con otro hombre, pero no sólo eso. Si Alecsandra conseguía otro chico, sería alguien más en su vida, pero también en la de mi hijo.

Ni siquiera había nacido y su madre ya estaba pensando en un padrastro.

A menos que yo... ¡Héctor, no!

Interrumpí ese pensamiento antes de que la idea se formara en mi cabeza.

Nunca fui el tipo de hombre que se compromete, el papel de hombre de familia siempre se lo dejé a mi hermano menor. Henrique era hombre de una sola mujer, yo no.

Si yo quería varias, Alecsandra también tenía derecho, ¿no?

Era obvio, pero me molestaba igualmente.

Busqué mi móvil y le envié un mensaje. Esto de pensar me estaba confundiendo.

Héctor:

¿Dónde estás?

Henrique:

En casa de mis suegros.

Héctor:

Menudo coñazo, ¿eh?

Henrique:

Es parte de la relación, amigo. Lo entenderías si sólo hubieras tenido una novia seria una vez en mi vida.

Héctor:

Ese argumento no es una buena motivación para que yo quiera algo serio con alguien.

Henrique:

No es tan terrible como crees, mi suegro incluso cuenta chistes divertidos y apoya al mismo equipo que yo.

Héctor:

Qué divertido.

Henrique:

¡Ah, vete a la mierda! Tienes que aprender mucho sobre la familia antes de que nazca este niño.

Héctor:

¿Estás sugiriendo que voy a ser un mal padre?

Henrique:

Lo estoy diciendo.

Héctor:

Qué gracioso.

Henrique:

No sabes lo que es comprometerse. Estar ahí para alguien que te necesita.

Héctor:

Pensaría que no estaba ahí para ti.

Henrique:

¿Puedes decirme cuándo necesité tu ayuda?

Héctor:

Es sólo un detalle, pero ayudaría.

Henrique:

Soy tu hermano, un poco más joven. Nuestros padres siempre estuvieron ahí. Tener un hijo es una responsabilidad mucho mayor. No podrás gritar a mamá cuando empiece a llorar, como solías hacer cuando era yo quien gritaba.

Héctor:

¿Cuántos buenos padres no están casados con las madres de sus hijos?

Henrique:

No estoy hablando de eso, y lo sabes.

Héctor:

Estaré allí para él.

Henrique:

Eso espero.

No envié más mensajes ni insistí en el tema. Esperaba tener una conversación diferente con mi hermano e incluso que me demostrara que estaba de mi parte, pero lo único que conseguí fue un cubo de agua fría.

— Nunca te comprometes—, murmuré en voz alta.

No fue así. Quería demostrarle a mi hermano que estaba equivocado. Haría todo lo posible por ser un buen padre para mi hijo, aunque el embarazo de Alecsandra fuera completamente accidental.

Conocí a algunas parejas que tenían hijos y conseguían mantener una buena relación de amistad a la vez que se relacionaban con otras personas. Nosotros podríamos ser así siempre que consiguiera controlar los celos que crecían en mí.



ALECSANDRA

Capítulo treinta y cuatro

Después de comer con mi padre, pasé todo el domingo en mi habitación. Por fin me puse a leer el libro que me había recomendado Gabriela y los dos hablamos de él. No me arriesgué a contarle que me había acostado con Héctor, porque era una situación extraña incluso para mí.

Había dicho un millón de veces que era sólo para perder la virginidad. Así el nacimiento de nuestro bebé sería menos doloroso, pero yo era el tipo de mujer romántica y sentimental que no podía separar las cosas.

No podía acostarme con aquel hombre sin sentir nada por él. Después de aquella noche, mientras me besaba, me mordía y me penetraba, todo se volvió aún más intenso y rayó en lo incontrolable.

No podía creer la propuesta de Héctor de que siguiéramos haciéndolo como él y Vanessa. Sentí como si me estuviera viendo de la misma forma que veía a una puta y me enfadé mucho, pero ¿qué esperaba de Héctor?

Siempre ha sido así.

Desde que empecé a trabajar como su secretaria, le había visto con varias mujeres, a veces con más de una. Iban y venían, pero nunca mostró ningún interés sentimental por ninguna de ellas.

¡Sólo sexo!

Como lo hicimos aquella noche.

Mis sentimientos estaban revueltos.

Había seguido un impulso loco y no me arrepentí de haberme acostado con él. Héctor era aún mejor en la cama de lo que había imaginado, pero lo que yo sentía antes se hizo aún más intenso.

— ¡Buenos días, Alê!

— Hola, Fernando. — Levanté la cabeza y me enfrenté al jurista que estaba delante de mi mesa con una sonrisa demasiado optimista para un lunes por la mañana.

— ¿Qué tal el fin de semana?

— Bien.

— ¡Qué maravilla!

— Aparentemente el tuyo fue genial.

— Estaba en un retiro de la iglesia.

— Vale... — No era exactamente lo que esperaba, pero si le hacía feliz, me parecía bien. — ¿Qué necesitas hoy?

— Unos documentos, un contrato. ¿Tal vez una sonrisa? — Me guiñó un ojo y mis labios se curvaron involuntariamente.

— Así es. Estás mucho más guapa cuando sonríes.

— Gracias, gracias. — Torpemente, me acomodé un mechón de pelo detrás de la oreja.

Oí que alguien carraspeaba detrás de Fernando y estiré el cuello, chocando con Héctor, que acababa de llegar.

— Buenos días, jefe. — Fernando se apartó de mi mesa un poco torpemente.

— Buenos días. — Héctor fruncía el ceño y yo no entendía exactamente por qué. — Lo entendí. — Extendió la mano para que el abogado le diera los documentos que tenía en la mano.

— Todavía no lo he leído—, dije involuntariamente, y me estremecí al ver la mirada más seria de Héctor.

— Me aseguraré de leerlo.

— DE ACUERDO.

— Hasta luego. — Fernando se apartó de mi camino y se metió en el ascensor, desapareciendo de mi vista lo más rápidamente posible.

— ¿Va todo bien? — Me atreví a interrogar a Héctor.

— ¿Por qué no iba a estarlo?

— Bueno... no sé...— fruncí el ceño.

— Echaré un vistazo a estos documentos. — Levantó el sobre a la altura de mis ojos.

— No, estoy bien. ¿Necesitas algo?

Héctor se me quedó mirando unos instantes, pero no dijo nada, simplemente me dio la espalda y entró en el despacho.

¡Muy bien! Eso fue muy raro, pero hasta ese momento no había visto nada de lo que realmente tuviera que preocuparme.



HECTOR

Capítulo treinta y cinco

¿Qué fue eso, amigo?

Me hundí en mi silla, extrañamente incómodo después de una ridícula escena de celos. Esperaba que ni Alecsandra ni Fernando se hubieran dado cuenta, había resultado ser más fuerte que yo.

¿Qué se creía que hacía ese tipo coqueteando con mi... *secretaria?*

Chasquee los dedos delante de los ojos antes de inclinar la cabeza hacia delante y masajearme las sienes doloridas.

Así no podría pasar el día si seguía pensando en Fernando con Alecsandra. Podría decir que era miedo a que no fuera un buen padrastro para mi hijo, pero en el fondo no se trataba exactamente de eso.

Después de que Henrique me dijera que no podía comprometerme con nadie, no pude dejar de pensar en ello. Pasé toda la noche con la cabeza pesada sobre la almohada.

Quería ser un buen padre, era lo menos que podía hacer por mi hijo, pero definitivamente no se trataba sólo de eso.

Pensé en comprometerme, en salir con alguien, en tener una sola mujer en lugar de la vida de diversión que había llevado hasta ahora. Parecía ridículo querer ceder a eso, pero al mismo tiempo me hizo pensar.

¿Tener un hijo con Alecsandra es una señal?

Sacudí la cabeza ante el sobre que me había entregado Fernando. Tenía que revisar aquellos documentos y firmarlos antes de que el abogado volviera a por ellos. Después de la escena que había montado, era mejor no causar más molestias.

Oí que llamaban a la puerta y levanté la cabeza.

— Alecsandra...

— No, jefe, soy yo. — Vanessa entró rodando en mi salón, humedeciéndose los labios con la lengua que tantas veces había estado en mi polla. — He estado pensando en ti todo el fin de semana, ¿lo sabías?

Se inclinó sobre mi mesa y casi me restregó el escote por la cara. Otros días me habría

bastado con bajarle las bragas, cuando las llevaba puestas. Normalmente no encontraba nada más debajo de aquella falda ajustada.

— ¿Por dónde deberíamos empezar hoy? ¿Te gustaría un masaje... una mamada... o puedo sentarme en tu regazo más tarde?

— No va a ser hoy— la despedí con un gesto de la mano.

Sacudió la cabeza, confusa. No era la respuesta que la arquitecta esperaba y en otras ocasiones habría hecho cualquier cosa menos despedirla, pero esta era una situación atípica, por no decir otra cosa.

— Estoy muy ocupado.

—Está bien, podemos tener un rapidito. — Empezó a levantarse la falda.

— No vamos a tener sexo, Vanessa.

— ¿Por qué? — Torció los labios decepcionada.

— No estoy de humor.

— Siempre estás dispuesto. ¿Pasó algo que te molestó este fin de semana? Sabes que soy una gran cura para la resaca.

Sucedió, pero no iba a decírselo.

— Vete.

— Pero...

— Vuelve a tu lugar de trabajo.

— De acuerdo. — Se ajustó la falda, hinchando el pecho. — Tú eres el perdedor.

Se fue y yo respiré aliviado, no necesitaba otro dolor de cabeza ese día.

Tardó un poco más en abrirse mi puerta y esta vez fue Alecsandra. Se acercó sigilosamente y se detuvo frente a mí, con las manos cruzadas delante del cuerpo de forma que disimulaba su barriga.

— En algún momento la gente va a empezar a preguntarte si estás embarazada— comenté sin esperar a que dijera nada.

— Me lo imagino. — Miró hacia abajo mientras se acariciaba el vientre.

— ¿Has pensado lo que vas a decir?

— Solo la verdad, que estoy embarazada.

— ¿Y cuándo pregunten quién es el padre?

— Bueno, no es asunto de nadie.

— ¿No quieres que sepan que soy yo?

— No creí que quisieras.

— ¿Por qué no iba a querer?

— Soy su secretaria, están los otros empleados de la empresa, las otras mujeres...

— ¿Te refieres a Vanessa? — el nombre salió amargamente de mi boca.

No solía arrepentirme de las cosas que había hecho, al menos no hasta ese momento. Henrique no era el único que tenía una imagen negativa de mí cuando se trataba de relaciones.

— No es la única. Está el...

— Unas cuantas—le interrumpí antes de que empezara a enumerar todas las mujeres con las que me había acostado en esa empresa.

— Varias. — Se echó a reír.

— ¿Le parece cómico?

Dio un paso atrás, sorprendida por mi pregunta.

— No, pero pensé que sí lo era para ti.

Me limité a mover la cabeza negativamente.

— ¿Fernando y tú tenéis algo? — Cambié de tema y ella abrió aún más los ojos.

— ¡No!

— Parecían muy unidos.

— Sólo estaba siendo amable.

— ¿Siempre es tan amable contigo?

— Héctor, ¿qué está pasando?

No me estaba comportando normalmente y Alecsandra se había dado cuenta.

— Nada.

— ¿Seguro?

— Absolutamente. ¿Cuándo es tu próxima cita prenatal? — Cambié de tema.

— La semana que viene.

— Quiero ir contigo.

— Comprobaré los horarios y te informaré.

— De acuerdo.

— ¿Has terminado de firmar los documentos? Se los devolveré a Fernando.

— Los llevaré yo mismo.

¡Joder! Estaba jodidamente celoso.

— Nunca haces eso. — Estaba sorprendida.

— Voy a aprovechar la oportunidad para discutir alguna información con los abogados. Tengo algunos puntos que alinear con ellos.

— De acuerdo. ¿Quieres que te acompañe?

— No hace falta. ¿Vamos a comer?

— Ya he almorzado.

— ¿Tan tarde es?

— Un poco, pero hoy tengo mucho trabajo y estoy intentando pasar el día lo más rápido posible.

— DE ACUERDO.

— ¿Necesitas algo más?

— Pide el almuerzo para mí.

— ¿Vas a comer en tu despacho?

— También tengo mucho que resolver hoy.

— De acuerdo. — Me dedicó una media sonrisa y salió de mi despacho.

Saqué el móvil y envié un mensaje a mi hermano.

Héctor:

Odiaba hablar contigo.

Seguí esperando una respuesta, pero ni siquiera recibió el mensaje. Su móvil podría haberse apagado en el armario del hospital, mientras atendía a los pacientes o estaba de guardia.

Probablemente ni siquiera era culpa suya, pero una pequeña semilla se había plantado en mí y me estaba inquietando mucho.



ALECSANDRA

Capítulo treinta y seis

No recordaba haber visto a Héctor tan extraño antes, desde que había llegado por la mañana se había comportado como si fuera otra persona.

Empezando por la forma en que había tratado a Fernando. Luego, por primera vez, vi a Vanessa salir de mal humor del despacho de mi jefe. La arquitecta había entrado, había pasado allí menos de cinco minutos y había salido escupiendo marimbos. No tenía ni idea de lo que había pasado en la habitación, pero supuse que no había sido sexo. Esa idea me hizo vibrar en una extraña celebración. No quería oír gemir a aquella pelirroja mientras recordaba que el sábado era yo quien estaba en brazos de Héctor.

Por mucho que no pudiera evitar que acabara en el despacho de mi jefe, en su coche o en cualquier otro sitio, me permití celebrar esa pequeña victoria.

Intenté trabajar, necesitaba concentrarme en mis tareas del día, cuando sentí que algo me saltaba en el estómago. Era extraño, pensé que podrían ser gases, o el malestar que afortunadamente había remitido, pero volvió a ocurrir.

Tardé un rato en darme cuenta de que era mi bebé el que se movía y eso me hizo muy feliz.

— Hola, hijo. — Le puse la mano en el estómago y se calmó.

Seguí esperando que se moviera de nuevo, pero no lo hizo.

— ¡Hijo! — Volví a llamarle, pero no respondió como esperaba. — ¿Eres tímido? — bromeé.

Dejé de tocarme el estómago cuando el teléfono de la mesa empezó a sonar.

— ¡Hola! — Respondí a la llamada.

— Alecsandra, ¿tienes un minuto? — Era Héctor al otro lado de la línea.

— ¿No se te apetece comer?

— Sí, ya lo he hecho.

— DE ACUERDO.

— ¿Puedes venir aquí?

— Enseguida voy. — Volví a colgar el teléfono, me levanté de la silla, abrí la puerta de su despacho y entré. — ¿Necesita algo? — Le miré fijamente mientras mi jefe me devolvía la mirada desde detrás de su escritorio.

Antes de que pudiera responder, me levanté de un salto y volví a ponerme la mano en el estómago.

— ¿Qué le pasa? — Ensanchó los ojos y me di cuenta de que Héctor se había preocupado.

— Empezó a moverse. — Sonreí.

— ¿De verdad? — Héctor se levantó y caminó hacia mí, poniéndome la mano en el estómago y mirándome con una sonrisa.

— Dio varias patadas. — Puse mi mano sobre la suya y la llevé a la zona donde la había sentido.

— ¿Hijo? — Héctor bajó la cabeza, hablándole a mi estómago.

Sentí un ligero revuelo y me di cuenta de que mi jefe también lo sintió.

— Serás listo. — Levantó los ojos, que brillaban, y volvió a mirarme.

— Seguro que sí. — Bajé la mano y Héctor dejó de sujetarme el estómago. — Tenemos que definir su nombre.

— He reunido una lista de sugerencias para que elijas.

— ¿De verdad?

Asintió con la cabeza.

— ¿Y si no me gusta ninguna de las opciones?

— Entonces tendremos que llegar a un acuerdo. — Me agarró de la barbilla, acercándome, y no tuve tiempo de decir nada más antes de sentir el contacto de sus labios con los míos.

Estaba muy mal estar besándolo, sobre todo en su salón, donde otras personas podían vernos, pero a Héctor no pareció importarle. Deslicé los dedos por sus anchos brazos y le rodeé el cuello con los brazos, entregándome más de lo que debía.

Sus firmes manos rodearon mi cintura y bajaron hasta mi trasero, apretándolo. La forma en que lo apretaba era dominante y autoritaria, pero me mojaba las bragas.

— Héctor... — Bajé las manos hasta sus hombros e intenté apartarlo cuando sentí que me subía la falda y acercaba los dedos a mi entrepierna.

— Volvamos a tener sexo. — Acercó su boca a mi oreja y la mordisqueó, lamiendo el lóbulo de una forma imposible de resistir.

— No podemos hacer eso.

— ¿No podemos o no quieres?

— Quiero, pero... — Ni siquiera me dejó terminar la frase antes de que su lengua volviera a introducirse en mi boca, besándome con intensidad y ferocidad de una forma que hizo que me derritiera entre sus brazos.

Héctor era un peligro y sabía controlar muy bien la situación. Mi racionalidad me gritaba que volver a tener sexo con él sólo empeoraría las cosas, pero mi cuerpo decía otra cosa. Mientras sus manos se deslizaban por mis curvas de forma muy traviesa, yo sólo quería más, cada célula de mí vibraba.

— Si alguien entra...

Me hizo retroceder unos pasos tambaleantes hasta que mi espalda chocó con la puerta de madera. Héctor me cogió una de las manos y la cerró.

— Ahora nadie entra.

— Estás loco... — Me mordió el labio inferior y me estremecí, olvidándome de protestar.

Con su lengua hundiéndose en mi boca de un modo salvaje y enloquecedor, me apretó el culo con una de sus firmes manos y la otra se metió completamente por debajo de la falda, rodeándome la cintura.

— Héctor...

— Te deseo. — Su mano se metió dentro de mis bragas, jugando con los labios de mi sexo de una forma que no era casual.

— Na... ¡Ahhh! — Apoyé la cabeza contra la puerta cuando empezó a tocarme el clítoris y a hacer movimientos circulares con una presión moderada y deliciosa.

Con una mano aún dentro de mis bragas, haciendo que mi sexo se humedeciera cada vez más, acercó la otra a mi cara, sujetándome la mejilla y acercando sus labios para besarme.

Estaba completamente rendida ante su lengua, que exploraba cada rincón de mi boca, sus dientes y sus labios presionando contra los míos. Era imposible evitar la forma en que me rendía. Héctor tenía una forma de dominar a las mujeres y todas se doblegaban a su voluntad con una facilidad que sólo podía imaginar, hasta que me convertí en su objetivo.

Maravilloso...

Era demasiado tarde para arrepentirme. Ya me había rendido por completo al firme control de mi jefe.

Critiqué a las otras empleadas que se acostaron con él en aquella habitación, pero no podía pensar lo mismo cuando yo era la afortunada.

Héctor me bajó las bragas hasta que cayeron por encima de las zapatillas que llevaba.

Su mano se deslizó desde mi cara hasta la nuca y me agarró del pelo, haciéndome girar la cabeza hacia un lado mientras me besaba y mordía el cuello de una forma que me producía escalofríos, provocando oleadas de calor y frío. Siguió bajando hasta llegar al escote de mi camisa y abrió unos botones para dejar al descubierto mi sujetador. Me mordió, besó y chupó los pechos antes de arrodillarse entre mis piernas.

Empujé la puerta mientras me dejaba llevar por su aliento caliente, que anticipaba la presión de su lengua sobre mi sexo. Por reflejo, me agarré al suave pelo castaño de Héctor mientras me lamía. Cuando sentí que sus firmes y gruesas palmas me presionaban el culo, detuve los movimientos de mis caderas y sus dedos se hundieron en mis nalgas.

Me mordí el labio intentando detener el sonoro gemido de placer que se escapó del fondo de mi garganta cuando añadió un dedo a aquella mezcla adormecedora y adictiva. Mi jefe era un capullo, pero sabía muy bien cómo coger a una mujer y dejarla completamente enganchada.

En medio del movimiento de su lengua, sentí su dedo entrando y saliendo de mí, mojándome cada vez más. Me estremecí, poniendo los ojos en blanco mientras me corría.

¡Vaya!

Se dio cuenta de que había llegado hasta allí y se levantó con una mirada de satisfacción en sus ojos de peligroso depredador mientras se relamía los labios, disfrutando de mi sabor, que sin duda se le había quedado en la boca.

— Ve al sofá.

— Héctor... — Aunque estaba completamente derretida porque me había hecho venir, aún había un poco de sentido común en mi cabeza que me molestaba.

— Al sofá. — Me llevó al mueble.

Lo siguiente que recuerdo es que estaba de rodillas en el asiento, con las manos apoyadas en el respaldo, y él tiraba de mi culo hacia él, obligándome a levantarlo todo lo que podía. Su mano firme me apartó el pelo y jadeé cuando su boca volvió a mi cuello, mientras su otra mano terminaba de abrirme la camisa y me sacaba los pechos del sujetador.

Héctor apartó las manos un momento y yo volví la cabeza, viéndole desabrocharse el cinturón y bajarse un poco los pantalones para extraer su polla erecta. Esta vez no me daba tanta vergüenza enfrentarme a él como la primera vez.

Sus firmes manos me agarraron el culo mientras presionaba la punta palpitante contra mi húmeda entrada. Héctor empujó profundamente y yo abrí los ojos de par en par, echando la cabeza hacia atrás mientras clavaba las uñas en el mullido tapizado.

El dolor fue sólo al principio, pronto me rendí por completo a la deliciosa sensación de tenerlo entrando y saliendo de mí con movimientos cada vez más ágiles.

— Me encanta mirarte el culo mientras te como—, me murmuró al oído de forma muy traviesa.

Debería haberme avergonzado de que me dijera frases sucias y provocativas al oído, pero sólo consiguió excitarme aún más. Perdí la noción del tiempo y el espacio y me limité a rodar sobre aquella pelvis firme, siguiendo un instinto primario de placer. Casi había llegado de nuevo cuando hundió sus dedos en mis nalgas y me di cuenta de que Héctor se estaba corriendo. Con unos cuantos empujones más, me provocó otro orgasmo, hasta que se detuvo, jadeando, recuperando fuerzas antes de apartarse.

— Eso... Eso fue...— Mi corazón latía tan rápido que no podía hablar correctamente.

— Bueno, ¿no? — Me dedicó una sonrisa pícara.

No tuve más remedio que asentir.

Se acercó a la mesa, cogió un paquete de toallitas húmedas y me las dio.

— Gracias, señor.

Me limpié y luego me levanté, moviendo las piernas un poco inestablemente para recoger las bragas que se habían quedado en el suelo.

Estaba en las nubes por involucrarme con él, pero en el fondo estaba aterrorizada. No podía relacionarme sin delatarme, sobre todo con el corazón, y no sería capaz de separar las cosas.

— Esto no puede volver a ocurrir— intenté mostrarme firme, pasándome las manos por la cara y echándome el pelo hacia atrás.

— Parecía que lo estabas disfrutando mucho...

— ¡No se trata de eso, Héctor!

— ¿Cómo no íbamos a hacerlo?

— Ya te lo he dicho.

— Pero...

— No puede ser sólo sexo casual. Vamos a tener un hijo, me es imposible separar las cosas—mientras hablaba, los ojos se me llenaron de lágrimas. — Por favor, sólo necesitamos ser amigos.

— ¿Y si no quiero que seamos sólo amigos? — Volvió a acercarse a mí y me estremecí ante su mirada fija.

— ¿No has entendido lo que te he dicho? — Hinché el pecho e hice todo lo posible por parecer segura de mí misma. — No puedo ser tu sexo casual.

— ¿Y si somos más que eso?

— ¿Qué? — Alcé una ceja, confusa.

— Quiero tenerte en mi cama más a menudo, quieres compromiso y vamos a tener un hijo. Creo que podemos intentarlo.

— ¿Intentarlo?

— Sí, ser pareja.

— ¿Tienes idea de lo que estás hablando, Héctor? — exclamé ante lo absurdo que me sonaba.

En esos dos años trabajando para él, Héctor había demostrado que era capaz de cualquier cosa menos de involucrarse seriamente con una mujer, especialmente conmigo.

— Sí, me gusta.

—No quiero una relación abierta.

— ¿En qué momento dije eso? — su pregunta me hizo sentir aún más incómoda.

— Vanessa, la...

— Olvídate de los demás—, me interrumpió.

— ¿Me estás diciendo que ya no vas a tener sexo con esas mujeres? — Me quedé estupefacta.

— Sólo contigo.

— De eso se trata una relación, ¿no?

— Sí... — Me dio un poco de vergüenza, porque la idea me seguía pareciendo absurda.

— Pues eso. Te voy a poner a cuatro patas, de lado, contra la pared y de todas las formas posibles, pero sólo vas a ser tú.

Me sentí avergonzada, mientras mis mejillas se sonrojaban ante las posibilidades de sexo que cruzaban por mi mente. Aún me parecía impensable que Héctor estuviera realmente dispuesto a quedarse solo conmigo.

¡Conmigo!

Me he menospreciado toda mi vida, pensaba que por mi forma de ser, por mi aspecto, nunca tendría un hombre así.

— ¿Estás diciendo que vas a ser mi novio? — estupefacta, tuve que preguntar.

— Podemos empezar allí, y tal vez ustedes dos se muden conmigo.

— ¿De verdad crees que puedes tomarte una relación en serio?

— Pido una oportunidad para probar.

— ¿Y si...

Me cogió de la mano y me hizo callar. — ¿No sería genial para nuestro hijo que fuéramos papá y mamá juntos?

— Sí... — tuve que admitir. — Pero, ¿es eso lo que quieres?

— Quiero hacerlo.

Finalmente me dejé llevar por el momento. Abrí una amplia sonrisa y me incliné hacia él para besarle. Esta vez el contacto entre nuestros labios fue más tranquilo, más tierno y delicado, pero aun así me hizo muy feliz.

— ¿Se lo decimos a los demás empleados?

— Creo que deberíamos hacerlo. — Me acarició la mejilla. — ¿No quieres?

— Quiero hacerlo.

— Bien, entonces lo haré lo antes posible.

— Gracias.

Todavía estaba anestesiada. Era demasiado loco para asimilarlo de golpe, pero al mismo tiempo la posibilidad me hacía demasiado feliz.



HECTOR

Capítulo treinta y siete

Media hora antes del final de la jornada laboral, pedí a los empleados que se reunieran en la despensa donde muchos de ellos comían. No les dije de qué iba la reunión, pero les dije que necesitaba a todos presentes. No sabía si alguno de ellos estaba al corriente del embarazo de Alecsandra, pero a partir de ese momento dejaría de ser un secreto.

Todos balbuceaban, hacían especulaciones, pero se callaron cuando entré. Alecsandra estaba justo detrás de mí, pero como era mi secretaria, su presencia no solía llamar la atención.

Resoplé, asegurándome de que todos se volvían hacia mí, antes de empezar a hablar.

— Gracias a todos por venir. Tengo la intención de ser breve.

Permanecieron en silencio, esperando a oír lo que tenía que decir.

— Mi anuncio es estrictamente personal y no interfiere en la vida de nadie, pero antes de que empiecen los rumores y cotilleos, quiero dar a conocer esta información a todo el mundo. Alecsandra y yo vamos a tener un bebé. — Alargué la mano para tocarle el vientre. — Es más, los dos estamos juntos.

Vi que la expresión de Vanessa cambiaba por completo tras mi anuncio. Apretó los dientes y nos dio la espalda, abandonando la habitación con un fuerte pisotón.

La arquitecta no era la única empleada que se puso de mal humor, tenía muchos casos en la empresa, pero nunca les había prometido nada como estaba haciendo con Alecsandra.

— Ya está. Muchas gracias. Que descansen.

Se fueron y llevé a mi novia a mi habitación.

— Me arranqué la venda. — Me reí.

— Parecía más fácil de lo que pensaba que sería para ti.

— Soy un hombre decidido, Alê. — Le guiñé un ojo, avergonzándola.

— A Vanessa y a los demás no les gustó.

— Ese es su problema, no el tuyo. — Me encogí de hombros.

— Lo recordaré.

— ¿Quieres que te lleve a casa?

— No, vine en coche.

— Está bien. — Quería una excusa para pasar más tiempo con ella, pero pensé en tomármelo con calma.

Me acerqué a mi escritorio y saqué una hoja de papel con una lista.

— Estos son los nombres que se me ocurrieron. Quiero que eches un vistazo.

— Está bien, pero ya me voy.

— Gracias, gracias. — Me incliné hacia ella y le di un beso.

Junto con Alecsandra, iba a demostrar que mi hermano se equivocaba. Podía tomarme una relación en serio y ser un hombre comprometido.



ALECSANDRA

Capítulo treinta y ocho

¡Estoy saliendo con él!

Esta frase resonaba en mi cabeza mientras conducía de vuelta a casa en el caótico tráfico de ese horizonte de hora pico.

Ya no era sólo sexo para quitarme la virginidad o una extraña relación entre un jefe y una secretaria que tendrían un hijo juntos.

No existía la certeza de un "felices para siempre", dudaba de que ninguna pareja pudiera conseguirlo, pero el mero hecho de estar juntos era suficiente mientras durase.

Nuestro bebé no nacería en la extraña relación de un embarazo accidental, sino en medio de una relación, como merecen los niños.

Me acaricié la barriga con una amplia sonrisa después de aparcar en el garaje del piso donde vivía con mi padre.

Mi vida había dado un giro, de una forma que no podía esperar. De virgen inmersa en los libros a embarazada y novia de mi jefe.

Subí al piso y encontré a mi padre viendo la televisión en el mismo sitio de siempre.

— Buenas noches, niña.

— ¡Buenas noches!

— Parece que hoy ha sido un buen día, ¿no te habías enfermado?

Negué con la cabeza.

— Realmente fue un buen día. — Sonreí.

— ¿Por qué?

— Héctor y yo estamos saliendo de verdad.

— ¿El padre de tu hijo?

— Sí.

Mi padre cerró los ojos de una forma que no esperaba.

— ¿No dijiste que era un tramposo, que vivía con una mujer tras otra?

— Dije... — Tuve que admitirlo.

— ¿Y crees que este hombre será bueno para ti, niña?

— Dijo que quería intentarlo, que estaba dispuesto a convertirnos en pareja.

— Tienes un corazón enorme. No quiero que te decepciones.

— Lo sé, papá.

— Ten cuidado.

— Gracias.

Entré en el dormitorio con mis pensamientos girando en torno al discurso de mi padre. Por muy feliz que estuviera con esta relación, no podía lanzarme sin ser consciente de los riesgos. Héctor siempre había sido un aprovechado, un mujeriego y un tramposo, sería un verdadero milagro que cambiara por mi culpa, pero no podía hacer otra cosa que pagar por ver.

Me di una larga ducha, me lavé el pelo y luego volví al dormitorio, cogiendo el papel con las sugerencias de nombres que me había dado. Había diez en total, algunos comunes como Gabriel y Lucas y otros un poco más raros como Gael y Dominick, pero mi favorito era Nicholas. No había exactamente una razón para ello, simplemente me saltó a la vista cuando me enfrenté a las posibilidades.

Había hecho mi elección y esperaba que él estuviera de acuerdo.



HECTOR

Capítulo treinta y nueve

Cogí una toalla de papel y me la pasé por la cara, intentando quitarme parte del sudor que me chorreaba por las sienes mientras descansaba de una serie de ejercicios para empezar otra. Intentaba ir al gimnasio de mi edificio todos los días y, aunque no lo consiguiera, era un hábito que quería mantener.

Saqué el móvil para comprobar la secuencia de ejercicios y vi un mensaje de mi hermano.

Henrique:

¿Sabe la pobre en lo que se está metiendo?

Héctor:

¿Cómo?

Henrique:

He oído que está saliendo con tu secretaria.

Héctor:

¿Cómo?

Henrique:

Las noticias vuelan. Mamá me llamó para preguntarme si lo sabía.

Héctor:

Ni siquiera hablé con ella.

Henrique:

Alguien le dijo.

Héctor:

Cotilleos.

Henrique:

¿Entonces es verdad?

Héctor:

Sí. Quizá tengas razón y sea mejor que me comprometa.

Henrique:

¿Quién eres y qué has hecho con mi hermano?

Héctor:

¡Ra—ra!

Henrique:

Y hay gente que dice que los milagros no ocurren.

Héctor:

No exageres.

Henrique:

¿Cuándo nos la vas a presentar?

Héctor:

¿Es necesario?

Henrique:

Tu novia, la madre de tu hijo. ¡Claro que sí!

Héctor:

No estaba pensando en eso.

Henrique:

Para ser un treintañero, aún tienes mucho que aprender.

Héctor:

Hablaré con ella al respecto.

Henrique:

Tengo la noche del viernes libre. Cenemos juntos.

Héctor:

¿Programa de parejas?

Henrique:

Con tu querido hermano.

Héctor:

Nunca lo hemos hecho.

Henrique:

Será divertido.

Héctor:

Tengo que ver si Alecsandra está dispuesta.

Henrique:

Seguro que puedes conquistarla con tu encanto.

Héctor:

De acuerdo.

Henrique:

Hasta entonces.

Me gustaba salir con mi hermano, nos llevábamos bien y la mayor parte del tiempo era mi mejor amigo. A veces, sin embargo, le gustaba arrastrarme a algún abismo familiar desconocido que a mí no me entusiasmaba demasiado. Aunque había elegido otra profesión en lugar de seguir los pasos de nuestro padre en la construcción, siempre era el más participativo y presente.

Reconozco que siempre me han gustado las fiestas, la cerveza y las mujeres. Las fiestas, la juerga y todo lo que las acompañaba siempre fueron demasiado seductores para mí. Henrique, en cambio, siempre estuvo comprometido, estudiando y saliendo con chicas. Llevando la vida de un buen chico. Yo pensaba que era aburrido, pero quizás empezaba a descubrir que no era exactamente así.

¿Cambiaría realmente por Alecsandra y nuestro hijo?



ALECSANDRA

Capítulo cuarenta

— Me gusta Nicholas—, le dije al subirme a su coche cuando Héctor paró delante de mi edificio para marcharse.

Había estado pensando en mi elección desde que me entregó la lista, pero cuando Héctor me convocó a cenar con su hermano y su cuñada, pensé que era mejor esperar un momento antes de anunciar mi decisión.

— ¿Nicholas? — Agarró el volante e inclinó la cabeza hacia un lado mientras me miraba.

— Por el nombre de nuestro hijo.

— ¿De dónde sacaste ese nombre?

— De la lista que me diste. — Me encogí de hombros mientras me abrochaba el cinturón y me lo metía bajo el estómago.

— Ah... pensé que ibas a elegir a Lucas, Rafael u otra opción.

— Ya que lo pusiste en la lista, pensé que te gustaría.

— Me gusta. Bastante en realidad, sólo que no esperaba que fuera tu elección.

— ¿Así que podría ser ese?

— Se inclinó hacia mí y me sonrió mientras me acariciaba el estómago.

Le devolví la sonrisa antes de que Héctor me besara. Empezó con un beso suave, pero enseguida me pasó la mano por el muslo.

— ¿No vamos a cenar con tu hermano?

— Vamos...

— Entonces compórtate. — Empujé su mano hacia la palanca de cambios. — No quiero llegar despeinada.

— Te prometo que ni siquiera te tocaré el pelo.

— ¡Héctor!

— Será rápido.

— ¿En la puerta del piso donde vivo, en el coche?

— ¿Qué lugar más emocionante?

— Puedes parar.

— No bromeaba cuando dije que iba a ponerte del revés y follarte en todas las posturas posibles.

— Más tarde. — Me avergonzaba lo travieso que podía ser.

Yo aún me estaba acostumbrando al sexo, pero Héctor tenía mucha experiencia.

— Sólo si prometes dormir conmigo en mi piso.

— Me lo pensaré.

— ¿Sólo lo pensaras? — Volvió a deslizar su mano por mi muslo y me estremecí.

— Me voy.

— Estupendo. — Se acomodó en el asiento del conductor y arrancó el coche, conduciendo hasta el restaurante donde había quedado con su hermano.

Sabía que el más joven había elegido la medicina en lugar de la construcción y que seguía su propio camino, pero nunca lo había visto en persona. Solo recordaba una foto en el despacho de Héctor, entre otros recuerdos familiares que llevaban allí desde la época de su padre.

Por la forma en que hablaba de su hermano, los dos parecían estar muy unidos y tener profundos lazos afectivos. Lo cual me hacía feliz, ya que yo no tenía hermanos ni una gran familia desde que mi madre nos había abandonado. Estábamos solos mi padre y yo, aunque a veces aparecía mi abuela, normalmente cuando tenía que venir a la ciudad para algún tipo de revisión médica.

Nunca tuve una gran comida de domingo con la mesa llena y toda la familia, pero no me arrepentía, porque mi padre siempre hacía todo lo posible por mantenerme bien y feliz. Yo creía que lo había conseguido.

El restaurante estaba a casi media hora de donde yo vivía. Era fino y refinado, un lugar al que yo desde luego no iría con el sueldo de secretaria, pero ellos vivían en otra realidad, muy distinta de la mía.

Sujeté la pequeña bolsa contra mi pecho mientras salía del coche y seguía a Héctor hasta la entrada. Entrelazó sus dedos con los míos y caminamos de la mano hasta una mesa en un rincón, donde reconocí un rostro de rasgos similares a los suyos, aunque algo más joven. Mi cuñado iba acompañado de una hermosa mujer de pelo rubio y sonrisa muy amable.

— Henrique, Mônica... — saludó Héctor a ambos.

— Hola, hermano. — El médico se levantó para darle un abrazo. — Imagino que eres la famosa Alecsandra.

— ¿Famosa? — Me ha sorprendido su comentario.

— Sí, Héctor ha estado hablando mucho de ti últimamente.

— Eso espero.

— Por supuesto.

— Eso es bueno.

— Absolutamente.

— Sentaos. — La mujer señaló las dos sillas que tenían delante.

Mónica, como Héctor se había referido a ella, no sólo era guapa sino también muy simpática y me miró de forma amable y amistosa todo el tiempo.

—Pedimos una botella de vino— dijo Henrique. — ¿Qué te apetece beber, Alecsandra?

— Una limonada me parece perfecta.

— Limonada entonces.

— Gracias.

Henrique nos entregó el menú e hizo un gesto al camarero, que se acercó y me apuntó la limonada.

— ¿Estás muy ilusionada con el bebé? — La mujer se inclinó hacia mí, mostrando su curiosidad.

— Demasiado. — confesé. — Tengo muchas ganas de cogerlo en brazos y verle pronto la carita. Va a ser genial cuando eso ocurra.

— Me lo imagino. — La rubia se volvió hacia su marido con una sonrisa y puso su mano sobre la de él, que descansaba sobre la mesa. — Henrique y yo empezamos a intentarlo hace dos meses. Cada vez que me viene la regla, me pongo nerviosa, pero aún no me ha venido. Creo que todo tiene su tiempo, pero yo también tengo muchas ganas de ser madre.

No sabía si ella tenía idea de cómo me había quedado embarazada de Héctor. Por suerte, o por desgracia, ni siquiera tuve que dejar de ser virgen para que sucediera. Sólo habíamos tenido relaciones sexuales después de que mi barriga empezara a crecer más y más.

Me pareció innecesario hacer comentarios al respecto por el momento.

El entrante era una ensalada de marisco que tenía buena pinta. Tenía un aspecto muy apetitoso y me la comí con el zumo de limón fresco que me habían servido.

Estaba un poco tensa ante la perspectiva de cenar con el hermano de Héctor y su mujer, temiendo en cierto modo que la situación se me fuera de las manos o incluso que no les cayera

bien, pero se mostraron muy receptivos y amables.

No sólo el hombre mayor tenía carisma. Henrique también tenía una sonrisa bonita y encantadora que le garantizaría la mujer que quisiera, pero se portaba bien y parecía fiel. Su relación con su mujer era buena y parecían una gran pareja.



HECTOR

Capítulo cuarenta y uno

Después del postre nos despedimos de mi hermano y su mujer, y Alecsandra volvió conmigo al aparcamiento, donde el aparcacoches me trajo el coche.

— Tu hermano y tu cuñada son muy simpáticos.

— ¿Te ha gustado conocerlos?

— Mucho.

— Me alegro.

— No sabía que ibas a presentarme a tu familia tan rápido.

— Henry era el culpable—, confesé con una mueca.

— ¿Tan difícil era?

— No, me gusta.

— Me doy cuenta de que tienen una buena energía juntos.

— La fase en la que quería matarlo pasó rápidamente.

— ¿Alguna vez has querido matarlo? — Me quedé estupefacto.

— Infantil. — Me encogí de hombros.

— Espero que si nuestro hijo tiene hermanos, no sea así.

— ¿Ya estás pensando en cuándo haremos otro? — Una sonrisa se formó en la comisura de mis labios, pero ella la negó rápidamente con la cabeza, poniendo fin a mis teorías.

— No, sólo era una posibilidad.

— Comprendo. — Abrí la puerta del coche y esperé a que se acomodara antes de darme la vuelta y coger el volante.

— Yo también espero que tu cuñada se quede embarazada pronto.

— Henrique está muy preocupado por esto.

— Me di cuenta.

— Va a ser un gran padre.

— Y tú también. — Puso su mano sobre la mía, que sujetaba el volante, y yo le devolví la sonrisa.

— Al menos me esforzaré por hacerlo.

— Ese es el primer paso.

Conduje hasta mi piso y me detuve en el garaje. Era tarde y estaba oscuro, pero las luces estaban siempre encendidas.

Cogí la mano de Alecsandra e hice que me mirara.

— ¿No vamos a subir?

— En un momento. — Bajé los dedos hasta el bulto de mi pantalón y sus mejillas, que ya estaban rosadas por el maquillaje, se ruborizaron aún más.

— ¡Oye! Será mejor que subamos.

— Nunca se la has chupado a un tío en un coche, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

— Entonces chúpamela.

— Si alguno de tus vecinos nos ve...

— Estamos dentro del garaje con los vidrios arriba, no se van a acercar al coche para ver lo que pasa o no dentro.

— ¿Cómo puedes estar tan seguro? — Me miró fijamente, pero un momento después se dio cuenta de que la pregunta era irrelevante.

Lo había hecho antes, más veces de las que creía necesario decírselo.

— Vamos, Alecsandra, quiero tu boca sobre mí.

— No lo he hecho nunca, no sólo en el coche—, acabó confesando. — Nunca lo he hecho en absoluto.

— Me lo imaginaba. — Una parte de mí vibraba con esta información, ser ella la primera en todo. — No te preocupes, te enseñaré.

Me desabroché el cinturón y me bajé la cremallera de los pantalones, sacando la polla de los calzoncillos negros. La acaricié, recorriendo su longitud con los dedos, igual que hacía cuando me masturbaba. Luego esperé a que Alecsandra se acostumbrara a mirarla antes de tocarle la cara y pasarle el pulgar por los labios.

— Sujétala. — Con la otra mano, guié sus dedos hasta mi miembro, que palpitaba ante su tacto cuidadoso y temeroso.

— ¿Así?

— Eso es... —le sujeté el pelo en una coleta y le presioné un poco la cabeza. — Ahora pon tu boca sobre mí.

Se inclinó sobre mí, sujetándome la pierna con la otra mano, y sus delicados labios rozaron mi punta palpitante. Pude percibir un poco de su tensión e inseguridad, pero no había mucho secreto en una buena mamada.

Gemí cuando Alecsandra por fin abrió los labios y empezó a acogerme, deslizando su húmeda lengua hasta rozar su garganta.

— Eso es... Bien... Chúpala... —Le acaricié el pelo, animándola a continuar, y Alecsandra empezó a soltarse, chupando con más facilidad.

En cierto modo, su ingenuidad e inseguridad también resultaban excitantes.

Sujeté su pelo un poco más fuerte y la guié para que aumentara la intensidad con la que movía sus húmedos labios arriba y abajo por mi polla. Alecsandra no se asustó, simplemente respondió, dejándome dictar el ritmo.

— Voy a ir... — anuncié para que pudiera prepararse.

Continuó con su boca sobre mí hasta que me derramé en su garganta y se tragó hasta la última gota, poniéndome aún más salvaje.

— ¿Lo hice bien? — Me miró mientras levantaba la cabeza.

— Fez... —sonreí mientras le acariciaba la mejilla. — Pero no te preocupes, tendrás muchas oportunidades de practicar.

— ¿Me estás diciendo que vamos a hacer esto más a menudo?

— Mucho más.

Me alisé los pantalones y finalmente abrí el coche.

— Ahora vamos a mi piso.

Le puse la mano en el centro de la espalda y la guié hasta el ascensor. Me sentí momentáneamente satisfecho y esperé a que llegáramos a mi habitación para besarla.

Con una mano enredada en su suave cabello, la otra alcanzó el interruptor de la luz, cerró la puerta y luego fui a por su cintura.

Mordí su cuello y bajé mis manos hasta su trasero, apretándolo como tanto me gustaba. Me gustaba perderme en las curvas de Alecsandra, sobre todo en las partes que más me llamaban la atención.

Llevaba un vestido y se lo subí, quitándoselo y tirándolo en la mesita del salón.

Mientras mi lengua se entrelazaba con la suya, le quité el sujetador y asomaron sus enormes pechos. Quería besarla y chuparla por todas partes, cada parte de su cuerpo. Desde la

suave piel de su cuello hasta la unión de sus muslos.

— Vaya... — Apartó su boca de la mía, intentando respirar.

— ¿Sin aliento?

— Un poco.

— Aún no has visto nada. — Lamí el valle entre sus pechos, erizándole el vello, y volví a besarla.

La empujé por el pasillo hasta que llegamos a mi dormitorio. La hice sentarse a un lado de la cama mientras me quitaba la ropa. Los trozos del traje acabaron en el suelo hasta que finalmente avancé de nuevo sobre Alecsandra.

La tumbo en la cama, le aprieto los pechos, bajo por el costado de su cuerpo y aprieto esas curvas sinuosas. Cintura, pechos, culo. No desempolvé ni una sola parte de ella y eso sólo le arrancó más gemidos.

Pensé en ponerla boca abajo, pero no quería arriesgarme a hacerle daño a mi hijo y la puse de lado, a horcajadas sobre ella, sintiendo cómo su culo encajaba en mí. Pasé el brazo por debajo de su pierna y la levanté, cogiéndole un pecho con la mano mientras con la otra le sujetaba el pelo. Le besé la oreja y el cuello, mordiendo y chupando mientras me deslizaba dentro de ella. Entré hasta el fondo y empecé a moverme, disfrutando de la vibración de todo su cuerpo cada vez que mi polla entraba y volvía a hundirse en su apretado coño.

Resultó que esto del compromiso no era tan malo como pensaba. Estar involucrado con una mujer no significaba que me quedaría sin buenas noches de sexo.

Me había acostado con muchas mujeres de silicona, pero los pechos de Alecsandra eran naturalmente enormes y muy suaves, de una forma que me daban aún más ganas de estrujarlos. Aquella postura era perfecta para disfrutar de ellos mientras practicábamos sexo.

Fui despacio y de repente aumenté el ritmo, arrancándole cada vez más gemidos y haciéndola poner los ojos en blanco.

— ¿Todavía te duele? — le pregunté con la boca en la oreja.

— No más.

— Eso es genial... Quiero que te guste.

— Ah, me gusta... —, gimió.

— ¿Cuánto? — La metí hasta el fondo.

— Sí, sí. — Se estremeció.

— Porque tendrás que acostumbrarte a que te coma todos los días.

— No suena terrible.

— Me alegro de que pienses así. — Apreté su cintura y me inundé en ella, más rápido, más fuerte hasta que mi polla ya palpitaba en aquel canal deliciosamente húmedo y apretado, señal de que iba a correrme pronto.

Siempre usaba preservativo, pero era la segunda vez que me acostaba con ella sin preservativo. Llenar su cuerpo con mi semen. Ya la había dejado embarazada, mi mayor temor ya no podía ser evitado.

Estaba explotando dentro de ella, derramando hasta la última gota de mi líquido cuando bajé la mano hasta su clítoris y sus gemidos se intensificaron, convirtiéndose en cascada y unos instantes después, indicando que se había corrido.

Bajé su pierna mientras la besaba en la boca y me quedé detrás de ella, acurrucándome a su lado y oliendo su aroma hasta que en algún momento nos quedamos dormidos.



ALECSANDRA

Capítulo cuarenta y dos

Me desperté temprano, con ganas de ir al baño, y aproveché para ducharme. Héctor seguía en la cama, guapo, en forma, moreno y desnudo. Aún no podía creer que estuviéramos saliendo de verdad.

Tuve sueños y ése fue sin duda el mejor de ellos, pero nunca pensé, ni por un momento, que pudiera llegar a ser real.

Me acaricié la barriga, cada vez más grande. Mi bebé se movió y mi sonrisa se ensanchó. No podía evitar la inmensa felicidad que me invadía en aquel momento.

Después de ducharme, fui al armario de Héctor y saqué una de sus camisas de vestir. Me quedaba increíblemente bien.

Cuando volví al dormitorio, estaba sentado en el borde de la cama, frotándose los ojos y bostezando somnoliento.

— ¡Ahí estás! Pensé que te habías escapado de mi cama.

— Yo nunca haría eso.

— Es muy bueno. — Ha pitado. — Por cierto, te quiero en mi camisa.

— Tienes hombros anchos.

— Y tienes unos pechos que te quedan genial con esta camiseta, sobre todo abierta así.

— ¿Te gustan? — Me giré de lado un poco torpemente.

— Mucho. Me alegro de que aún me queden unos meses antes de que nazca Nic para tenerlos todos para mí.

— ¿Nic? — alcé las cejas.

— Sí. El apodo de Nicholas.

— ¿Nuestro hijo aún no ha nacido y ya tiene un apodo?

— ¡Claro que sí!

— Es bueno saberlo.

— Acostúmbrate.

— No hay problema.

— Ahora ven aquí. — Me dio una palmada en el muslo para que me sentara en su regazo.

— Héctor.

— Vamos, preciosa.

— ¿No te cansas?

— En absoluto.

— ¿Sabes que tu hijo y yo tenemos hambre?

Ladeó la cabeza y miró la hora en el reloj electrónico: eran poco más de las ocho. Normalmente ya habría desayunado a esa hora.

— Pediré a la panadería que lo entregue aquí. Tardará veinte o treinta minutos. El tiempo suficiente para que me tome un tentempié antes. — Me miró con picardía.

— Eres terrible.

— Sí, así es. No es como si no te lo hubiera advertido.

Se echó a reír, pero acepte la invitación a sentarme en su regazo.



ALECSANDRA

Capítulo cuarenta y tres

El lunes llegué al trabajo como cualquier otro día. El hecho de que fuera oficialmente la novia del jefe no significaba que fuera a hacer mi trabajo con menos aprecio. Sabía lo crucial que era para que todo siguiera en orden y no quería que la gente pensara que, de alguna manera, me estaba aprovechando de la situación.

Héctor estaba en la sala de reuniones con unos ingenieros discutiendo los detalles de una nueva urbanización, mientras yo leía correos electrónicos y preparaba unos documentos para que los firmara a su regreso.

No se podía negar lo feliz que estaba. Después de pasar un fin de semana increíble con él, más desnuda que vestida. Mientras descansábamos del sexo frenético, que me había dejado dolorida en el buen sentido, hablamos de cómo sería con nuestro hijo.

Yo ya había planeado ordenar mi habitación, organizar los muebles y sustituir mi cama de matrimonio por una individual para hacer sitio a una cuna, pero Héctor tenía una habitación entera para nuestro hijo en su piso. Yo aún no sabía lo que eso significaba.

Pensé que era mejor no hacer demasiadas preguntas sobre lo que pretendía cuando me dijo que aquella habitación con algunas cajas y objetos viejos se convertiría en la habitación de nuestro hijo. ¿Querría Héctor que yo también me mudara allí?

Mis pensamientos se disiparon cuando oí el ruido de unos tacones contra el suelo del pasillo y levanté la cabeza, viendo aparecer a Vanessa en mi campo de visión. Llevaba un vestido negro demasiado ajustado, que acentuaba unas curvas que tal vez ni siquiera tenía.

Su escote parecía aún más provocativo cuando la arquitecta se inclinó sobre mi escritorio, casi poniéndome los pechos en la cara.

— Héctor no está aquí.

No pude contener el mal humor mezclado con celos. Por mucho que ahora estuviera preparado para una relación seria y monógama, había perdido la cuenta del número de veces que había oído gemir a aquella mujer en su salón.

— Lo sé, lo sé. — Se echó el pelo rojo hacia atrás. — Le vi a través del cristal de la sala

de reuniones.

— Entonces, ¿qué quieres?

— Ahora crees que puedes, ¿verdad? — Apretó los dientes de un modo que me hizo apoyarme en el respaldo de la silla.

¿Qué quiere esta loca?

— No sé lo que estás diciendo.

— Oh, sí, lo pareces, niña tonta. Pensé que eras tonta, pero todo lo que pareces es tonto. Apuesto a que llevas esas gafas sólo para disimularlo.

— Mira, Vanessa, tengo un trabajo e imagino que tú también.

— Yo creía que lo de la panza era algo de la época de mi abuela, pero has conseguido reinventar el tópico sólo para atar al tipo.

— No golpeé a Héctor en el estómago. — Apreté los dientes, enfadándome.

En el fondo sabía que era mejor no responder a sus provocaciones, pero era mucho más difícil de lo que pensaba.

— No tiene sentido mentir, no a mí. Fuiste jodidamente lista, no sé cómo le convenciste para tener sexo sin condón, pero funcionó, aquí estás, la novia del jefe.

— Nosotros no... — Me detuve a mitad de frase.

Preferí dejarlo pasar, era mejor no revelar que sólo me quedé embarazada porque no tragó y dejó que se corriera encima de mí.

— Sólo quiero ver cuánto tiempo puede fingir que sabe ser novio.

— ¿De qué estás hablando? — enarqué una ceja.

— Ah, lo sabes muy bien, cariño. — Me dedicó una sonrisa malévola cuando se dio cuenta de que había conseguido provocarme como quería. — No soy la única, y tú tampoco. ¿Cuánto crees que pasará antes de que se harte y empiece a tirarse a otra?

Se me formó un nudo en la garganta y sentí que algo amargo me bajaba por la garganta mientras intentaba tragarlo. Si quería disgustarme, lo había conseguido.

— Más aún cuando sale *contigo.*

— ¿Qué insinúas? — Me levanté, apoyando ambas manos sobre la mesa.

— Lo sabes muy bien, gorda.

— ¿Crees que sólo porque pesas la mitad que yo eres más guapa que yo? — Yo no era de pelearme, pero no necesitaba llevarme ese insulto a casa.

— No sólo lo pienso.

— ¿Va todo bien por aquí? — Nos giramos y vimos a Héctor de pie a unos metros de mi mesa con los brazos cruzados.

— Sí. — Vanessa se enderezó, hinchando el pecho.

No dije nada, me quedé mirándola.

— Estaré en mi despacho si necesita algo, jefe. — Se acercó a Héctor y le pasó las largas uñas pintadas de negro por los hombros.

Observé a Vanessa caminar por el pasillo, se revolcaba de una manera provocativa que sólo me enfureció aún más.

— ¿Qué quería ella aquí? — Héctor se acercó a mí.

— Recordándome las innumerables veces que te la has follado.

Su expresión se tensó de inmediato.

— Alê...

— No pasa nada —le interrumpí. — No es como si no supiera lo de ella y las demás.

— Pero eso parece molestarte.

— En realidad, lo que me molesta es que ella piense que tú... —No pude terminar la frase, pero Héctor lo hizo por mí.

— No puedo ser fiel.

— E...

— Sé que mi historial me condena. — Se acercó a mí y me tocó la cara, haciéndome levantar la cabeza para mirarle a los ojos. — Pero estoy realmente dispuesta a hacer que funcione.

— ¿Y si te hartas de mí?

— Eres guapa, inteligente y siempre has estado a mi lado en los momentos más locos y complicados.

— ¿Linda? — Mis mejillas se sonrojaron.

— Sí... —Me quitó las gafas de la cara, las puso sobre la mesa y me acarició la mejilla con el pulgar. — Muy bonito. — Me dio un breve beso.

Yo quería más, pero estábamos en el pasillo, donde cualquiera podía pasar y vernos, y teníamos que mantener un mínimo de profesionalidad mientras estuviéramos en el lugar de trabajo.

— Estaba pensando que podríamos hablar de ello más tarde, a solas... *Contigo desnuda sobre mi* pecho... —dijo la última frase en un susurro para que sólo yo pudiera oírla, pero fue suficiente para que mis mejillas se sonrojaran.

— Héctor...

Esbozó una sonrisa pícara.

— Bueno, ¿qué te parecería mudarte conmigo?

— ¿Vivir? — Ensanché los ojos.

Lo había pensado a veces, pero no creía que me lo fuera a pedir.

— Será mucho mejor para Nic, para nosotros...

— ¿Es eso lo que realmente quieres?

— ¿Por qué no iba a querer? — Se encogió de hombros.

— Todo parece ir muy rápido y no quiero que te arrepientas.

— Creo que nos hemos saltado algunas etapas. — Puso su mano en mi estómago y lo acarició. — Como ya he dicho, haré todo lo que esté en mi mano para que funcione, porque realmente es lo que quiero.

— ¿Eso incluye resistirse al escote de Vanessa?

— Sobre todo eso. — Hizo una mueca y yo me reí.

— ¡Estupendo!

— ¿Significa eso que estás dispuesto?

— Ven a vivir conmigo.

— ¿Quieres una respuesta ahora?

— Bueno, puedes pensarlo, pero yo ya estaba haciendo planes.

— DE ACUERDO.

— ¿Puedo tomar eso como un sí?

— Mi risa se intensificó y él tiró de mí para darme un beso.

Vanessa no se lo esperaba, y yo tampoco, la verdad.



HECTOR

Capítulo cuarenta y cuatro

El padre de Alecsandra sacó una caja de cartón del coche y me la entregó. Era una de las otras diez cajas que contenían sus cosas. Imaginé que solo era ropa y objetos personales, ya que yo tenía todos los muebles y utensilios en mi piso.

— Puedes darme una y yo la llevaré. — Se detuvo junto a nosotros y extendió las manos.

— ¡No! —, dijimos juntos tu padre y yo.

— ¿Por qué no? — Torció los labios.

— Estás embarazada—, dijo el hombre.

—Pero no soy una inválida. — Alecsandra se cruzó de brazos, con expresión cerrada. — Puedo llevar muy bien mis cosas.

— Relájate, ¿vale? — Le sonreí. — Tu padre y yo lo haremos. — Lo pondré en el dormitorio y tú podrás organizarlo en el armario.

— Bueno...

Me ayudó a meter todas las cajas en el ascensor. Luego subimos a mi piso y las colocamos lo más ordenadamente posible sobre mi cama, para que Alecsandra no tuviera que agacharse para abrir ninguna. Su barriga era cada vez más grande y, por mucho que dijera que no, no quería que se hiciera daño por una tontería.

— Gracias. — Le sonreí cuando terminamos.

— Será mejor que cuides bien de mi hija. — Me miró con una postura muy seria y firme.

— Lo tengo, señor.

— Eso espero.

— ¡Papá! — trató de contenerlo.

— Eso es lo de menos, Alecsandra. — Se volvió hacia su hija.

— Tu padre tiene razón.

No la habría invitado a vivir conmigo si no hubiera estado dispuesto a hacer todo lo posible para que la relación funcionara.

— ¿Necesitas algo más?

Alecsandra negó con la cabeza.

— Entonces me voy.

— ¿Por qué no te quedas a comer con nosotros? Pediré algo o podemos ir a un restaurante.

— No, amigo, he quedado para ver el partido con unos amigos. Vamos a hacer una barbacoa en casa de Cláudio.

— ¿Seguro?

— Sí.

Se acercó a su hija, dándole un abrazo y un beso en la frente.

— Llámame si necesitas algo.

— Gracias, papá. Cuídate. No conduzcas borracho a casa, ¿vale?

— La casa de Claudio está cerca.

— Así que vas y vienes por app.

— No sé cómo trabajar con estas cosas.

— Papá...

— ¡Vale, Alê!

— Gracias, señor.

Se despidieron y el hombre se marchó.

— Tu padre es divertido.

— Es un poco testarudo.

— Eso es parte de ello. — Me encogí de hombros.

— ¿Me estás diciendo que los hombres son así?

— A veces...

— ¡Eh!

Le rodeé la cintura con los brazos y tiré de ella hacia mí, acurrucándola contra mi pecho, con la boca en su cuello.

— Desde que tu padre se fue...

— ¡Héctor! — Intentó escapar y no se lo permití. — Necesito organizar mis cosas.

— Tendrás todo el fin de semana para ello.

— ¿Y me vas a dar paz para el fin de semana?

— Probablemente no.

— Así que...

— Ah, a nadie le importan unas cuantas cajas tiradas por el piso. — Le pasé la mano por el cuello y tiré de ella para besarla, enredando mi lengua en la suya y haciéndola responder.

Sus manos subieron a mis hombros mientras las mías bajaban a su trasero, apretándolo más contra el bulto de mis calzoncillos, pero era un poco difícil por el tamaño de su barriga.

La volví de espaldas a mí, sujetándola justo por debajo de su abultado vientre, y con la otra mano tiré de su pelo hacia un lado, mordiéndole el cuello, haciéndola estremecerse y gemir entre mis brazos.

— ¿No íbamos a comer?

— Decidí anticiparme al postre.

Llevaba un vestido holgado, probablemente porque su ropa normal ya no le quedaba bien debido al embarazo. Tiré de la prenda por el lateral de su cuerpo y la arrojé sobre la pila de cajas que había sobre la cama.

— Tenemos que hacer sitio en la cama—, murmuró mientras le pasaba la mano por el vientre hasta llegar a sus bragas.

— ¿Quién dice que la necesitamos? — Le mordisqueé la oreja, arrancando un gemido ahogado de sus labios apretados. — Te mostraré lo versátil que puede ser la pared.

— Tú... ¡Ahhhh! — soltó un grito que me excito y aún más cuando empecé a estimularle el clítoris con la punta del dedo.

— ¿Pícaro? — Completé su discurso.

— Sí...

— ¿No te gusta? — Froté el bulto de mis calzoncillos contra su trasero.

— Me gusta...

Le bajé las bragas, tirándolas por encima de las zapatillas de Alê; seguí besando y mordisqueando su delicado cuello mientras desataba los cordones de mis calzoncillos y me los quitaba junto con la ropa interior.

— Abre las piernas para mí—, le pedí con la boca en la oreja y las manos en la cintura.

Alecsandra apoyó ambas manos en la pared y no se lo pensó dos veces antes de acceder a mi petición.

Agarré el pene, encajándolo en la húmeda entrada, abriendo sus labios y deslizándome dentro de ella hasta el límite. Gemimos juntos mientras la penetraba tan profundamente como me permitía la posición, sintiendo cómo su culo se acomodaba perfectamente contra mi cuerpo.

Con Alecsandra contra la pared, empecé a moverme, primero en empujones más lentos, que fueron ganando ritmo a medida que aumentaba mi búsqueda de placer. Era una mujer grande, ancha y alta, pero su estrecho canal me volvía loco. Esto, unido a su suave y enorme culo amortiguando cada uno de mis movimientos, era maravilloso.

Me había preguntado varias veces qué hacía para no haberme acostado antes con aquella mujer. Era tan bueno estar con Alecsandra, explorar todas sus curvas con mis manos mientras la devoraba al ritmo que mi cuerpo quisiera.

Sus gemidos de placer no hicieron más que avivar aún más mi excitación mientras nos apoyábamos contra la pared del dormitorio y la hacía vibrar con los empujones de mi cuerpo en el suyo. Estaba a punto de correrme cuando volví a llevar una de mis manos a su clítoris, sintiendo cómo las contracciones de su sexo en el mío se intensificaban a medida que se acercaba su orgasmo. No pude contenerme por mucho tiempo y me derramé sobre su vientre, llenándola con mi líquido mientras ella no tardaba en unirse a mí.

Me quedé allí un rato, recuperándome, respirando contra su nuca hasta que recuperé el equilibrio.

— ¿Quieres ir a un restaurante o pedimos algo de comer?

— Pregunta, tengo muchas cajas que organizar.

— ¿No quieres dejarlo para más tarde?

— ¿Me vas a dejar hacerlo más tarde? — Se volvió hacia mí y levantó una ceja mientras me interrogaba.

— Probablemente no. — Me incliné para chupar el endurecido pezón de su pecho.

— Me lo imaginé. — Alê inundó mi habitación con una sonora carcajada.

No tenía ni idea de la cantidad de color y vida con la que llenaría mi piso hasta que se mudó.



DE REPENTE AMOR

Acidentalmente

GRAVIDA

ALECSANDRA

Capítulo cuarenta y cinco

Cada vez pesaba más, estaba más dolorida e hinchada a medida que avanzaba el embarazo. Los meses pasaban volando, pero me moría de ganas de tener a Nicholas en brazos y mirar su carita. Por mucho que las ecografías me tranquilizaran sobre su crecimiento, no parecían suficientes.

Héctor también estaba deseando conocer a su hijo, y de vez en cuando le pillaba de pie en la puerta de la habitación que estábamos preparando para el bebé, seguramente imaginando cómo sería cuando nuestro hijo estuviera allí.

No podía estar más contenta, todo iba increíblemente bien. Por mucho que me preocupara que mi padre viviera solo y le llamara siempre que podía para saber cómo iba todo, vivir con Héctor era una nueva etapa en mi vida y pronto dejaría de ser la hija para convertirme en la madre. Aunque la mía estuviera completamente ausente de mi vida, las referencias de mi padre me ayudarían a desempeñar bien mi papel.

Ese día estaba en mi mesa y había llegado un poco tarde a comer. Esto retrasó lo que tenía que hacer, pero esperaba tenerlo todo en orden en una hora.

Héctor se había ido de excursión y pasaría todo el día con ingenieros y capataces en las obras de una de las promociones que ya se estaban ultimando. Podía parecer un día más tranquilo para mí, pero sin él allí, tenía que resolver todos los asuntos.

Me levanté inquieta, con ganas de ir al baño. Con Nicholas haciendo de mi vejiga un trampolín, necesitaba orinar muchas más veces al día. A veces, cuando me distraía con el trabajo, me dolía.

Terminé un correo electrónico y pulsé el botón de enviar antes de levantarme e ir al servicio que había al final del pasillo. Había un aseo para hombres y otro para mujeres, con dos cubículos cada uno. La estructura se repetía en todas las plantas, aunque aquella siempre era la más vacía porque sólo la utilizábamos yo y las secretarias de otros dos directores.

Dejé escapar un suspiro de alivio cuando se me pasó el malestar. Salí de la cabina, caminando hacia el lavabo para poder lavarme las manos, y me sorprendió ver a Vanessa en el baño.

— ¿Qué haces aquí? — Apreté los dientes.

— Aquí siempre está más limpio y vacío. — Se inclinó sobre el fregadero, haciendo pucheros y retocándose el pintalabios rojo.

— Pero tu forma de andar es diferente.

— Ahora que eres la novia del jefe, ¿querrás también exclusividad sobre el baño?

— No es eso.

— Apuesto a que pronto volará del gallinero y empezará a hacer cambios en la empresa.

— No voy a hacer eso.

— Lo dudo.

— ¿Por qué no dejas de darme la lata?

— Porque seguro que te crees muy lista, pero tú reinado no durará para siempre.

— ¿Reinado? — Fruncí el ceño.

— No te hagas el tonto. — Me empujó y acabé perdiendo el equilibrio, cayendo de culo sobre el duro suelo del cuarto de baño.

Sentí una intensa punzada en el estómago y grité de dolor.

— ¡Levántate! — refunfuñó Vanessa. — No seas dramática.

— ¡Ay! — Me pongo la mano en el estómago, refunfuñando.

— Sin drama, Alecsandra...

— ¡Ah!

— ¿Qué es eso? — Miró al suelo. — ¿Te has meado?

Negué con la cabeza.



HECTOR

Capítulo cuarenta y seis

— ¿Ese acabado de yeso está torcido o es sólo el reflejo de la luz? — pregunté al responsable de la obra, señalando.

— Parece un reflejo.

— Asegúrate de ello.

— No hay problema.

Me meto las manos en los bolsillos y recorro con la mirada el vestíbulo principal de la urbanización, al que acaban de dar los últimos retoques.

— Los clientes de este proyecto tienen ingresos altos y son muy exigentes, así que no podemos permitirnos ningún error, sobre todo en los acabados. La estética marca la diferencia en la decisión de compra y aún quedan dos tercios de las unidades por vender.

— Seamos exquisitos.

— Eso es lo mínimo.

Di unos pasos hacia el ascensor, mirando el panel de madera con las luces LED incorporadas, pero antes de que pudiera hacer ningún comentario, mi móvil empezó a sonar. Lo saqué para apagarlo, quienquiera que fuese podía esperar hasta más tarde, pero me sorprendí cuando vi el número de Alecsandra en el identificador de llamadas.

— Hola, ahora estoy ocupado, ¿es urgente?

Dio un grito desde el otro lado que me dejó sordo.

— ¿Qué ocurrió? — Mi postura cambió por completo y me preocupé mucho por lo que pudiera estar pasando.

— Fue un accidente. Se cayó.

— ¿Vanessa? ¿Por qué estás con Alecsandra?

— Vamos al hospital.

— ¿Cómo está? Mi hijo... — las frases empezaron a salir de mi boca a medida que me preocupaba más y más.

— No sé... Creo que la bolsa reventó.

— ¿Adónde van?

— El hospital más cercano, pero el tráfico no es el mejor.

— ¡Ya voy!

Los responsables de la obra, que estaban a mi lado, se me quedaron mirando; no entendían exactamente lo que pasaba, sólo veían la expresión de asombro en mi cara.

— ¡Jefe!

— Tengo que irme.

— ¿Va todo bien con Alecsandra? — preguntó uno de los ingenieros.

— No sé—, esa amarga respuesta que se me escapó de la boca me angustió aún más.

— ¡Adelante!

— Continuaremos más tarde.

— Por supuesto.

Salí corriendo y me dirigí al aparcamiento donde había dejado el coche, acelerando para llegar al hospital lo antes posible. Vanessa tenía razón, había habido un accidente, que había interrumpido todo el tráfico de la zona, poniendo aún más a prueba mi corazón, que ya estaba acelerado.

De todos modos, me detuve en una plaza de aparcamiento para minusválidos a la entrada del hospital, atravesé las puertas de cristal y corrí hasta un mostrador de información. Jadeaba como si acabara de correr una maratón.

— Alecsandra...

— ¿Quién es Alecsandra, señor?

— Mi novia. Está embarazada de ocho o nueve meses. Tuvo una caída y terminó aquí, imagino que ya está aquí. Realmente necesito saber cómo está.

— Alecsandra, ¿qué?

— Alecsandra da Costa.

— Comprobaré si han puesto a alguien con ese nombre en la lista de pacientes.

— Rápido, por favor.

— Veré lo que puedo hacer.

El tipo apartó la vista de mí para mirar la pantalla del ordenador. Pareció analizar la información durante unos instantes antes de volverse de nuevo hacia mí.

— Llegó hace cinco minutos y se la llevó el equipo de urgencias, que está realizando pruebas para asegurarse de que ella y el bebé están bien.

— ¡Emergencia!

— Están comprobando su estado.

— ¿Cómo llego a ella?

— No puede pasar.

— ¿Cómo podría no hacerlo? Soy el padre del bebé y el novio de la paciente. Tienes que dejarme ir allí y averiguar cómo está.

— Comprendo que estés preocupado, pero tu presencia sólo perturbará el trabajo de los médicos. Puede esperar en la sala de espera hasta que el equipo médico venga con información.

— ¿Esperar?

— Es lo mejor que puedes hacer ahora mismo.

Desde luego, no había nada mejor para mí. Estar allí de pie sin ninguna información, sabiendo que la habían ingresado en urgencias, me estaba volviendo loco.

— Quédate en la sala de espera. — Indicó un pasillo a un lado. — Puede seguir recto y girar a la izquierda, allí hay unas sillas donde puede quedarse. El equipo vendrá a hablar con usted lo antes posible.

Quería más que eso, mucho más que sentarme a esperar quién sabía cuánto tiempo hasta que alguien viniera a darme alguna información sobre mi chica y mi hijo.

Me dirigí a la sala de espera y vi a Vanessa sentada allí.

— ¿Qué haces aquí?

De todas las personas del mundo, ella era la última que esperaba ver en una situación así.

— Traje a Alecsandra.

— ¿Qué ha pasado?

— Se cayó.

— ¿Cómo cayó?

— Yo... me tropecé con ella —dijo en voz baja, pero fue suficiente para que yo lo oyera y apretara los dientes con furia.

— ¿Te has tropezado?

— No pensé que se caería, ¿de acuerdo?

— ¡Está embarazada, joder! — Me abalancé sobre Vanessa, pero antes de que pudiera perder la compostura y hacer algo que me metiera en problemas, apareció un médico.

— ¿Quién viene con Alecsandra da Costa?

— ¡Yo! — Me enfrenté a él.

— ¿Es usted el padre del bebé?

Asentí con la cabeza.

— La caída provocó la rotura del saco y el desplazamiento de la placenta, así que vamos a sacar al bebé ahora.

— Pero aún es pronto.

— El bebé está completamente listo para nacer, iba a quedarse en el útero un poco más, pero en vista del accidente es arriesgado para él y para su madre. Así que haremos una cesárea de emergencia.

— ¿Puedo ir a verla?

— Como padre, sí, puedes. Ven conmigo, por favor.

Seguí al hombre hasta una habitación, donde me cambié y me preparé para ir al quirófano. Cuando llegué, Alecsandra ya estaba tumbada en el centro, con una cortina verde entre los pechos y el vientre. Estaba un poco aturdida, pero me reconoció.

— Héctor.

— Ya estoy aquí. — Cogí su mano y sonreí.

— Nuestro bebé...

— Todo va a ir bien. — No tenía ninguna autoridad médica para decir eso, pero sólo esperaba tranquilizarla.

En el ángulo en el que estaba, no se podía ver cómo le abrían el vientre mientras sacaban a nuestro bebé. No me faltaba sangre, pero estaba muy preocupado y lo único que quería era que los dos estuvieran bien.

Un rato después, oí llorar al niño, lo cogieron y lo pusieron sobre el pecho de Alecsandra.

Fue un gran alivio darme cuenta de que estaban bien.



ALECSANDRA

Capítulo cuarenta y siete

Después del parto, me llevaron a una habitación y Héctor me acompañó. Por suerte, la bolsa de maternidad y todas las demás cosas que había preparado estaban en el maletero de su coche con él, así que solo tuvimos que recogerlas en el aparcamiento.

Había estado muy desesperada, temiendo que le pasara algo a mi bebé, pero afortunadamente había nacido fuerte y sano. Podría estar en mi barriga una o dos semanas más, pero ya no se le consideraba prematuro y no tendría que permanecer en la incubadora, lo cual me tranquilizó mucho.

Intenté salir de la cama, pero Héctor me lo impidió.

— Será mejor que te quedes aquí, dicen que necesitas descansar.

— Me estoy adaptando.

— Deja que te ayude.

— Puedo hacerlo yo misma.

Héctor me frunció el ceño y cedí.

— DE ACUERDO.

Esponjó la almohada y la metió detrás de mí, luego se inclinó para darme un beso rápido.

— Me diste un buen susto.

— Le pido disculpas. No estaba en mis planes.

— Como si pudieras planearlo. — Se rió, acariciándome la mejilla. — Lo importante es que estés bien.

Negué con la cabeza.

— ¿Qué le pasó a Vanessa?

— Tuvimos una discusión en el baño y acabó tirándome al suelo.

Apretó la mandíbula, apretando el lado de la cama donde yo estaba tumbada.

— Aún no se ha dado cuenta de que no puede hacer nada para interponerse entre nosotros.

— Héctor...

— Sí. — Se inclinó más hacia mí.

— No quiero confundir trabajo y vida personal, pero ya los estoy confundiendo...

— ¿Qué ocurre?

— ¿Sería mucho pedir que la despidieras? — Hice una mueca y él se rió, haciendo que me relajara un poco.

— Estoy seguro de que no se quedará en la empresa después de eso.

— Gracias.

Se inclinó para besarme de nuevo, pero antes de que pudiera profundizar el contacto, se abrió la puerta de la habitación y entró una enfermera con nuestro bebé.

— Alguien tiene hambre aquí.

— ¡Nicholas! — La alegría que me invadió cuando vi a mi bebé fue tan grande.

— Tómalo con cuidado.

La enfermera me lo puso en los brazos. Todavía estaba arrugado y un poco hinchado, pero parecía haber adoptado algunos rasgos de su padre.

— Es precioso. — Héctor acarició el pelo del bebé.

— Mucho.

No había accidente que pudiera haber tenido mejor desenlace que ese.



HECTOR

Epílogo

Tres años después...

El sol tocaba mi piel bronceada mientras extendía una toalla cerca de donde jugaban mi hijo y mi sobrina. Los dos comían arena más de lo que podían hacer un castillo, aún eran pequeños, pero al menos se divertían.

— Es bueno que se lleven bien. — Henrique se sentó en la toalla a mi lado, llamando mi atención.

Mi hermano y yo habíamos planeado irnos de vacaciones juntos ese año y pasar una semana en un centro turístico del noreste de Brasil con nuestra mujer y nuestros hijos. Era el tipo de programa que nunca habría hecho años antes, pero desde el embarazo accidental de Alecsandra, muchas cosas habían cambiado en mi vida.

— ¿Como nosotros dos? — Le miré fijamente.

— La mayor parte del tiempo. — Se encogió de hombros.

— No todo es perfecto.

— Seguro que sí. — Sonrió cuando la mujer le pasó las manos por los hombros, haciéndole señas para que le untara crema solar.

Lo de ser padre de familia era algo que yo creía reservado sólo para Henrique, —él siempre estaba preocupado por tener citas y relaciones más duraderas, mientras que yo sólo quería disfrutar de la vida—, pero darnos una oportunidad a Alecsandra y a mí fue lo mejor que he hecho por mí mismo.

Me levanté de la toalla y me acerqué a ella, que estaba tumbada en una tumbona a la sombra de una sombrilla.

— ¡Hola, amor! — Me incliné para besarla.

— Hola.

— ¿Puedes ayudarme con la crema solar?

— Por supuesto. — Se sentó en la tumbona y sacó la botella de la bolsa de paja que había comprado en una feria de artesanía el día anterior.

Empezó a extenderme la crema por toda la espalda y yo la agarré de las manos, tirando de

ellas hacia mi pecho y abrazándola contra mí.

— Esperemos que Nicholas se canse hoy.

— ¿De verdad?

— Así que podemos trabajar en su hermano o hermana.

— No creía que tuviera prisa por dejarme embarazada otra vez.

— Lo mejor es hacer el bebé y esta vez quiero hacerlo bien.

Alecsandra se echó a reír.

— Eres terrible, Héctor.

— Pero tú me quieres. — Me encogí de hombros.

— Sí, me encanta.

— Yo también te quiero. — La atraje hacia mí y la besé.

Henrique resopló y me echó arena al hombro.

— ¡Eh!

— Espera a la noche. Este es un momento familiar.

— ¡Ah, vete a la mierda! — Cerré la cara y las esposas se rieron.

Mi vida había cambiado por completo, pero era más feliz de lo que había imaginado.

Ahora lee el libro de Gabriela



Sinopsis:

Andrey Bianchi iba a heredar un gran imperio comercial. El encantador y sarcástico joven estaba dispuesto a seguir las normas de sus padres, hasta que conoció a una universitaria defensora de los personajes literarios.

Gabriella Lira había vuelto a su ciudad natal. Con su abuela y su hermano centrados en la gestión de la Cafetería Allegra, era libre para descubrir nuevos lugares y personas.

La atracción estaba ahí desde la primera mirada. Él necesitaba cumplir una obligación y ella ya había perdido demasiado como para rechazar aquella propuesta. Un falso matrimonio, un

verdadero noviazgo.

Incluso los sentimientos más profundos pueden despertarse con las historias más ligeras y divertidas.

Gracias

Gracias a Mari Sales por la amistad, el intercambio de cromos y todo lo que hemos construido en los últimos tres años, que ha culminado en muchos trabajos juntos y en esta duología.

Mi agradecimiento muy especial a mis lectores, que me motivan a seguir adelante, en particular a todos los participantes en mi grupo de WhatsApp "Los lectores de Jessica": Priscilla, Gaby, Mirella, Nedja, Jessyka Monyka, Nalu, Suelen, Ilza Mendes, Ljus, Nil, keyla, Alecsandra, Adrielly Santiago, Tatiana Amorim, Juliana Lelis, Pauline Quesada, Tatiane, Eglaia, Maria Yasmin, Simenya, Mariana Telles, Amelia Luize, Daniela Souza, Registela, Leidiana, Gilcélia Martins, Denise, Elaine David, Cintia, Ivana Sandes, Silvana Brito, Gardenia Feitosa, Lidiane Fransiosi, Marinalva, Jussara Rodrigues, Gilvane, Regina Fabbris, Fernanda Rulfino, Vanilda Maia, Francine, Cristina Tiemi, Ticyanne Brito, Pathy, Daniela, Gilvane, Aline Araújo, Cassia, Thaty, Beatriz Soares, Gardenia, Ana Paula Mendes, Evaniele, Jeniffer Barcelos y todas las demás. También me gustaría dar las gracias a los lectores de Instagram y Facebook por todo su cariño y sus constantes ánimos, especialmente a Micheline, amiga, seguidora y lectora por la que siento un cariño muy especial.

Gracias, Rosi, por todo tu cariño. Tu duro trabajo asesorándome en cada etapa de mis libros, desde la creación hasta la promoción, es responsable de mi éxito. En particular, por acogerme, apoyarme y darme consejos que acaban en las páginas de mis libros.

Gracias a todo el equipo del Grupo Editorial Portal.

Me gustaría dar las gracias a mi marido, Gabriel, por estar siempre a mi lado y darme un apoyo incondicional.

¡Gratitud a mis mentores y protectores espirituales! Que mi camino hacia vosotros esté siempre abierto para que podáis guiarme y protegerme, para que pueda tomar las mejores decisiones y no renunciar nunca a mis sueños.

Sobre la autora

Jéssica Macedo tiene 28 años, es brasileña y figura con menos de 30 años en Forbes Brasil, la lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte, Minas Gerais. Desde su piso, en compañía de su marido y sus tres gatos, produce una serie de libros de fantasía, novelas de época y contemporáneas y, sobre todo, obras de literatura *picante*, un verdadero fenómeno editorial entre el público femenino, que se venden a un ritmo intenso en las plataformas digitales.

Autora superventas de Amazon, comenzó su experiencia en el mundo de la escritura a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con la publicación de su primer libro "El valle de las sombras". Con más de 100 obras publicadas, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas "Eternamente Minha" a un largometraje estrenado en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Más información sobre otros libros de la autora en las redes sociales.
https://www.autorajessicamacedo.com.br/es/

Facebook — www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram — www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon — https://www.amazon.es/jessicamacedo

¡Suscríbase a mi lista de correo!

Haga clic aquí para recibir noticias.